

ORIGENES DEL HOMBRE

El Nacimiento de la Escritura (II)

22



TIME
LIFE
folio

EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>

ORIGENES DEL HOMBRE

El Nacimiento de la Escritura (II)

TIME
LIFE
folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Robert Claiborne
Asesores: Robert D. Biggs y Julián Viñuales

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo
(Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño de la cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A. 1-6-94
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Time-Life Books Inc. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A., 1994

Distribución exclusiva para España y América:
Editorial Rombo, S.A.

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-7583-461-2 (volumen II)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-8486-94
Printed in Spain

Índice de materias

VOLUMEN II

Capítulo cuarto:

Arte y destreza del escriba 86

Secuencia gráfica: Poder mágico de la palabra escrita . . . 107

Capítulo quinto:

El don del alfabeto 114

Secuencia gráfica: Retos a los descifradores. 127

Capítulo sexto:

Los legados de la literatura 136

Secuencia gráfica: El expresivo arte del calígrafo 147

Procedencia de las ilustraciones, agradecimientos 154

Bibliografía 155

Índice 156

Capítulo cuarto: Arte y destreza del escriba



En la babilónica ciudad de Nippur, hacia el año 1800 antes de nuestra era, un niño de 12 años llamado Sinmagir va de camino a la escuela. Hace apenas media hora, yacía aún acurrucado bajo una manta en la diminuta habitación de adobes que comparte con su hermana pequeña. Pero entonces, cuando ya las largas sombras del alba avanzaban por la campiña mesopotámica al este de la ciudad, su madre le despertó sacudiéndole suavemente. Se echó encima una ligera túnica de lana sobre su taparrabo de lino y salió al patio de la casa para lavarse la cara con agua traída del vecino canal. Una vez en la cocina, su madre le tendió la escudilla con unas gachas de cebada, cuyo calor sentaba muy bien a estas frías horas de la madrugada. Terminado el desayuno, le entregó el cartapacio de cuero, que contenía su estilete de caña, los deberes para casa —una tableta de arcilla cuyas inscripciones debía aprender— y su almuerzo: dos blandos panecillos aplastados, abiertos por la mitad y llenos de trozos de carne y cebolla, y un puñado de dálites. Luego, le despidió abrazándole brevemente.

En este momento, Sinmagir va trotando por un estrecho callejón, llamado Calle de los Orfebres, donde se halla el próspero negocio de su padre, y se encamina hacia la plaza del mercado. El trajín de las primeras horas de la mañana se está convirtiendo ya en todo un concierto de chismorreos, disputas, exclamaciones de los muleros y gritos de los vendedores ambulantes. La plaza está llena de cosas que excitan la curiosidad del muchacho: puestos donde se venden pinchos de carnero asado y golosinas a base de nueces y miel; una pequeña taberna en la que

unos cuantos carreteros se están tomando la primera cerveza del día; artesanos que pregonan sus artículos de cuero, bronce y cerámica; un grupo de fieros montañeses hurritas, asombrados por los monumentos de la ciudad; un escriba público sacando de un pote de arcilla la masa con la que preparará las tabletas en las cuales, a lo largo del día, irá copiando las cartas que le dicten. Pero, a pesar de lo que todo esto le atrae, Sinmagir aprieta el paso; las faltas de puntualidad —tal como se lo recordó hace tan sólo una semana el palo del instructor encargado de la disciplina— se castigan severamente.

Al llegar a la puerta de la escuela, saluda a sus compañeros de clase y luego inclina cortésmente la cabeza ante el portero, un antiguo soldado, fuerte y tuerto, cuya mano larga y cuya corta paciencia incitan a los muchachos a marchar por el buen camino. Tras un breve forcejeo, Sinmagir logra ocupar su sitio en uno de los bancos de la clase. El director del colegio, conocido como “padre de la escuela”, entra en la sala; los treinta y tantos muchachos se ponen en pie y le hacen una ceremoniosa reverencia, con lo que empieza la tarea del día.

En primer lugar, cada muchacho debe recitar los deberes que le pusieron para aprenderse en casa. Los deberes de los más pequeños consisten en una simple lista de sílabas. “*Tu, ta, ti; bu, ba, bi*”, cantan recitando las sílabas de su lengua materna —el akkadio— igual que los niños de hoy día recitan las letras del alfabeto. Pero, a sus años, Sinmagir ha sobrepasado ya hace mucho tiempo esta fase de ejercicios elementales; sus deberes son una lista con los nombres de las distintas partes del cuerpo humano. Ha escrito en su tableta de arcilla los signos cuneiformes correspondientes y ahora debe leerlos en voz alta. Aunque se equivoca una o dos veces, sólo recibe una severa mirada del padre de la escuela; en cambio, un amigo suyo es menos afortunado. El chico no ha estudiado ni palabra y se embrolla en su recitación. Es sentenciado a recibir tres palos, sentencia que el instructor se encarga de ejecutar acto seguido.

En esta pintura sepulcral del siglo XII antes de nuestra era, el dios egipcio Thot, patrón de los escribas e inventor legendario de la escritura, aparece en forma de papión, animal sagrado en la ciudad de Hermópolis. En la mano derecha tiene una paleta de escriba, y tiende la izquierda hacia la proa de un barco que pertenece al poderoso dios Sol, de quien el dios Thot era un fiel compañero.

El director pasa luego a otra sala, donde trabajará con un grupo de estudiantes avanzados, mientras se hacen cargo de la clase de los jóvenes tres profesores auxiliares. Estos profesores son muchachos de mayor edad, a quienes Sinmagir y sus condiscípulos llaman ceremoniosamente "hermanos mayores", y están autorizados para emplear el palo con los jóvenes distraídos o díscolos. Los profesores van llamando a los niños, uno por uno, y les dan un poco de arcilla húmeda que sacan de un pote cubierto con un paño mojado. Los alumnos vuelven a sus sitios, amasan la arcilla para hacerla uniforme, estrujando las burbujas y extrayendo los grumos y las briznas de paja, y modelan la masa en las diminutas tabletas planas que entre ellos hacen las veces de nuestros cuadernos de ejercicios. Algunos estudiantes de los bancos de atrás fabrican bolitas de arcilla y las lanzan subrepticamente contra sus compañeros. Los hermanos mayores van pasando por entre las filas de bancos, e inscriben en la parte izquierda de cada tableta una nueva lista de palabras que Sinmagir y sus compañeros deben copiar. Cuando acabe esta tarea y se examinen y corrijan las copias, habrá llegado la hora del almuerzo.

Durante el recreo que sigue al almuerzo, varios muchachos activos se ponen a jugar al marro, pero el sol de mediodía cae de plano sobre el patio de la escuela y la mayoría de los chicos prefieren diversiones más tranquilas, como por ejemplo jugar a las tabas.

Después viene la lección de aritmética. Los niños pequeños recitan al unísono las tablas de las medidas de longitud: "Treinta *ubanu* hacen un *ammatu*, seis *ammatu* hacen un *ganû*, dos *ganû* hacen un *ashlu*." Aprenden también de memoria las medidas de superficie, de volumen y de peso. Pero Sinmagir va más adelantado. Tanto él como otros niños de su edad deben resolver problemas de adición y substracción, que aluden a cosas de la vida diaria. La unidad básica de peso es el talento, que se divide en 60 minas, cada una de las cuales corresponde casi a nuestros medios kilos. Estos podrían ser algunos de ta-

les problemas: ¿Cuál es el peso total de tres cestos que contienen respectivamente 30, 45 y 75 minas de trigo? Si un campesino posee 5 talentos de trigo y paga a sus operarios con 40 minas del mismo, ¿cuánto le queda?

Al cabo de un año, estos muchachos podrán enfrentarse ya a la multiplicación y la división. Es posible que entonces los problemas estén relacionados con el área de los campos, calculada multiplicando las medidas lineales de longitud y anchura expresadas en *gar* (unos 6 metros) e indicando el total en *iku* (unos 3,5 m²). ¿Cuál es el área de un campo de 5 *gar* de ancho por 7 de largo? ¿Cómo puede un escriba dividir un campo de 6 *iku* entre los tres hijos de un campesino de tal forma que el primogénito reciba el doble que los otros dos?

A media tarde comienza la lección de sumerio, la lengua de la venerable civilización que precedió a la suya. En la época de Sinmagir y de sus condiscípulos, algunos padres aún se ufanan de llevar sangre sumeria en sus venas e incluso de tener nombres sumerios; sin embargo, el sumerio sólo se habla ya en las escuelas y en los templos. De todos modos, los babilonios consideran a los sumerios sus antepasados culturales; y, como el director suele decirles, nadie puede tenerse por persona culta si no sabe leer y escribir el venerable idioma sumerio.

Para ello, los alumnos borran en sus tabletas las lecciones precedentes y el instructor dicta en sumerio una lista de palabras akkadias con cuya escritura ya están familiarizados los alumnos. Estos las escriben en una columna, una bajo otra, y entonces el instructor les entrega las tabletas con los equivalentes sumerios, equivalentes que los muchachos copian en sus propias tabletas. Al año siguiente, Sinmagir y sus condiscípulos proseguirán con la gramática sumeria, y posteriormente podrán escribir frases y relatos breves en la antigua lengua.

Por fin, copian los deberes que deberán aprenderse en casa. Luego, se precipitan fuera de la escuela cuando ya caen los últimos rayos de luz del día; se apretujan en la puerta para salir y corren hacia casa, vociferando cual de-



He aquí los deberes que pusieron a un niño babilonio de siete años en su primer día de clase: imprimir una y otra vez el signo de "uno" en ambas caras de la tableta hasta que lo hiciese perfectamente. Esta muestra, procedente de Nippur, data aproximadamente del año 1700 antes de nuestra era.



En esta tableta, que data del año 2600 antes de nuestra era, un escolar sumerio mostró cuánto le faltaba aún por aprender: sus cuñas son irregulares, ha descuidado varios detalles en el signo de "rey" (arriba) y ha invertido el signo de "polvo" (abajo). Fuera de la tableta se muestra cómo era la ejecución correcta de estos signos cuneiformes.

monios librados de la esclavitud. Una vez en casa, Sinmagir cenará y terminará la jornada recitando los deberes a sus admirados padres, que, a pesar de pertenecer a la clase media alta, son analfabetos.

Tal era la enseñanza que se impartía en las escuelas de Mesopotamia al comenzar el segundo milenio de nuestra era. Varios yacimientos arqueológicos han proporcionado miles de tabletas de arcilla —sólo en la ciudad de Nippur se han descubierto unas 30.000— en las que se conservan los textos que los niños debían aprender, así como ejercicios hechos por manos infantiles y narraciones que describen la vida que llevaban los estudiantes. El relato sobre Sinmagir está entresacado de varias de esas tabletas, procedentes de diversos yacimientos.

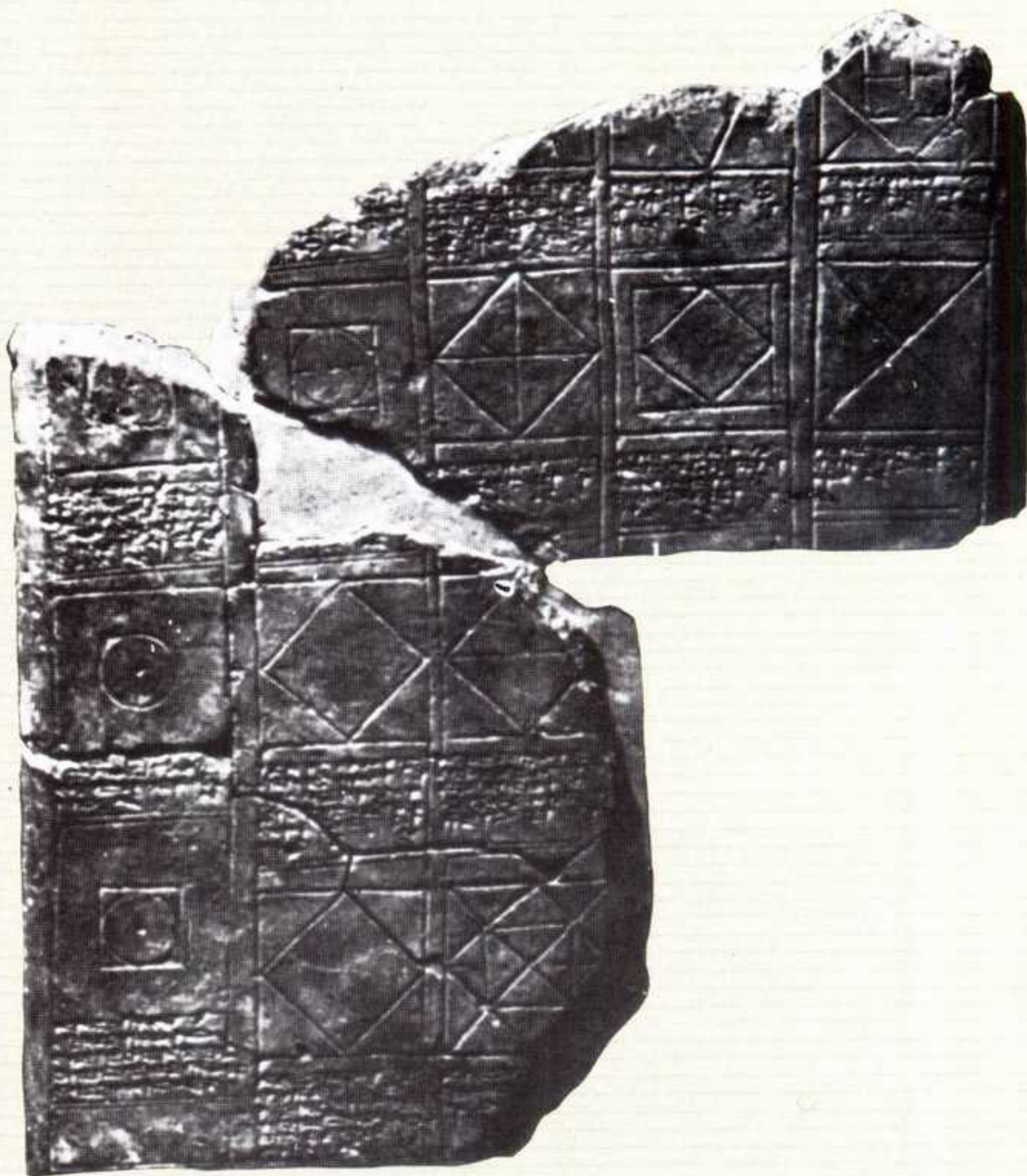
El estudiante que se graduaba en un colegio de escribas ingresaba en una clase profesional que constituía una cuasi-aristocracia, pues eran muy pocas las personas que sabían leer y escribir. Pero, como las ciudades de Mesopotamia empezaron muy pronto a recurrir a los documentos escritos para llevar los negocios, para promulgar leyes, establecer contratos y conservar las tradiciones religiosas, el escriba se convirtió en un personaje fundamental de la sociedad. Era el vínculo entre el rey y sus súbditos, entre el templo y sus fieles, entre el comerciante y sus clientes, entre las costumbres ancestrales y los espíritus jóvenes. Era el depositario de las tradiciones de su pueblo, el guardián de las leyes sobre la tierra, el testigo de los contratos. Por todas estas razones, la escritura abría a quien la dominaba el camino hacia la preeminencia social, hacia el poder político, el estímulo intelectual y la prosperidad personal.

En el antiguo mundo de Mesopotamia —y también en Egipto, el otro país del Próximo Oriente que conoció muy pronto el arte de escribir— las escuelas aparecieron hacia el año 3000 antes de nuestra era, es decir, nada más nacer la escritura. Casi desde sus comienzos, la escritura se distinguió de los demás oficios y profesiones. Esta dife-

rencia —una diferencia fundamental— se basaba en la relativa dificultad de su aprendizaje. Las técnicas del forjador de metales o del alfarero, la astucia del comerciante y la destreza del capitán de navío, por intrincadas y difíciles que fuesen, siempre podían adquirirse observando y empezando a practicar poco a poco; pasaban de padres a hijos o del maestro al aprendiz, mediante el sistema de que el principiante trabajase ayudando al experto. De hecho, casi todas estas profesiones suponían una serie de habilidades físicas que sólo podían aprenderse practicando. Cualquiera que haya cogido el busilis de cómo hacer una vasija resistente al fuego o de cómo gobernar una embarcación en las más caprichosas condiciones del mar y los vientos, sabe perfectamente que en el aprendizaje de tales menesteres la experiencia cuenta mucho más que el conocimiento libresco.

El aprender a escribir era algo completamente diferente. La destreza física apenas tenía importancia: en Mesopotamia sólo había que presionar contra la arcilla un estilete de caña o de madera, y en Egipto bastaba con pintar sobre papiro con un pincel entintado; en cambio, se necesitaba una gran capacidad intelectual. La escritura exigía aprender de memoria centenares de signos complicados. La gramática estándar del egipcio antiguo, compilada en los años 20 por el eminente egiptólogo inglés sir Alan Gardiner, cataloga más de 700 signos jeroglíficos; y el catálogo de los signos cuneiformes de Mesopotamia no era menor. El significado de los símbolos solía ser arbitrario, por lo que resultaba muy difícil aprenderlos de memoria. Por último, las reglas de combinación de unos signos con otros originaban nuevas dificultades: era el embrollo de los signos-palabra, los signos-sílaba y los determinativos.

Aprender de memoria todo esto requería más de una docena de años de esfuerzo concentrado. Y durante la mayor parte de este tiempo, el aprendiz de escriba, a diferencia de lo que ocurría con los aprendices de otros oficios, no podía prestar la menor ayuda a su profesor. El



Este fragmento de una tableta babilónica de hace 3.700 años incluye ejercicios de geometría que los aspirantes a escriba debían realizar durante sus estudios primarios. Las dimensiones de los diversos cuadrados se indican en los textos cuneiformes que hay bajo cada uno; los niños debían calcular las áreas de los rectángulos, triángulos y círculos inscritos.

aprendiz de forjador de metales, aunque todavía no supiese moldear la pala de un hacha de bronce ni temprar un puñal, podía ayudar a su maestro manteniendo vivo el fuego de la fragua, accionando el fuelle o sosteniendo la pieza con las tenazas sobre el yunque de piedra. Poco a poco, iría acometiendo tareas como forjar clavos y palas de azadón. En cambio, el aprendiz de escriba no podía realizar tareas tan sencillas, pues en su profesión dichas tareas no existían. El acto de escribir era —y es aún— una operación individual. Un ayudante no capacitado constituye más un estorbo que una ayuda.

En los primeros días de la escritura, los escribas profesionales se encargarían de transmitir su exigente profesión a sus propios hijos; y a veces a sus hijas, pues en los documentos más antiguos aparecen algunos nombres de mujeres escribas. Pero los otros jóvenes deseosos de aprender el oficio de escriba no hallarían a nadie dispuesto a aceptarles como ayudantes, a menos que ellos mismos o sus padres pagasen al instructor por el tiempo perdido y las molestias ocasionadas. Y este tipo de relación, en la que A es pagado para que comunique sus saberes a B, constituye el embrión de la escuela. Los primeros escribas que impartieron lecciones privadas debieron de descubrir inmediatamente que multiplicarían sus ingresos enseñando a varios estudiantes al mismo tiempo, y no a uno solo. Y enseguida los demás escribas hubieron de comprender que era mucho más sencillo enviar a sus hijos a la escuela que enseñarles en casa.

En Egipto, donde el faraón era considerado un dios y donde los asuntos de la religión y del Estado se hallaban estrechamente entrelazados, parece que la educación comenzó como un monopolio del templo y que siguió siéndolo durante muchos siglos. En Mesopotamia, es posible que las primeras escuelas estuviesen vinculadas a los templos, donde trabajaban tantos escribas. Pero muy pronto se separaron los asuntos del templo y los del gobierno civil, y ya en el año 2000 antes de nuestra era habían aparecido escuelas privadas como la frecuentada por nues-

tro imaginario Sinmagir; el padre de la escuela y sus ayudantes ofrecían instrucción a la comunidad, igual que el carnicero la abastecía de carne y el labrador le proporcionaba cereales.

Los estudiantes que acudían a las escuelas de escribas procedían casi exclusivamente de una misma clase social. El estudio de ciertos documentos, escritos en los primeros siglos del segundo milenio antes de nuestra era, muestra que la mayor parte de los 500 escribas mesopotámicos cuya genealogía conocemos procedían de la clase media: sus padres solían ser capitanes de barco, comerciantes, contables, administradores o capataces, así como lo que hoy llamaríamos funcionarios de la administración civil, cuya categoría podía ir desde embajador hasta escriba y archivero.

De todos estos padres, los menos afortunados deberían, sin duda, sacrificarse ellos mismos para dar una educación a sus hijos, como ocurre todavía hoy, pero para los hijos de los pobres no existía posibilidad alguna de instrucción. Los campesinos y obreros de la ciudad, que constituían la gran masa de la población, no podían permitirse el lujo de costear la enseñanza de sus hijos ni el de que perdieran el tiempo en la escuela; si la familia quería sobrevivir, los hijos tenían que ponerse a trabajar en el campo o en algún otro empleo desde la niñez. Al otro extremo de la escala social, los aristócratas parecen haber gastado una buena parte de su tiempo en la caza, la guerra y otras ostentosas ocupaciones señoriales, tal como han seguido haciendo después durante varios milenios. La mayoría de ellos debieron de ser tan analfabetos como los más humildes campesinos.

El joven mesopotámico de clase media cuya familia deseaba que llegase a ser un *dubsar* (es decir, un “escritor de tabletas”) empezaba a ir a la *edubba* (es decir, a la “casa de las tabletas”) desde muy joven, probablemente desde los 5 ó 6 años de edad. Y asistía a la escuela, como parece indicar una tableta de arcilla, “desde la niñez hasta

que era un hombre", lo que puede significar un tiempo escolar de 10 ó 12 años, es decir, hasta los 16 o los 18 años de edad.

La educación básica que por aquel entonces se impartía en el Próximo Oriente ocupaba tanto tiempo como el que se necesita hoy para aprender a leer y escribir chino; y para dominar el idioma chino —con un sistema de escritura comparable al cuneiforme, dada su compleja combinación de signos ideográficos, signos fonéticos y determinativos— los jóvenes de China necesitan un promedio de 10 años.

En las antiguas escuelas del Próximo Oriente, el método de enseñanza parece haber consistido principalmente en aprender de memoria largas listas de palabras escritas, por lo general agrupadas en temas: partes del cuerpo, animales, árboles y objetos de madera de todas clases, otras plantas, etc. Posteriormente, los estudiantes debían aprender y escribir documentos enteros: himnos, leyendas, ensayos, modelos de cartas y otros textos parecidos.

El principal instrumento pedagógico del maestro de escuela parece ser que fue el palo. Una tableta de arcilla encontrada en Nippur —un ensayo de 90 líneas traducido en los años 40 por Samuel Noah Kramer con el título de *Vida de un estudiante*— describe cómo un niño podía ser castigado por no haber hecho sus deberes, por entretenerse en las calles, por llegar tarde, por hablar sin permiso, por escribir mal y por otros delitos cuya naturaleza no ha podido precisarse aún en esta tableta. De lo que no cabe la menor duda es del tipo de castigo: la palabra con la que en sumerio se escribe "castigo" es una combinación de los signos de "bastón" y de "carne". El autor de *Vida de un estudiante* declara amargamente: "Comencé a odiar el arte del escriba, comencé a desinteresarme del arte del escriba."

Si la vida de un estudiante en Mesopotamia era frecuentemente dolorosa, siempre era ardua; las clases empezaban poco después del amanecer y terminaban poco

antes de ponerse el sol: es decir, duraban un promedio de unas 11 horas al día. Los estudiantes tenían seis días de fiesta al mes, de los cuales sólo tres eran días libres. Los tres restantes eran días sagrados, y en ellos tanto los profesores como los alumnos debían probablemente asistir a las ceremonias religiosas.

El apretado horario escolar permitía cultivar varias disciplinas. Los documentos que han llegado hasta nosotros revelan que el cuadro de profesores de una escuela típica incluía, además del padre de la escuela y los hermanos mayores, "el encargado del látigo" y pedagogos especializados tales como "el encargado del dibujo".

No está claro a qué tipo de dibujo se refiere, pero es probable que no tuviera nada que ver con las bellas artes, cuya práctica correspondía antiguamente a los artesanos, no a los escribas. Más bien, la clase de dibujo en la *edubba* debía de combinar elementos de lo que hoy llamaríamos topografía y arquitectura: el dibujo de mapas y planos para la construcción de edificios públicos. Un mapa de Nippur realizado hacia el año 1500 antes de nuestra era representa los muros de la ciudad, el complejo sistema de canales que la bañan, los diques y los edificios principales, todo ello indicado mediante sus respectivos nombres. La fidelidad del mapa parece haber sido confirmada por las excavaciones modernas.

Pero si el plan de estudios no se ocupaba de las bellas artes, sí incluía algunas de las actualmente llamadas artes liberales: los estudiantes aprendían a cantar y a dirigir un coro, así como a tocar varios instrumentos musicales, como la flauta, el arpa y el laúd (*página 144*).

Las matemáticas se enseñaban principalmente por sus aplicaciones a problemas prácticos tales como la división de tierras (problema esencial para cuestiones de herencia y de transacciones territoriales), el cálculo de los cereales necesarios para sembrar campos de unas dimensiones específicas y la distribución de raciones (igualmente esencial para un administrador responsable del mantenimiento de obreros, esclavos o soldados). Los escribas tenían

(*Sigue en página 97.*)

Los prestigiosos instrumentos del escriba

Los escribas egipcios establecían una clara distinción entre su intelectual profesión y oficios tales como el de forjador de metales o el de albañil. Pero, al igual que los artesanos, los escribas se sentían muy orgullosos de los instrumentos y materiales propios de su profesión, como se ve en esta página y en las tres siguientes. De hecho, en la escritura jeroglífica, la palabra “escriba” combinaba el pictograma de un hombre con las imágenes de los instrumentos para escribir: la paleta para las tintas, el cálamo y un recipiente con agua. Cuando este eminente escriba (*abajo*) se hizo retratar durante el tercer milenio antes de nuestra era, encargó al escultor que incluyese su equipo profesional, pues evidentemente lo consideraba un símbolo de prestigio.



En este relieve en madera, de hace 4.700 años, el egipcio Hezy-Ra, jefe de los escribas reales, lleva su instrumental colgado del hombro derecho. Los instrumentos de escribir, reconstruidos sobre estas líneas, eran (de derecha a izquierda): una paleta de pizarra con dos oquedades en las que se alojaban sendas pastillas de tinta, un estuche para el cálamo con el que se escribía y un recipiente con agua para humedecer el cálamo.



Los tallos de papiro, soporte de la escritura

Cuando los egipcios aspirantes a escriba iniciaban sus 10 ó 12 años de escolaridad, se les equipaba con planchas de piedra o madera para practicar en ellas, así como con cálamos y con pastillas de tinta hechas a base de hollín. Cuando ya dominaban la ejecución de los 700 jeroglíficos que tenían que aprender, y sólo entonces, podían empezar a escribir en papiro. No era un auténtico papel, que hoy se fabrica con trapos y pulpa de madera, sino que se hacía con fibras del tallo de los papiros (*a la derecha*). Una vez recolectados los papiros (*abajo*), las tiras de fibras se preparaban para formar hojas de una pronunciada textura (*página opuesta*).



El papiro, planta que vive en zonas pantanosas y de cuyo nombre procede el de "papel", abundaba antiguamente en el valle del Nilo. Pero el húmedo hábitat de esta planta ha disminuido drásticamente, y hoy sólo se la encuentra en los jardines privados y en los escasos parques botánicos.

Contemplados por las garzas, unos trabajadores recolectan plantas de papiro en este bajorrelieve de hace 4.500 años procedente de una tumba de Sakkara. Mientras el obrero de la izquierda las arranca de raíz, otros acarrean haces de papiros para transformarlos en hojas y en productos como cuerdas y cestos. Las raíces de la planta eran un delicioso manjar para los antiguos egipcios. El papiro abundó tanto en el norte de Egipto hasta la Edad Media, que se convirtió en el símbolo representativo de esta región.

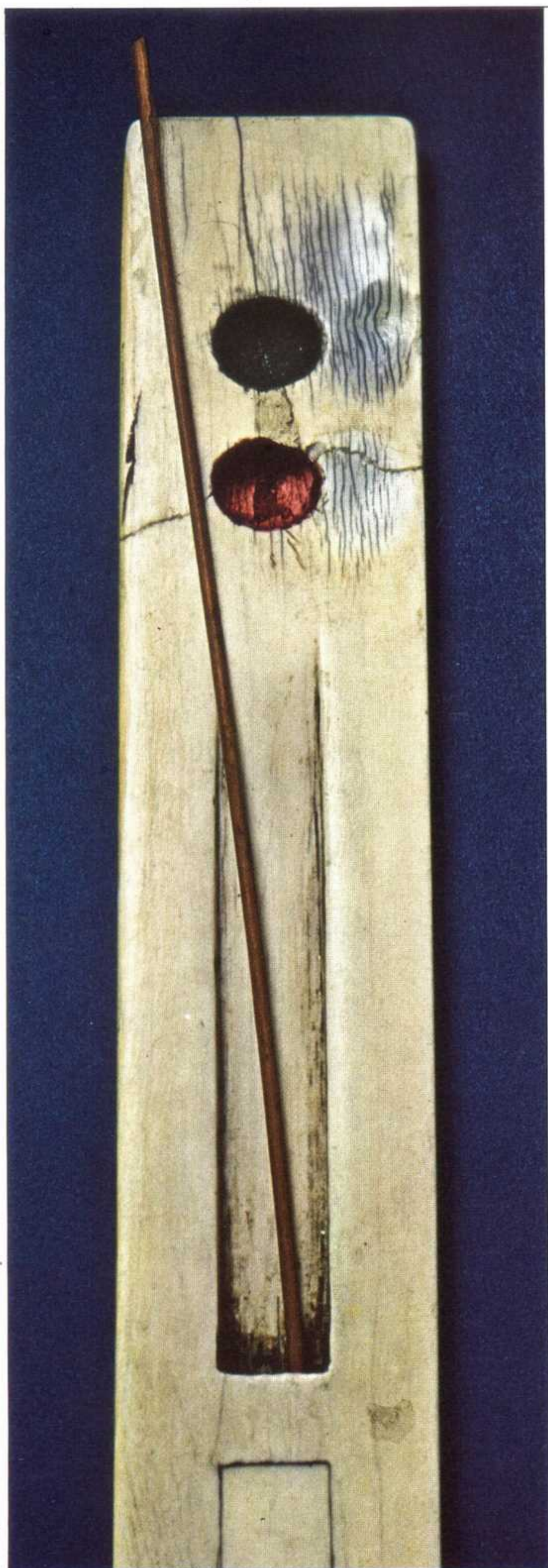
Este fragmento de un texto funerario del siglo XIII antes de nuestra era, escrito en papiro, muestra al dios Thot, patrón de los escribas, llevando el cálamo, el recipiente y la paleta tradicionales. En él se puede ver claramente la textura del papiro.

Compuesta por finas tiras longitudinales seccionadas del fibroso tallo de la planta, cada hoja consistía realmente en dos capas de fibras, dispuestas perpendicularmente la una a la otra y majadas después con una piedra hasta que se fundían entre sí.

El resultado de ese proceso era un papiro con esta pronunciada trama.



Toda una gama de paletas



Esta paleta de marfil (a la izquierda), de unos 35 cm, perteneció probablemente a un escriba importante, pues la mayoría eran de madera. La ranura central alojaba los cálamos.

La paleta de Tutankhamón (abajo) conserva aún sus pastillas de tinta originales. A su lado se ve el estuche que guardaba los cálamos del faraón.



Esta paleta del siglo XIV antes de nuestra era, con seis cavidades para tintas de diversos colores, se usaba probablemente para ilustrar con dibujos los textos escritos en papiro.



que recurrir a las matemáticas constantemente para totalizar los desembolsos e ingresos administrativos, para evaluar el pago de intereses por los préstamos y para calcular la cantidad de ladrillos necesarios en un edificio de determinadas dimensiones. Con este fin, los babilonios usaban un sistema de notación numérica bastante complicado; medían la cantidad de cereales mediante un sistema decimal, pero en los demás dominios solían emplear un sistema sexagesimal, cuyo descendiente se usa todavía hoy en el cómputo del tiempo: la hora se compone de 60 minutos, el minuto de 60 segundos. También habían recopilado tablas de multiplicar, y sabían extraer raíces cuadradas y cúbicas con bastante exactitud.

Dado que sabían manejar tales valores matemáticos, esenciales para la geometría plana, y dado que tenían ideas básicas de álgebra, es muy razonable creer que, mil años antes de nacer Pitágoras, los escribas de las riberas del Eufrates hubieran descubierto el famoso teorema según el cual el cuadrado de la hipotenusa de un triángulo rectángulo es igual a la suma de los cuadrados de los catetos. Y posteriormente los escribas del Próximo Oriente llegaron a tener ciertos conocimientos de astronomía, ciencia que depende de las matemáticas; es evidente que sabían predecir eclipses de Sol y de Luna.

A pesar de esta amplia gama de disciplinas a disposición de los estudiantes, en Mesopotamia los aspirantes a escriba se concentraban primero y sobre todo en la lectura y la escritura. Algunos cursos se dedicaban a cuestiones legales: cómo autentificar y redactar correctamente transferencias, contratos y otros documentos. En otros cursos se estudiaba la jerga de varios grupos sociales: sacerdotes, jueces, médicos, forjadores de metales, comerciantes y pastores. El aspirante a escriba sabía que el día de mañana tendría que tratar con todo tipo de personas y entonces le vendría muy bien el conocer sus expresiones y su vocabulario especializado.

Los aspirantes a escriba mesopotámicos empleaban otra buena parte de su tiempo en aprenderse los equiva-

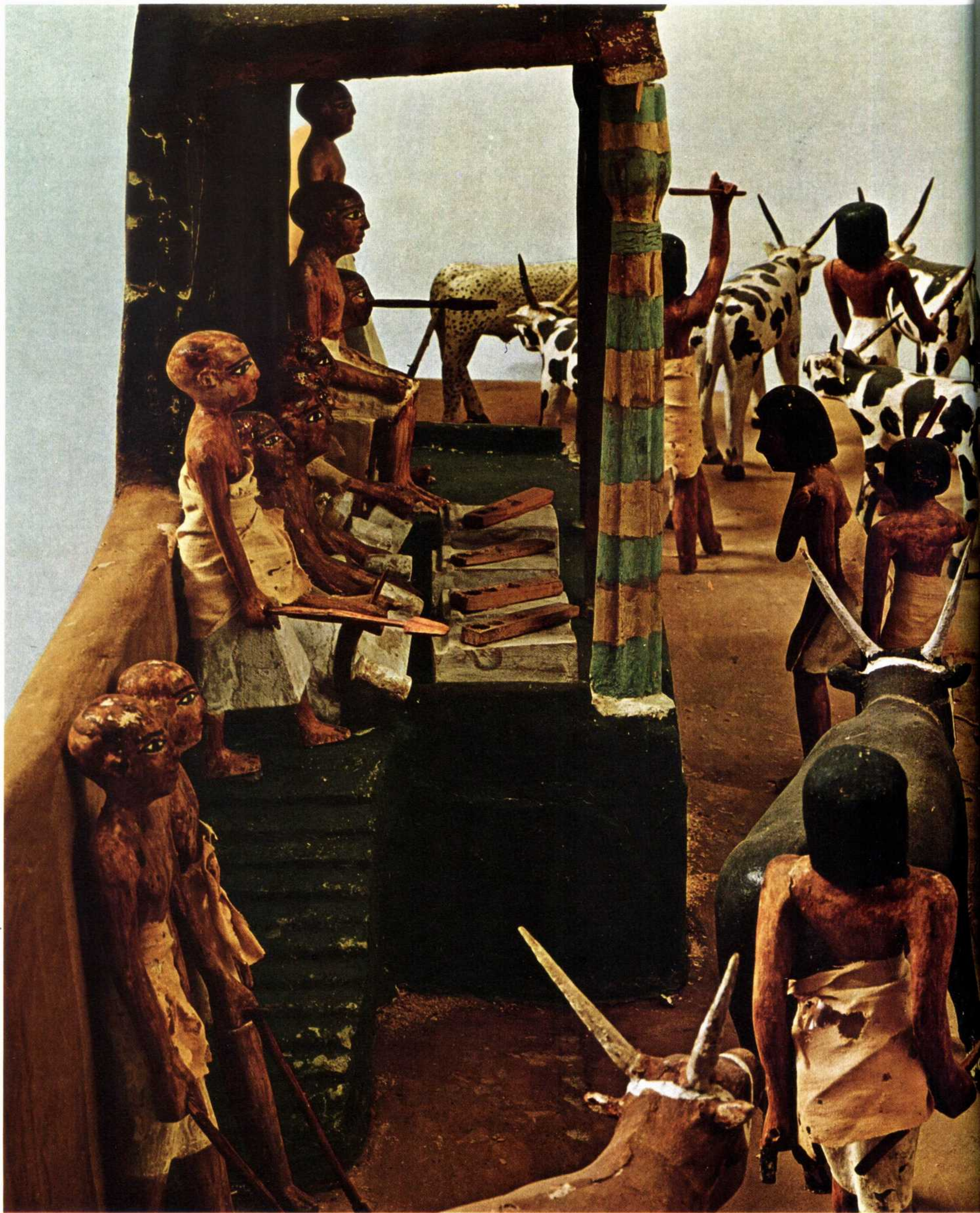
lentes sumerios de las palabras akkadias, y en adquirir un buen conocimiento de los términos gramaticales sumerios y las conjugaciones de los verbos sumerios, así como en traducir del sumerio al akkadio y viceversa.

Los expertos discuten aún sobre el problema de cuándo el sumerio dejó de ser una lengua viva. Pero hacia el final del tercer milenio antes de nuestra era, las ciudades del sur de Mesopotamia, donde los sumerios habían inventado la escritura cuneiforme, empezaron a declinar; y un poco más al norte, por esa misma época, un nuevo pueblo, establecido en las ciudades de Akkad y Babilonia (de donde proceden los nombres de akkadio y babilónico con que se designan su idioma y su cultura), estaba empezando a cobrar auge. Hacia el año 1800 antes de nuestra era, el idioma sumerio había sido sustituido por el akkadio como lengua vulgar en todo el país.

Pero en la *edubba* y en los monumentos reales, el sumerio, ya una lengua muerta, se mantuvo viva de una manera o de otra durante más de mil años después de que dejara de usarse en la vida cotidiana.

¿Por qué persistió durante tanto tiempo el sumerio? Una explicación puede ser, sin duda, la tradición religiosa: al copiar una y otra vez los textos religiosos sumerios, los escribas pueden perfectamente haber tenido la sensación de estar sirviendo a sus dioses, cuyas proezas habían sido escritas por primera vez en la lengua sumeria. Así como el latín siguió siendo la principal lengua litúrgica de la Iglesia católica hasta mucho tiempo después de que sus fieles hubieran dejado de hablarla, así también el sumerio parece haber persistido como lengua de las ceremonias religiosas en ciertas partes de Mesopotamia durante muchos siglos después de que dejara de usarse en la vida cotidiana.

Pero el factor religioso difícilmente puede explicar por sí solo esta cuestión, pues no todos los documentos sumerios de las últimas épocas tratan de temas religiosos. Todavía en el año 1000 antes de nuestra era, los reyes



Esta escena agrícola, tallada en madera y colocada en la tumba de un eminente noble llamado Meket-Ra hace unos 4.000 años, conmemora una importante función de los escribas en el antiguo Egipto. Sentado en un sitial con dosel (a la izquierda), Meket-Ra mira cómo los boyeros conducen su ganado por el corral para poder contarlo. A su derecha, cuatro escribas llevan la cuenta en rollos de papiro; al otro lado del patio, un quinto escriba, ayudado por dos ganaderos, lleva la cuenta independientemente para comparar su resultado con el de los otros. Estos inventarios permitían a los escribas calcular la imposición de contribuciones, que en el antiguo Egipto generalmente se pagaban en porcentajes sobre el ganado o sobre otros productos.



asirios seguían usando el sumerio junto con el akkadio en las inscripciones reales esculpidas en los edificios públicos, aunque la mayoría de las personas que las veían no entendían sumerio. Sin embargo, una lengua muerta suele conferir una cierta dignidad a los monumentos y edificios públicos. En épocas más recientes, gentes de todo el mundo han hecho exactamente lo mismo: de París a San Francisco, numerosos edificios públicos exhiben inscripciones latinas en sus frontispicios, y lo mismo ocurre en las entradas a los campus universitarios. En los cementerios cristianos, las lápidas suelen expresar aún en latín el deseo de que el difunto descanse en paz: *Requiescat in pace*. Y en la China actual, los sellos grabados en jade, en piedra o en madera que se usan para legalizar los documentos jurídicos indican frecuentemente el nombre del signatario mediante signos pictográficos antiguos.

En la larga historia de las escuelas mesopotámicas, los aprendices de escriba siguieron copiando gramáticas y diccionarios sumerios, comentarios sobre palabras sumerias difíciles y glosas de documentos sumerios. Algunos siguieron componiendo poemas en sumerio hasta el año 1500 antes de nuestra era, e incluso hasta más tarde. También escribieron innumerables ensayos —unos originales, otros inspirados en los modelos sumerios compuestos por sus antepasados— que describían la vida en las escuelas de escribas, así como las normas de conducta imperantes. En una confrontación descrita en uno de tales ensayos, conservado en una tableta de arcilla, el padre de un niño que ha hecho novillos pregunta a su hijo: “¿Adónde fuiste?”, a lo que el hijo responde: “A ninguna parte.” Entonces el padre insiste: “¿Por qué andas holgazaneando por ahí? Vete a la escuela, preséntate al padre de la escuela, recita tu lección.” Y, por último, concluye: “Escribe tu tableta, deja que tu hermano mayor escriba la muestra de tu tableta nueva. Cuando hayas terminado tu tarea y se la hayas enseñado a tu instructor, vuelve a casa y no vagabundeas por las calles.”

Algunos estudiantes, ayudados y alentados por sus padres, practicaban el más burdo pelotilleo. Según una tableta de arcilla, un padre indulgente invitó a comer al profesor de su hijo, le hizo sentar en un asiento confortable y pidió al niño que recitase. El padre, dirigiéndose al profesor, declaró: “Mi hijo ha abierto sus manos y usted ha vertido en ellas su sabiduría; usted le ha enseñado el arte del escriba; usted le ha hecho ver las soluciones de los problemas matemáticos y aritméticos.” Pero la adulación no fue sólo verbal; el padre ordenó a sus criados: “Verted ungüentos fragantes, como si fueran agua, por el pecho y la espalda (del profesor); deseo vestirle con un traje (nuevo), darle un salario extra, poner un anillo en su mano.” Así persuadido por todas estas lisonjas, el profesor terminó encomiando al muchacho: “Has realizado todas las actividades escolares, eres un hombre de saber.” Es casi seguro que, en adelante, el niño obtendría unas notas óptimas.

En las escuelas mesopotámicas, como en las escuelas modernas, la escolaridad de los estudiantes terminaba con un examen. Antes de lanzarse a la vida, el estudiante debía demostrar sus conocimientos. Una tableta de arcilla nos refiere el examen oral al que un escriba somete a “su hijo” —es decir, a su “hijo de la escuela” o discípulo, probablemente—. El examen versaba sobre todas las materias que el estudiante había aprendido en sus años de escuela y se celebró en el patio de la *edubba* ante una asamblea de maestros.

El joven aspirante mencionado en esta tableta no logró pasar la prueba. Incapaz de responsabilizarse de sus calabazas, pretendía que el fracaso no era suyo, sino del padre de la escuela y de sus hermanos mayores. Y esto mereció el reproche de su examinador: “¿Qué has conseguido? ¿Qué provecho has sacado del tiempo que has pasado sentado en estos bancos? ¡Eres un grandullón, ya casi te has convertido en una persona mayor! Como un burro viejo, ya eres incapaz de aprender. Como al grano

marchito, se te ha pasado la época en que podías germinar. ¿Cuánto tiempo piensas perder todavía?” Sin embargo, dejando entrever aún una cierta esperanza, manifiesta: “Todavía no es demasiado tarde. Si estudias día y noche, si trabajas constantemente con modestia y sin arrogancia, si escuchas a tus condiscípulos y a tus profesores, aún puedes llegar a ser un escriba.”

Muchos estudiantes ni siquiera llegaban al examen final; por una razón o por otra, abandonaban la escuela. Algunos de estos rezagados pueden haberse convertido en escribas públicos de las aldeas y ciudades pequeñas, y luego sus triunfantes colegas de las grandes ciudades les habrían apodado despectivamente *dubsar hurrum*, es decir, “escribas montañeses” (el término *hurrum* debe de referirse a los hurritas, un pueblo rústico que habitaba la zona montañosa al noroeste de Sumer).

De hecho, la aparición de una clase de personas que sabían leer y escribir, en las ciudades del mundo antiguo, contribuyó indudablemente a acentuar las diferencias sociales, tanto reales como supuestas, entre la ciudad y el campo: como ha ocurrido siempre, los campesinos iletrados eran considerados inferiores a la sofisticada gente de la ciudad; se tenía en más estima al ciudadano trapacero que al campesino modesto y sencillo. Dos mil años después de los sumerios, los atenienses educados llamaban “beocio” a los individuos ignorantes o estúpidos, calificativo que deriva del nombre del distrito rural próximo: la Beocia. En definitiva, ocurre lo mismo en muchas lenguas modernas; en español, por ejemplo, “aldeano” designa tanto al natural de una aldea como al individuo inculto y rústico; a su vez, la palabra “rústico” significa, además de hombre del campo, individuo tosco y grosero.

El número de escribas graduados que ejercían su oficio era pequeño en proporción al resto de la población; sin embargo, era un número considerable, según un estudio religioso y socio-económico de la babilónica ciudad de Sippar realizado por Rivkah Harris, profesora de historia y de literatura religiosa en la Northwestern Univer-

sity. La doctora Harris basó su estudio en tabletas de arcilla que registraban los negocios y los asuntos legales de la ciudad entre los años 1850 y 1550 antes de nuestra era. Hacia el final de este período, cuando estaba en la cima de su poder, Sippar tenía una población de unos 10.000 ciudadanos. La doctora Harris halló los nombres de 185 escribas —de los cuales, 10 eran mujeres— que habían vivido durante aquellos tres siglos.

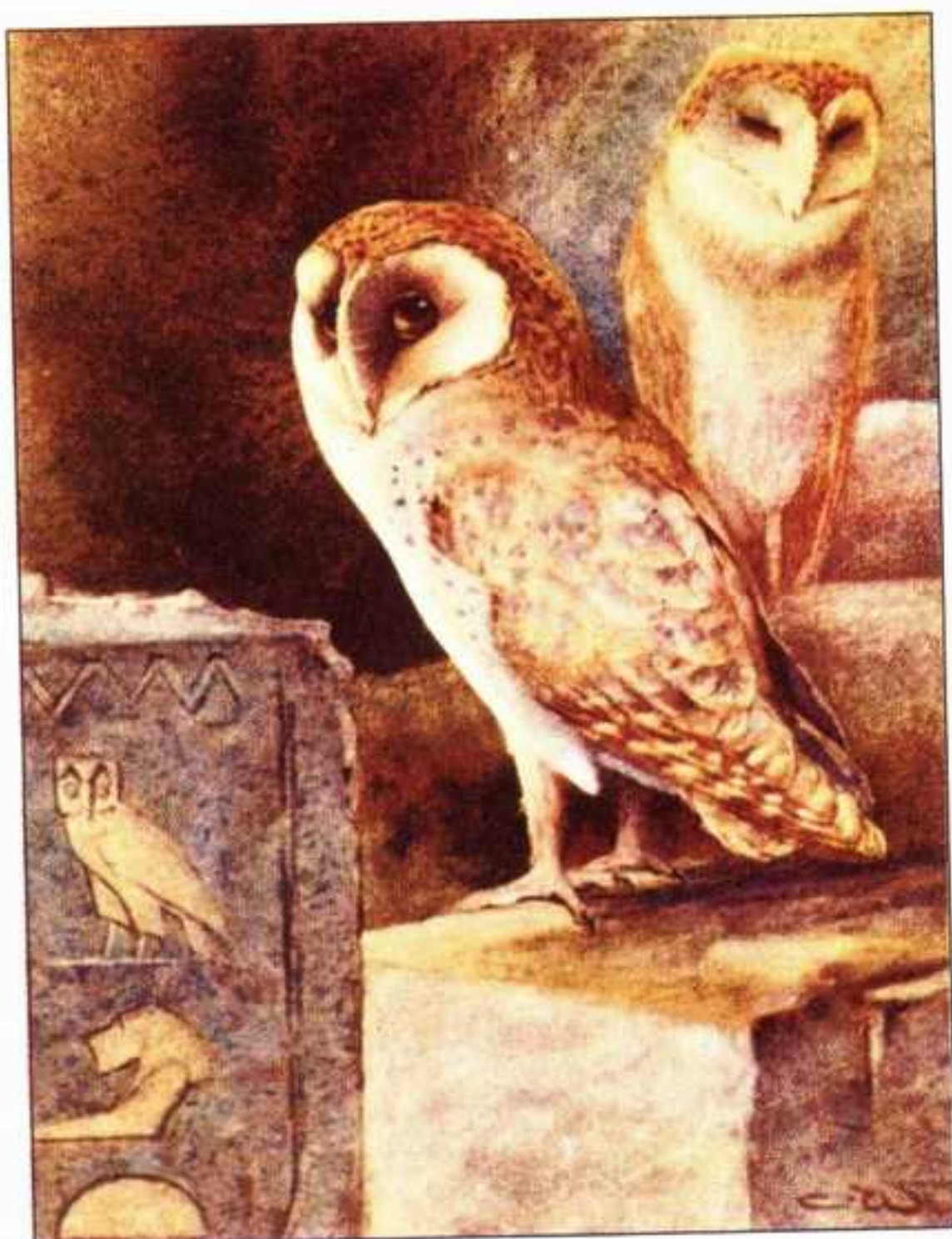
La cifra de 185 puede parecer pequeña a primera vista, pero es mayor que las cifras que arrojan los ocupados en otras profesiones. La doctora Harris deduce de ello que la tasa de alfabetización en Sippar era mayor de lo que se podía esperar. Por otra parte, dicha cifra puede ser demasiado baja, pues sólo contabiliza a los individuos cuyos nombres son explícitamente designados como *dubsar* o escritores de tabletas. No cabe la menor duda de que numerosos *dubsar* no se molestaron en añadir a su nombre su título profesional, y los nombres de algunos otros debieron de perderse junto con las tabletas que los mencionaban.

Los nombres de otros babilonios educados, como los administradores del templo y los maestros de escuela, pueden no haber figurado en ningún documento o, al menos, en ningún contexto que indicase que sabían leer y escribir. Pero, incluso si se multiplica por 10 la cifra de la doctora Harris, el número total de personas que sabían leer y escribir seguiría siendo muy pequeño para un período tan grande. Dada la breve esperanza de vida al nacer que había en aquella época, es probable que en ningún momento existiesen en Sippar más de unos pocos centenares de personas que supieran leer y escribir. Y en el campo y en las ciudades más pequeñas, evidentemente habría muchos menos.

El hecho de que fueran tan pocos quienes sabían leer y escribir en la antigua Mesopotamia les hacía ser respetados. Quien lograba graduarse en la *edubba* tenía ante sí toda una gama de carreras. Podía quizás ingresar en

Cómo grabar un jeroglífico

La creación de los jeroglíficos sobre piedra exigía un alto grado de destreza artística. Los símbolos podían grabarse mediante incisión o bien esculpirse en bajo-relieve; en estas páginas se muestran ambos métodos. Los detalles de estas cabezas de lechuza que vemos a la derecha, tomados de sendas lastras de piedra caliza sobre las que practicaban los aprendices de escriba-artista, nos revelan las dos fases del grabado de un jeroglífico: primero se esbozaba con tinta la imagen sobre la piedra y luego se cincelaba. En el extremo superior derecho de la ilustración de la página siguiente se ve un ejemplo exquisitamente delicado de una lechuza esculpida en bajo-relieve. Los escribas solían lograr reproducciones tan fieles que los zoólogos pueden identificar exactamente la especie de que se trata.



Las lechuzas se parecen tanto a un símbolo jeroglífico egipcio, que los naturalistas han llegado a pensar que dichas aves debían de ser comunes en el Egipto antiguo. Esta pintura, perteneciente a una guía de campo de las aves egipcias, compara dicho jeroglífico con una lechuza moderna.



Estos dos jeroglíficos —arriba, un dibujo esquemático de la cabeza de una lechuza; abajo, versión grabada del mismo— se encontraron en un templo de Tebas y en otro de Mesheikh respectivamente; constituyen dos fases preliminares en la ejecución de un símbolo. Aunque a los escribas se les permitían ciertas licencias artísticas, la convención exigía que el cuerpo del ave que indicaba el sonido “m” se representase siempre de perfil pero la cara siempre de frente.



Este bajorrelieve, procedente de una tumba de Gizeh de hace 4.500 años, muestra el jeroglífico de la lechuza excelentemente ejecutado.

la *edubba gula*, o gran escuela, una especie de universidad que sólo existía en las mayores ciudades: en Babilonia y tal vez en Nippur. No se conserva ningún testimonio que pueda indicar qué materias se enseñaban en estas grandes escuelas, pero se han indicado varias posibilidades: astronomía, astrología y quizá medicina.

En vez de proseguir su propia escolaridad, el graduado en una academia de escribas podía hacerse profesor, tiranizando a toda una generación de muchachos de igual manera que le habían tiranizado a él. O podía encontrar trabajo como administrador de una gran propiedad o como encargado de la correspondencia y de los contratos de un banquero o de un comerciante próspero. Podía dedicarse a los negocios por cuenta propia, estableciéndose como una especie de notario público que hacía de testigo y redactaba los contratos, las escrituras y los pagarés. Bastante antes del año 2000 antes de nuestra era, los sumerios habían desarrollado códigos de leyes escritas, posiblemente porque los numerosos inmigrantes que constantemente se asentaban en Sumer traían nuevas ideas y suscitaban con ello el problema de qué reglas debían prevalecer. Los tribunales mesopotámicos exigían pruebas escritas en los casos que incluían disputas sobre la tierra, los préstamos y los contratos.

Pero quizá la carrera más importante que podía seguir quien se hubiese graduado en una escuela para escribas era la de funcionario de la administración civil, haciéndose clérigo, habilitado, contable o secretario de un templo o un palacio. Un muchacho inteligente o con suerte podía acceder al puesto de administrador del templo, embajador o ministro del rey. En Mesopotamia, como en muchas otras civilizaciones posteriores, el poder político era detentado, de hecho, por los burócratas profesionales, y no por los reyes, generales, grandes sacerdotes y nobles a quienes nominalmente correspondía.

En particular, el escriba que trabajaba como consejero de un rey o de algún alto funcionario era quien muchas veces decidía qué mensajes llegaban a su señor y cuáles

no. Una carta enviada a Asurbanipal, rey de Asiria —el imperio que siguió al de Babilonia— en el siglo VII antes de nuestra era, contiene este post-scriptum dirigido al secretario real: “Quienquiera que seas, escriba que vas a leer esta carta, no le ocultes ninguna parte de ella al rey, mi señor, para que los dioses Bel y Nabu hablen bien de ti al rey.”

Este aviso puede haber sido un simple sermón, encomiando al mejor tipo de escriba real. O puede haber tenido intenciones menos amistosas. Ciertamente, las leyes contra el fraude eran tan severas para los escribas como para los comerciantes; sin embargo, ignoramos qué penas correspondían a los culpables, pues no se conserva ningún proceso judicial contra un escriba. De todos modos, Hammurabi —el rey de Babilonia que, poco después del año 1800 antes de nuestra era, hizo poner por escrito un código de leyes hasta entonces orales— decretó que cualquier juez que alterase una tableta fuese privado de su derecho a sentarse en los estrados; así mismo, el castigo de los reos de falso testimonio (y el actuar como testigo era una de las funciones del escriba que grababa la tableta) era la muerte.

Por supuesto, la advertencia de que fuera honesto, hecha al escriba de Asurbanipal, puede haber sido una simple fórmula, pues tanto el remitente de la carta como el secretario real debían de saber perfectamente que el rey era una excepción entre los grandes personajes de la época: sabía leer.

En cualquier caso, el hecho de que el escriba invocase los nombres de los dioses en su carta al rey Asurbanipal indica la estima en que se tenía a la escritura. Bel era uno de los nombres de Marduk, el dios principal, y Nabu era su hijo. Nabu sólo era inferior a su padre en el panteón mesopotámico. Y era también el escriba de los dioses: como tal, registraba sus negocios y sus decisiones sobre el destino de los hombres. Desde los primeros tiempos, los escribas disponían además de una patrona especial: la diosa Nisaba; los textos literarios sumerios ter-



Entre los muchos y muy grandes honores conferidos al escriba Amenhotep-hijo-de-Apu destacaba su estatua-retrato, descubierta en un templo. Ello muestra el alto rango al que podía acceder en el antiguo Egipto una persona inteligente y culta. Siendo todavía un joven oficial del ejército, se admiraba ya a este genio del siglo XIV antes de nuestra era por su dominio de los jeroglíficos; poco después se encargaba ya de reclutar toda la mano de obra. Posteriormente, el faraón le hizo recaudador de contribuciones y arquitecto jefe. El último homenaje a Amenhotep fue el permiso real para que se hiciera construir su propio templo funerario. En la inscripción que se ve en la basa, el escriba se ofrece piadosamente para interceder por los fieles ante Amón-Ra.

minan frecuentemente con la plegaria "alabada sea Nisaba". Asurbanipal estaba orgulloso de saber leer y escribir, tal vez porque comprendía perfectamente el prestigio de los escribas. Inscripciones del siglo VII antes de nuestra era revelan que fue un erudito consumado. Se jactaba de poder "leer tabletas escritas antes del diluvio", refiriéndose a textos que ya entonces tenían más de 2000 años de antigüedad. Asurbanipal habla también de que sabía copiar textos, lo que indica que el dominio de la escritura era algo de lo que podía enorgullecerse hasta el mismísimo rey.

Sea cierto o no que Asurbanipal fuese tan listo como pretendía, indiscutiblemente fue el primer gran coleccionista de libros y el fundador de la primera gran biblioteca. Desde su capital, Nínive, enviaba a sus agentes por toda Mesopotamia en busca de tabletas de arcilla. Una de sus cartas, dirigida a un funcionario real llamado Shadanu, dice: "Buscad y traedme las valiosas tabletas de las que no existen copias en Asiria. Acabo de escribir al inspector del templo y al alcalde de Borsippa comunicándoles que tú, Shadanu, tienes que guardar las tabletas en tu almacén y que nadie deberá negarse a entregarte sus tabletas. Si oyes hablar de alguna tableta o de algún texto ritual que pueda ser interesante para el palacio, búscalo, aprópiate de él y envíamelo."

El resultado de tal empeño fue una biblioteca de casi 25.000 tabletas de arcilla. Una gran parte de ellas trata de temas mágicos (presagios, astrología y encantamientos), pero otras tratan de medicina, astronomía y matemáticas, y algunas incluyen poemas épicos, himnos y canciones. Sin embargo, lo más importante para nosotros eran los diccionarios babilonio-sumerio, que nos han dado la clave para el conocimiento de la lengua sumeria. De hecho, los especialistas han encontrado en esta colección de tabletas de arcilla la más rica mina de información jamás descubierta sobre la cultura de Asiria, Babilonia y Sumer. La creación de esa biblioteca subraya un importante hecho relacionado con el desarrollo de la escritura:

lo que había nacido como un instrumento práctico de la administración y el comercio, en el primer milenio antes de nuestra era había empezado a ser valorado por sí mismo y por los conocimientos que podía proporcionar.

No conocemos ningún filón como ése que nos hable de los escribas en Egipto, el otro gran hogar de la escritura antigua. Las inscripciones jeroglíficas esculpidas o pintadas en los muros de las tumbas y de los edificios públicos tratan principalmente de temas religiosos, así como de las vidas y hazañas de los reyes y los nobles. Los asuntos más mundanos se trataban en hojas de papiro, mucho más perecederas que las tabletas de arcilla.

Pero, entre los fragmentos de papiro que se conservan, hay ensayos, cartas y poemas que ensalzan al escriba y a la suerte que le cupo en vida. Un ensayo que puede haber sido redactado hace más de 4.000 años retrata a un padre que lleva a su hijo a la escuela. En el camino, el padre exhorta al niño sobre la necesidad de esforzarse en sus estudios; en caso contrario, indica el padre, tendrá que pasar la vida dedicado a un trabajo manual agotador.

"He visto al forjador de metales trabajando en su fragua", declara el padre. "Sus dedos están como la piel del cocodrilo, y huele peor que las huevas de los peces." Prosiguiendo con el mismo tono despectivo el análisis de la profesión del picapedrero, del barbero y de otros obreros manuales, el padre escribe del campesino, que "lleva el mismo vestido en todas las estaciones. Su voz es tan ronca como la de un cuervo. Sus dedos están siempre trabajando, sus brazos están reseco por el viento. Descansa

—cuando puede— sobre el fango". El padre acaba apremiando a su hijo a no ahorrar esfuerzo para convertirse en escriba. Otro papiro concluye: "La profesión de escriba es una profesión digna de un príncipe. Sus instrumentos de escritura y sus rollos de libros proporcionan agrado y riqueza."

En Egipto, el oficio de escriba podía llevarle a viajar por el extranjero o, por lo menos, a tener cierto contacto con el mundo exterior. Algunos escribas egipcios se ocupaban de asuntos extranjeros y tenían que aprender a escribir en el sistema cuneiforme akkadio, que se usó como lengua diplomática común en el Próximo Oriente del año 2000 al 1000 antes de nuestra era. Y un papiro del 1200 antes de nuestra era nos habla de un escriba que desafiaba a otro a ver quién sabía más de geografía. El escriba pregunta acerca de la ciudad de Biblos: "¿A qué se parece? No has puesto los pies en ella." Y, prosiguiendo con otras ciudades, dice: "Por favor, háblame de Beirut, Sidón y Sarepta."

Y es posible que el otro le respondiese. Pues esas ciudades —todas ellas situadas en la costa del Mediterráneo, al noreste de Egipto— eran puestos avanzados del imperio egipcio a mediados del segundo milenio antes de Cristo. También eran codiciadas por las potencias mesopotámicas, al este, y por el imperio hitita, al norte. Pero estas ciudades del Levante mediterráneo se iban a librar del dominio extranjero, e iban a provocar una revolución cultural de una importancia crucial y permanente para el desarrollo de la escritura.

Poder mágico de la palabra escrita

Durante 3.000 años de su larga historia, los antiguos egipcios, que atribuían la invención de la escritura a Thot, el dios de la sabiduría, creyeron que la palabra escrita tenía poderes sobrenaturales. Los jeroglíficos se usaban en la mayoría de los textos religiosos y de las declaraciones oficiales (complementados con la escritura hierática cursiva, empleada para asuntos cotidianos) y poseían un significado especial que iba más allá de la mera comunicación.

Por ejemplo, un nombre escrito encarnaba la esencia de la persona nombrada. El nombre de un dios grabado en las columnas de un templo invocaba su presencia. La fuerza de un enemigo disminuía cuando se destruía una estatuilla en la que figurase su nombre. Y las oraciones y conjuros, inscritos en pirámides y tumbas, aseguraban a reyes y dignatarios una feliz vida en el más allá.

Finamente labrado en forma de cruz ansada (el jeroglífico que significaba "vida") y colocado en la tumba de Tutankhamón, este estuche para un espejo de mano fue primorosamente decorado con inscripciones en color que representan dos de los diversos nombres y títulos del faraón.

El nombre de Tutankhamón está grabado en el asa. En el centro del estuche se incrustaron en pasta vidriada los jeroglíficos del otro nombre: Nebkheperure. Los símbolos transcriben aproximadamente los sonidos "neb" (el jeroglífico del cuenco), "kheper" (el escarabeo) y "re" (el disco solar). Las tres cortas rayas que hay debajo del escarabeo representan el sonido "u".



Monogramas de reyes y de un alto dignatario



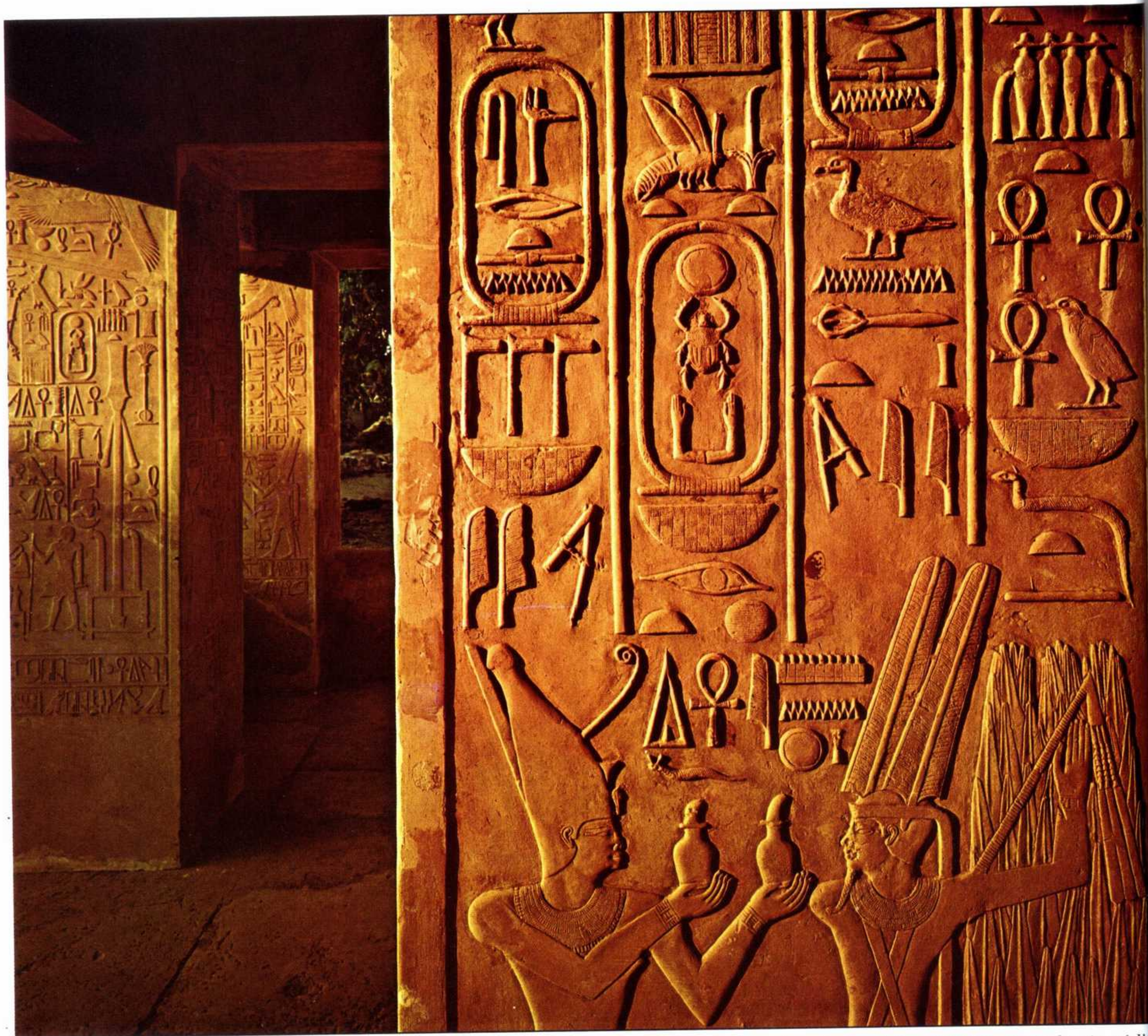
Este bote de plata, que formaba parte de la vajilla personal del palacio de Tuthmosis III, fue hallado en la tumba de una de sus seis esposas. Data del año 1460 antes de nuestra era y muestra esta inscripción: "Regalo del rey a la reina Merti."

Este vaso de oro muestra uno de los nombres oficiales del rey Tuthmosis III, el de Menkheperre, rodeado por un cartucho. Sobre él se lee la frase "el buen dios", que alude al rango divino del faraón en este mundo; los jeroglíficos de abajo significan "que ha recibido vida eterna" y aluden al sueño de inmortalidad divina del faraón.



Esta arqueta de toilette, hecha con madera de cedro, contiene todavía un espejo y tarros para cosméticos; en el panel frontal está inscrita la imagen de su dueño, un mayordomo real, que ofrece al faraón una serie de tarros semejantes. Este mayordomo del siglo XVIII a. C., que se describe a sí mismo como "el auténtico confidente del rey", inscribió el nombre de su señor, Amenemhet IV, en el borde de la tapa.

Espléndidas alabanzas de dioses y reyes

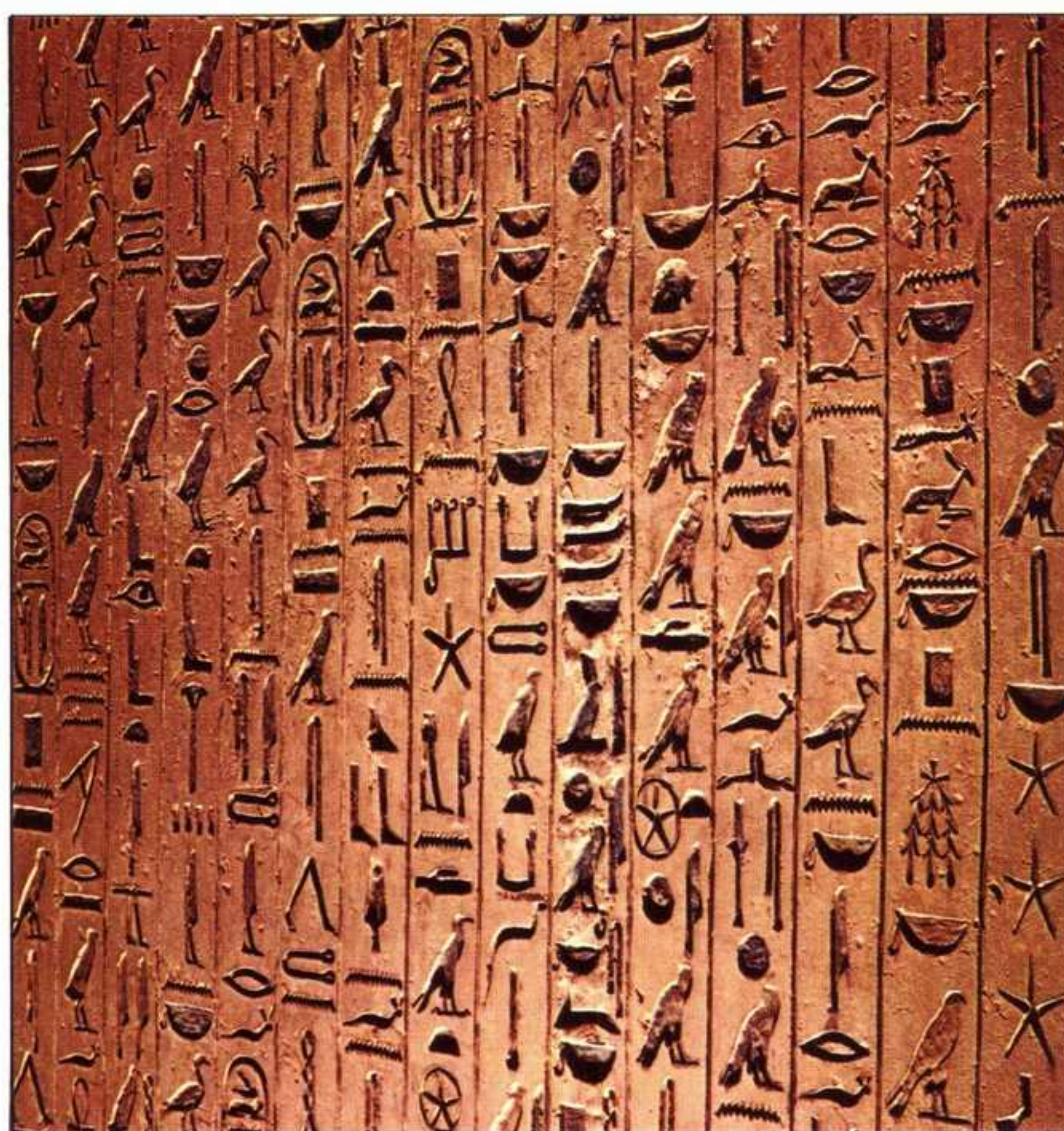


Estos jeroglíficos de un templo del milenio II de nuestra era dedicado a Amón-Ra exaltan al rey Senusret I, que presenta unas ofrendas al dios.

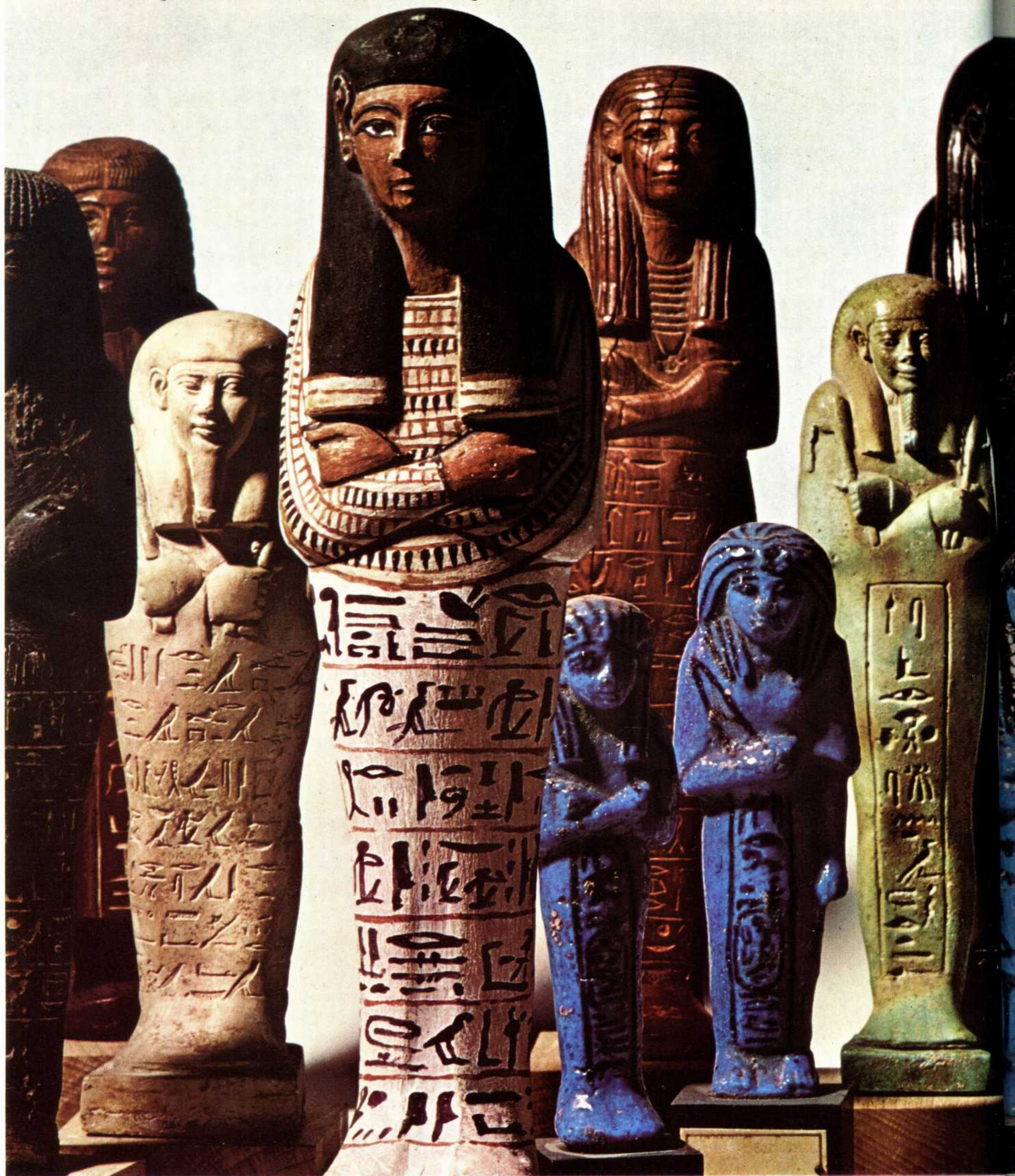


Un culto constructor de tumbas reales llamado Pashedu, que vivió en el siglo XIII antes de nuestra era, proyectó y construyó la suya propia. Cubrió el techo con la Letanía de Ra, un texto religioso que celebraba la eterna travesía del dios Sol entre el cielo y los infiernos. Decoró las paredes con imágenes de dioses, cada uno de los cuales llevaba en la mano el jeroglífico que significaba "vida". Al fondo, Pashedu se retrató a sí mismo rodeado por personajes y símbolos, entre ellos Osiris (en el centro), dios de los infiernos, y el enorme ojo que todo lo ve de Horus, hijo de Osiris y dios del cielo, que mira por la eterna bienaventuranza de los muertos.

Desde los muros interiores de la pirámide del rey Unás, construida hace 4.500 años, estos jeroglíficos piden a los dioses que acojan al faraón como a un igual. Los signos fueron ejecutados por artesanos cuyo arte fue imitado —pero no sobrepasado— durante más de 2.000 años.



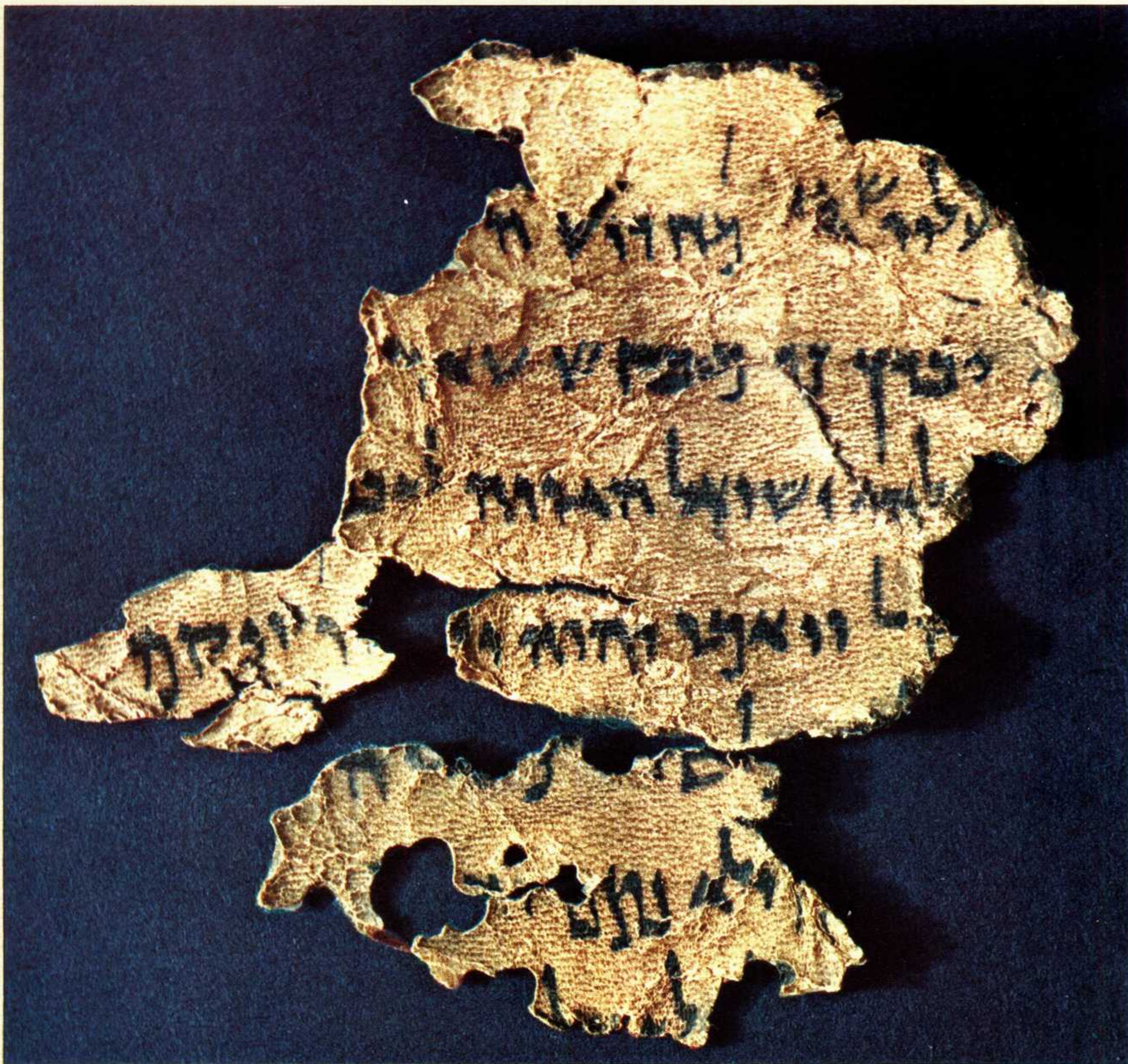
Dobles para servir al dueño después de la muerte



En las tumbas de los egipcios ricos se colocaban estatuas de madera, de piedra o de cerámica, inscritas con el nombre del difunto, para sustituirle en los trabajos físicos que los dioses pudieran pedirle en la otra vida. Estas estatuillas, del segundo milenio antes de nuestra era, portan inscripciones que las identifican como los dobles de unos granjeros.



Capítulo quinto: El don del alfabeto



Hacia el año 2000 antes de nuestra era, el arte de la escritura contaba ya con más de un milenio de antigüedad. Se había difundido ampliamente a partir de Mesopotamia y Egipto, donde nacieron las escrituras cuneiforme y jeroglífica, y se empleaba por todo el Próximo Oriente con diversas modalidades. A medida que se difundía, evolucionaba hacia formas más simples y hacia usos mucho más complejos.

Fue durante el milenio siguiente cuando la escritura dio el último y más vital paso de su evolución: la aparición del alfabeto. Nadie sabe exactamente cuándo, dónde ni gracias a quién dio ese primer paso; pero lo cierto es que, al amanecer el segundo milenio antes de nuestra era, varios sistemas de escritura se estaban moviendo ya en esa dirección, y alguna de las formas de escritura que florecían en la costa oriental del Mediterráneo dio origen a un precursor del alfabeto fenicio. Hacia el año 1000 antes de nuestra era, los mercaderes fenicios empezaron a difundir su alfabeto por los puertos mediterráneos, esparciendo así las semillas de todos los alfabetos actuales.

¿Qué es exactamente el alfabeto? Hoy se emplean siete escrituras alfabéticas diferentes, pero las siete se basan en un mismo principio: un alfabeto se compone de una serie determinada de signos escritos, cada uno de los cuales representa —al menos teóricamente— un único sonido del habla; todos estos signos pueden usarse en combinaciones intercambiables para formar las diversas palabras de un idioma cualquiera.

En la práctica, son pocos los alfabetos que se ajustan

a esa regla teórica de un signo por cada sonido; con el paso del tiempo, los cambios introducidos en la manera de escribir los signos y de pronunciar las palabras han hecho que la escritura y los sonidos hayan avanzado por caminos divergentes. Pero el principio de un número finito de signos con los que indicar los sonidos de la voz humana, independientemente del lenguaje de que se trate, ha permanecido intacto.

Este extraordinario sistema surgió como resultado de la espectacular fermentación cultural que se produjo durante al menos un milenio —desde el año 2500 aproximadamente— en la región hoy ocupada por Israel, Líbano y Siria, bordeada al sur por la península del Sinaí, al norte por el río Orontes y, a unos 80 kilómetros tierra adentro, por los montes del Líbano y el río Jordán.

En el tercer milenio antes de nuestra era, dicha región estaba poblada fundamentalmente por semitas; eran tribus débilmente emparentadas entre sí, originarias del desierto arábigo (en la actual Arabia Saudí) y que se habían dispersado por todo el Próximo Oriente emigrando en varias oleadas hacia el año 3000 antes de nuestra era. Los primeros emigrantes se habían dirigido por el este hacia las ciudades sumerias y habían desempeñado un importante papel en la transformación de Sumer en el reino akadio y, posteriormente, en los imperios babilónico y asirio. Poco después, otra oleada de colonos semitas se encaminó por el oeste hacia las riberas del Mediterráneo: son los cananeos de los que habla la Biblia, y sus descendientes recibirían de los griegos el nombre de fenicios. Se establecieron a lo largo de la costa, en una hilera de ciudades que durante siglos hablarían dialectos próximos, compartirían unas creencias religiosas similares y tendrían unos intereses comerciales comunes. Sin embargo, a pesar de cuanto poseían en común, estas ciudades jamás se fundieron en un solo imperio; eso sí, formaron una peculiar, aunque fragmentada, civilización.

El rasgo más significativo de los cananeos era tal vez

Entre los manuscritos del Mar Muerto se hallan estos tres fragmentos de cuero, descubiertos en Israel en 1952, que conservan un texto del libro primero de Samuel escrito en arameo tardío. Esta forma de escritura alfabética, usada también por la hebreo y la árabe, apareció hacia el siglo X antes de nuestra era. Y se había usado ya ampliamente en el Oriente Próximo cuando, hacia el año 250 antes de Cristo, se escribió este manuscrito descubierto en nuestro siglo.

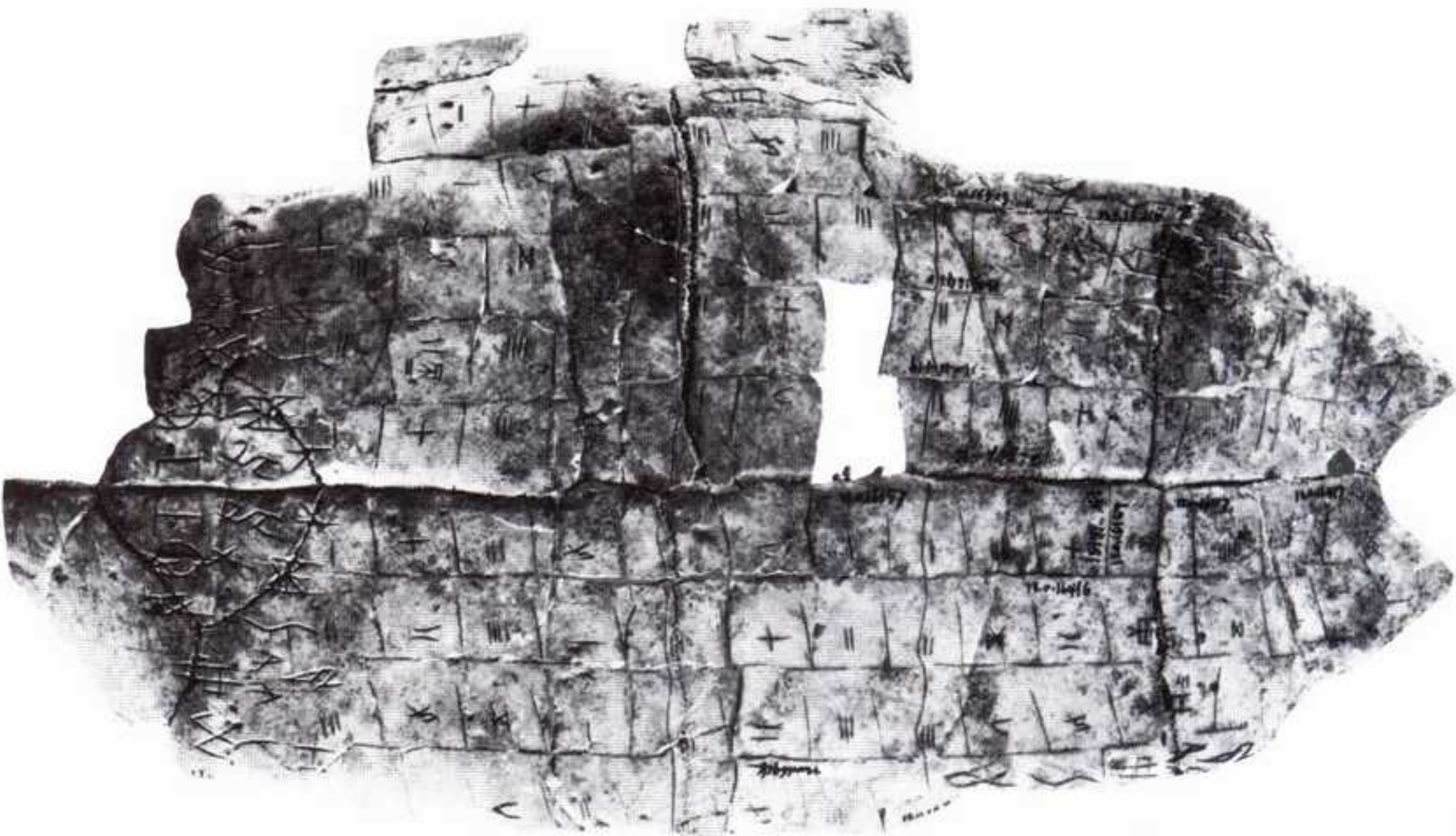
El chino empieza con oráculos

La escritura china, que figura entre las más antiguas del mundo, ha conservado su carácter esencial durante más de 3.500 años. Los pictogramas primitivos (*primera columna de abajo*) se fueron transformando en símbolos cada vez más abstractos y complejos (*columnas segunda y tercera*). Pero, debido en parte a que los chinos resistieron durante largo tiempo las influencias extranjeras, su escritura nunca se transformó en un sistema alfabético.

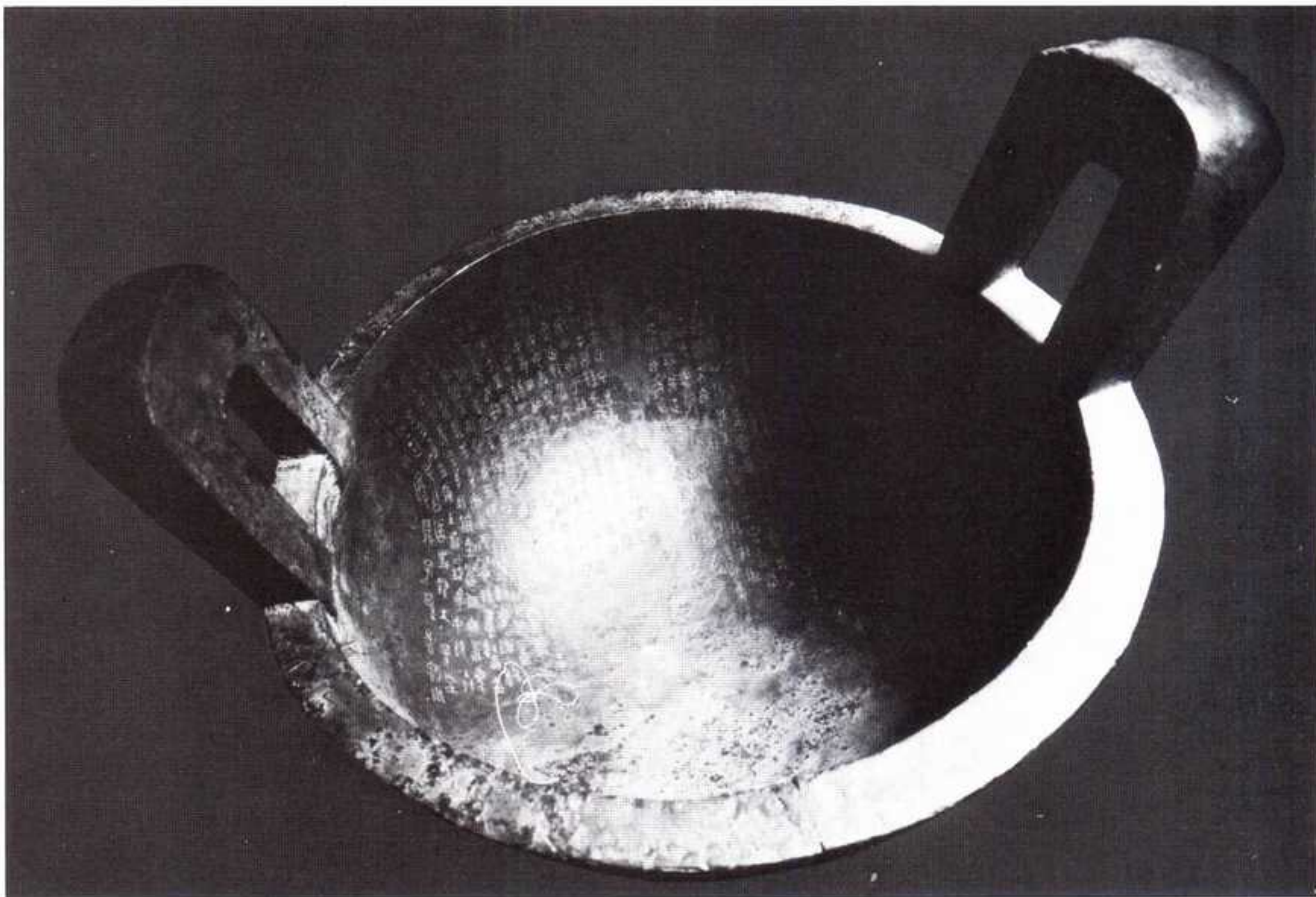
Dado que las imágenes primitivas no podían representar pensamientos abstractos, ni incluso muchas ideas concretas, se fueron concibiendo nuevos caracteres para aumentar el alcance de la comunicación escrita. En este proceso, el número de caracteres usados por los chinos pasó de 2.500, en el año 1400 antes de nuestra era, a más de 50.000 en la actualidad.

PICTOGRAMA	DINASTIA CHOU	MODERNO
hombre		人
colina		山
árbol		木
perro		犬
luna		月
agua		水
pájaro		鳥

Los pictogramas chinos, que antes se dibujaban con una caña y recordaban los objetos por ellos representados, se han convertido en signos abstractos que se escriben con un pincel.



La lisa cara interior de este caparazón de tortuga, grabado en el siglo XIV antes de nuestra era, conserva la más antigua forma de escritura china. A instancias de un cliente ansioso por conocer el futuro, un escriba practicó agujeros en el caparazón y grabó en él las preguntas oportunas. Luego lo calentó, haciendo así que se agrietase a partir de los agujeros, e interpretó las formas resultantes.



A mediados de la dinastía Chou (del 1122 al 256 antes de nuestra era) se registraban los hechos históricos y las transacciones comerciales grabándolos en recipientes de bronce como esta escudilla ceremonial. La escritura de la dinastía Chou derivaba de los pictogramas (ver cuadro adjunto).

su pasión y su talento para la industria y el comercio. Como todas las sociedades antiguas, la suya se basaba fundamentalmente en la agricultura. Pero en estas tierras costeras la agricultura resultaba más difícil y considerablemente menos próspera que en los ricos suelos de Mesopotamia y Egipto. La región era demasiado montañosa para poder irrigarla, y ninguno de los ríos de la zona —ni el Orontes, ni el Jordán— se desbordaba cada año para fertilizar sus riberas con depósitos de limo.

Pero si en este aspecto la naturaleza se mostraba cruel con los cananeos, en otro les favorecía profundamente. Pues sus montes mantenían los olivos de los que obtenían aceite, los cedros que les proporcionaban madera y las ovejas que les daban lana. En un momento aún no determinado del tercer milenio, los pescadores mediterráneos descubrieron las extraordinarias propiedades del múrice: este molusco marino segrega, al descomponerse su cuerpo, un líquido cuyo color va del rosa pálido al púrpura intenso, proporcionando vívidos tintes muy apreciados por las gentes más ricas. De hecho, los nombres de los pueblos que vivieron en esta región derivan de dos antiguas palabras relacionadas con la púrpura: “cananeos” deriva de una palabra semítica que, según se cree, significaba “vendedores de púrpura”, y el término “fenicios” —usado por primera vez por Homero en la *Iliada*— es una palabra de origen griego que en un principio tenía el mismo significado.

Las costas del Mediterráneo oriental disponían de puertos abrigados que a la vez atraían a los comerciantes extranjeros e impelían a sus habitantes hacia el mundo exterior. Ciudades costeras como Biblos, Ugarit, Tiro y Sidón crecieron en torno a los puertos, y todas estas comunidades constituyeron la gran encrucijada de caminos del mundo antiguo. Por el este, cruzando las montañas en caravana y descendiendo por el Eufrates en barco, se llegaba a Mesopotamia; por el sur, tras un corto viaje a través de la península del Sinaí y el Mar Rojo, se alcanzaba Egipto. El imperio hitita bordeaba la costa nordeste

del Mediterráneo (es decir, se asentaba en la región de la antigua Asia Menor y de la actual Turquía), y navegando hacia el oeste se encontraban las islas de Chipre y Creta. Gentes de todos estos países tenían que congregarse en los puertos mediterráneos con el fin de intercambiar sus mercancías.

Viviendo en el centro mismo de todas estas tierras, los cananeos y luego sus descendientes, los fenicios, se encontraban en el lugar preciso para sacar el mayor provecho de toda esta actividad comercial: no sólo exportaban sus propios productos, sino que además actuaban como agentes de negocios, intermediarios y expedidores por cuenta de todas las demás sociedades. Transportaban cobre de Chipre (el nombre de esta isla procede de una palabra griega que significaba “cobre”); lana, plata y estaño del Asia Menor; dátiles, tejidos y perlas de Mesopotamia; papiros, lino, oro, marfil e incienso de Egipto. La compra, venta y transporte de estos artículos —por barco, asno o mula— enriqueció enormemente a los gobernantes de estas ciudades costeras.

Sin embargo, la importancia geográfica y la riqueza de las comunidades del Mediterráneo oriental eran un arma de doble filo. La costa tenía un interés tanto estratégico como comercial para todos los países vecinos, que ambicionaban controlar los puertos costeros y los pasos a través de las montañas no sólo para asegurar sus propias rutas comerciales sino también para escatimárselas a sus rivales. Durante sus épocas de poder y prosperidad, Egipto avanzaba hasta esa costa; los jefes mesopotámicos y los reyes hititas ejercían presión desde el este y desde el norte. Esta región era la ruta natural de invasión por la que marchaban todos estos pueblos cuando entraban en guerra entre sí, cosa que sucedía con frecuencia; y todos ellos se apoderaban periódicamente de una o de varias de estas ciudades. Además, los nómadas del desierto las invadían de vez en cuando, y lo mismo hacían los pueblos del mar.

Así pues, la vida en las ciudades de Canaán era peli-

grosa e insegura. Pero la constante afluencia de diferentes pueblos a esta región creó comunidades políglotas en las que hombres y mujeres de media docena de orígenes diferentes se cruzaban en estrechas calles atronadas por los gritos de los vendedores e infestadas por los olores de especias, ajo y aceite frito. En sus idas y venidas, incorporaron sus dialectos, costumbres e inventos culturales a la vida de los puertos cananeos, haciendo de ellos un semillero de desarrollo cultural y de riqueza material.

En ningún otro ámbito ese fermento fue más evidente que en el de la escritura. En apenas un milenio, esta región —de escasamente 800 kilómetros de longitud a lo largo de la costa y sólo unos 80 de ancho— creó varios sistemas de escritura originales. Los especialistas discuten aún si estos sistemas fueron directamente influidos o no —y en qué medida— por la escritura egipcia y la mesopotámica. Lo cierto es que entre esos sistemas de escritura se van a hallar las raíces de todos los sistemas alfabéticos modernos, que derivaron del fenicio.

Tres antiguas escrituras en particular incluyen combinaciones de ciertos rasgos —forma y número de caracteres, sonido que estos caracteres representan, secuencias en que aparecen, e incluso el nombre mismo de los caracteres— que las señalan como posibles precursoras del alfabeto fenicio, que aparecería hacia el año 1100 antes de nuestra era.

De esos tres antiguos sistemas de escritura, tal vez el más antiguo sea la llamada escritura pseudo-jeroglífica de Biblos, cuyo origen, lengua y usos —e incluso la época en que floreció y la fecha de su decadencia— son aún objeto de discusión. Dicha escritura ha llegado hasta nosotros grabada en varias tabletas halladas en Biblos, ciudad que fue esencialmente una colonia egipcia en varias ocasiones entre los años 2600 y 1800 antes de nuestra era. Las tabletas no son de arcilla, sino de piedra o de bronce, materiales ambos poco comunes en esta región. Ello constituye una de las causas por las que son difíciles de datar;

la piedra y el bronce, a diferencia de la arcilla y la madera, no se pueden datar mediante análisis en un laboratorio. Otra causa es que las inscripciones son demasiado escasas y demasiado breves para poder leerlas; en su estilo no hay el menor indicio de una posible fecha. Por último, las tabletas se han descubierto en lugares dispersos, y no estaban acompañadas por otros artefactos que hubieran podido indicar la fecha a la que pertenecían.

La enigmática escritura de Biblos se llama pseudo-jeroglífica porque algunos de sus signos recuerdan vagamente los jeroglíficos egipcios. Los caracteres empleados son sólo unos 80, mientras que los signos jeroglíficos y cuneiformes por entonces usados sumaban aún varias centenas. La escritura debía de ser silábica, pues 80 caracteres son insuficientes para una escritura pictográfica y excesivos para un alfabeto. El hecho crucial de la escritura de Biblos es que los escribas habían conseguido que un número menor de caracteres cumpliera un número mayor de funciones.

¿Cuándo consiguió esto la gente de Biblos? Unos especialistas proponen una fecha tan remota como el año 2100 antes de nuestra era, cuando todavía en Mesopotamia la escritura cuneiforme se estaba transformando en silábica; otros sugieren una fecha tan avanzada como el 1300 antes de nuestra era, cuando ya en otros lugares la escritura se estaba transformando en alfabética.

En ambos casos, las inscripciones de Biblos plantean interesantes preguntas sobre el lugar que la pseudo-jeroglífica ocupa en la evolución general de la escritura y, en particular, en la del alfabeto. Cuando los escribas de Biblos asumieron algunos símbolos jeroglíficos, ¿asumieron también sus valores fonéticos? En otras palabras, si los egipcios usaban la imagen de una víbora para representar el sonido /f/, ¿hacían lo mismo los escribas de Biblos? ¿O, más bien, adoptaban las figuras egipcias de animales, pero les aplicaban los nombres que dichos animales tenían en el idioma de Biblos? Ambos fenómenos se han producido en la historia de la escritura.



La sencillez del alfabeto puso la escritura al alcance del hombre de la calle y le permitió satisfacer la inmemorial necesidad de escribir graffiti. Esta inscripción, grabada sobre una piedra junto a una burda representación de un camello, es obra de un beduino del siglo II de nuestra era y fue escrita en safaitico, una escritura árabe primitiva. Su mensaje nos transmite todo el orgullo del autor: "Malik, hijo de Hasibat, hijo de Abd, hizo este dibujo de una joven camella."

Biblos es también la ciudad en la que se ha hallado la más antigua muestra del alfabeto fenicio y, por tanto, fue probablemente el puerto desde el que el alfabeto se exportó al resto del mundo. ¿Existe una conexión entre los pseudo-jeroglíficos y el alfabeto fenicio? Nadie lo sabe, pero la semejanza de tres signos de Biblos con otras tantas letras fenicias indica que ello es posible.

Algunos especialistas han situado los comienzos del alfabeto en otro puesto avanzado del reino egipcio: la península del Sinaí, donde cuadrillas de mineros semitas que trabajaban para los egipcios extrajeron cobre y turquesa durante 400 años, del 1800 al 1400 antes de nuestra era. En las paredes de las canteras, los mineros nos dejaron unas 50 inscripciones misteriosas, junto con estatuas de una diosa. Aunque los signos son pictográficos y guardan cierta semejanza con los jeroglíficos egipcios, sólo se encuentran 27 signos diferentes, lo que constituye una drástica reducción de los centenares de jeroglíficos entonces usados. Resulta difícil no concluir que los signos —que aún no han sido descifrados— constituyen una escritura alfabética o cuasialfabética. Y si las inscripciones pertenecen al siglo XV antes de nuestra era, como opinan muchos especialistas, serían los signos alfabéticos más antiguos que hasta hoy se han encontrado.

Se ha conseguido descubrir el valor fonético de sólo unos pocos caracteres sinaíticos. Pero a partir de ellos se ha elaborado una de las más interesantes —aunque no universalmente aceptada— teorías sobre el origen del alfabeto: la de que los semitas del Sinaí, bajo la influencia egipcia, crearon un alfabeto asignando arbitrariamente a los jeroglíficos egipcios el valor de 27 palabras semíticas correspondientes a objetos comunes en su vida cotidiana. Veamos cuatro ejemplos significativos: el buey, la casa, el camello y la puerta. Según esta teoría, muy en boga a mediados de este siglo, los semitas habrían dado a los signos que representaban al buey, la casa, el camello y la puerta sus respectivos nombres semíticos: *alef*, *bet*, *ga-*

mel y *dalet*. Es evidente que tales nombres serían los predecesores de los fenicios *aleph*, *beth*, *gamel* y *daleth*, que luego se transformarían en los griegos *alpha*, *beta*, *gamma* y *delta*, de los que proceden las letras latinas A, B, C y D.

El hecho de que esta escritura se usase en una región situada a medio camino entre Egipto y los puertos fenicios dio aún más peso a la teoría según la cual las sorprendentes inscripciones sinaíticas pueden constituir el eslabón perdido que una los jeroglíficos egipcios y el alfabeto fenicio. La notable semejanza de algunos signos sinaíticos con los jeroglíficos egipcios refuerza todavía más dicha teoría.

Después de todo, es una explicación elegante. Sin embargo, fue desarticulada por el descubrimiento, en el extremo norte de Canaán, de una escritura diferente de la sinaítica, pero tan antigua como ella.

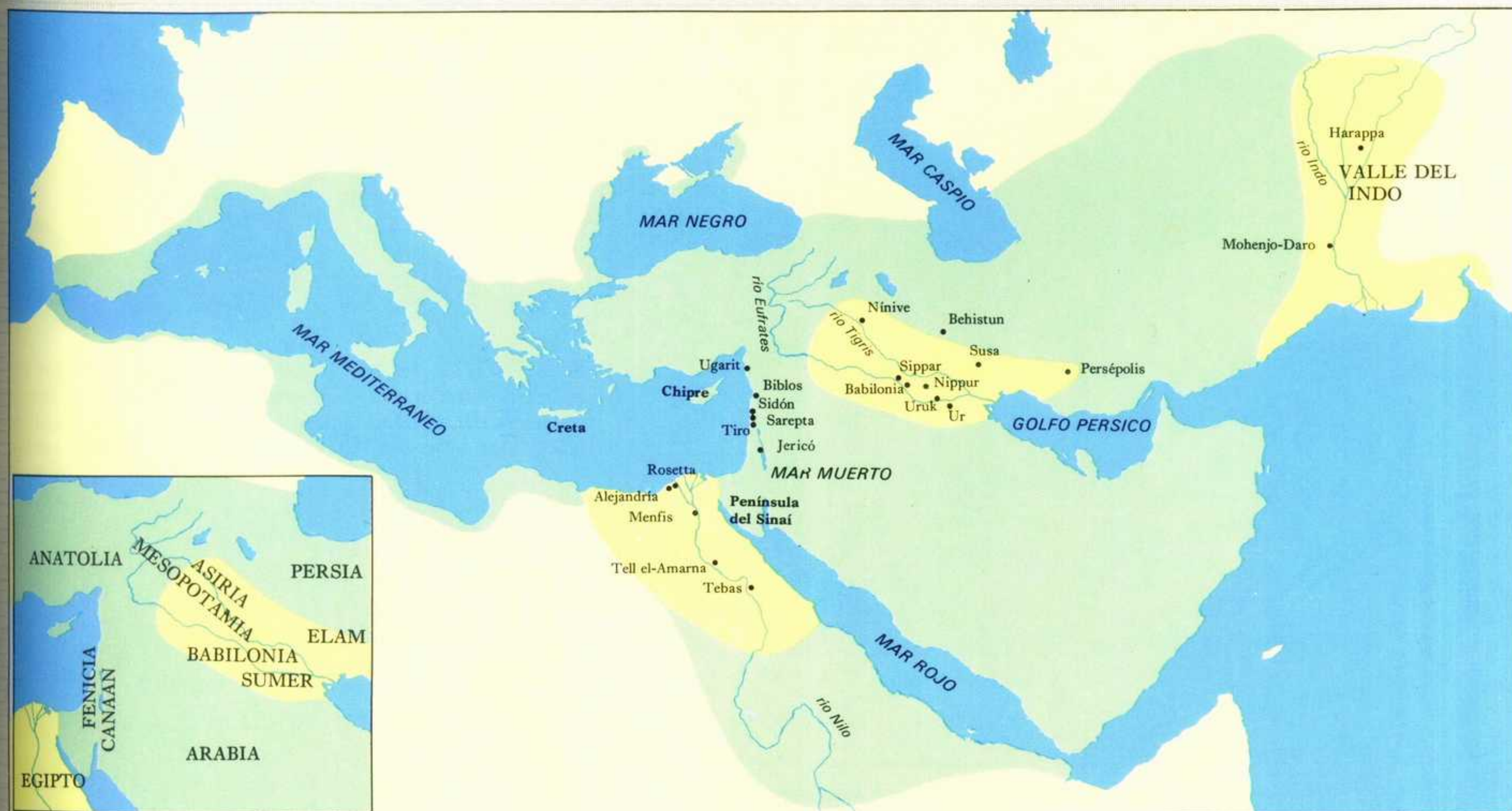
En el extremo noroeste de Siria, la ciudad de Ras Shamra se alza sobre el emplazamiento del antiguo puerto de Ugarit, lo cual ni siquiera se sospechaba hasta un día de 1928 en el que un granjero que cultivaba sus tierras encontró una cámara subterránea. Excavaciones posteriores realizadas por especialistas franceses descubrieron un templo tan magnífico que al principio se confundió con un palacio. En tumbas principescas se hallaron vasos, joyas y estatuas importados de Egipto, Mesopotamia, Asia Menor, Chipre y Creta; pero además se descubrió en ellas algo mucho más importante: millares de tabletas de arcilla. Aproximadamente un centenar de tabletas se encontraban aún en el horno en el que habían sido colocadas para su cocción. Entre ellas había una carta del rey de Ugarit a un gobernante vecino en la cual se negaba a suministrarle alimentos y barcos, argumentando que los necesitaban ellos mismos: su ciudad estaba amenazada por unos enemigos que el rey no nombra, pero que eran conocidos por los egipcios como "pueblos del mar" y por los israelitas como "filisteos".

La mayoría de las tabletas halladas en Ugarit datan del siglo XIV antes de nuestra era, aunque algunas se remontan al siglo XV. Muchas de ellas estaban inscritas en cuneiforme, como cabía esperar en una ciudad que comerciaba cuantiosa y activamente por aquella época. Pero algunas tabletas, entre ellas una copia de la carta de aquel amenazado rey, mostraban una enigmática escritura desconocida. Sus caracteres estaban formados por líneas rectas trazadas presionando contra la arcilla un estilete con forma de cuña, igual que los signos cuneiformes; sin embargo, diferían de todos los símbolos cuneiformes conocidos por los descifradores. Y sólo había 30 caracteres, casi tan pocos como en la escritura sinaítica.

Pero aquí, para variar, se trataba asombrosamente de un sistema de escritura fácilmente descifrable; y en realidad se descifró mucho más rápidamente que cualquier otra escritura antigua.

Una razón de este rápido desciframiento reside en el genio del hombre que acometió la tarea: un solitario erudito alemán llamado Hans Bauer. Como señaló un colega alemán, Bauer estaba dotado de un instinto especial "para los enigmas y los movimientos internos de una lengua". Además, poseía notables conocimientos de astronomía, zoología, filosofía medieval y de numerosos idiomas, que iban del chino, el coreano y el malayo hasta varios dialectos semíticos. Pertrechado con todos estos conocimientos, se dedicó durante semanas enteras al tedioso trabajo de averiguar la frecuencia con la que aparecía cada uno de los caracteres y de contar las combinaciones de signos que parecían funcionar como prefijos y como sufijos. Sospechando en esta fase de su trabajo que la lengua empleada era un dialecto cananeo, se puso a descifrar aquellos textos y lo consiguió en unos pocos días. Aunque sus formas eran completamente originales, la mayoría de los signos representaban sonidos que se correspondían con los representados por los signos árabes y hebreos modernos, semejanza que ayudó a Bauer enormemente en su tarea.

(Sigue en página 124.)



COMO EL ALFABETO DIFUNDIO LA ESCRITURA

Este mapa refleja el impacto cultural que la escritura produjo, basado en su gran sencillez y en la facilidad de su aprendizaje. Hasta la introducción del alfabeto, en el segundo milenio antes de nuestra era, la enseñanza de la lectura y la escritura estaba circunscrita a pequeñas bolsas de población (*en naranja*) que se concentraban en las riveras del Nilo, del Indo y del Tigris y el Eufrates. Hacia el año 400 antes de nuestra era, cuando ya el alfabeto fenicio y varios otros se habían desarrollado completamente, la escritura se había difundido por una zona (*en verde*) que cubría no sólo el Próximo Oriente sino también las tierras que bordeaban el Mediterráneo. Las tierras y civilizaciones que promovieron el nacimiento y desarrollo de la escritura se localizan en el mapa insertado abajo a la izquierda.

- Extensión de la escritura hacia el año 1600 a. C.
- Extensión de la escritura hacia el año 400 a. C.

Cinco hitos famosos

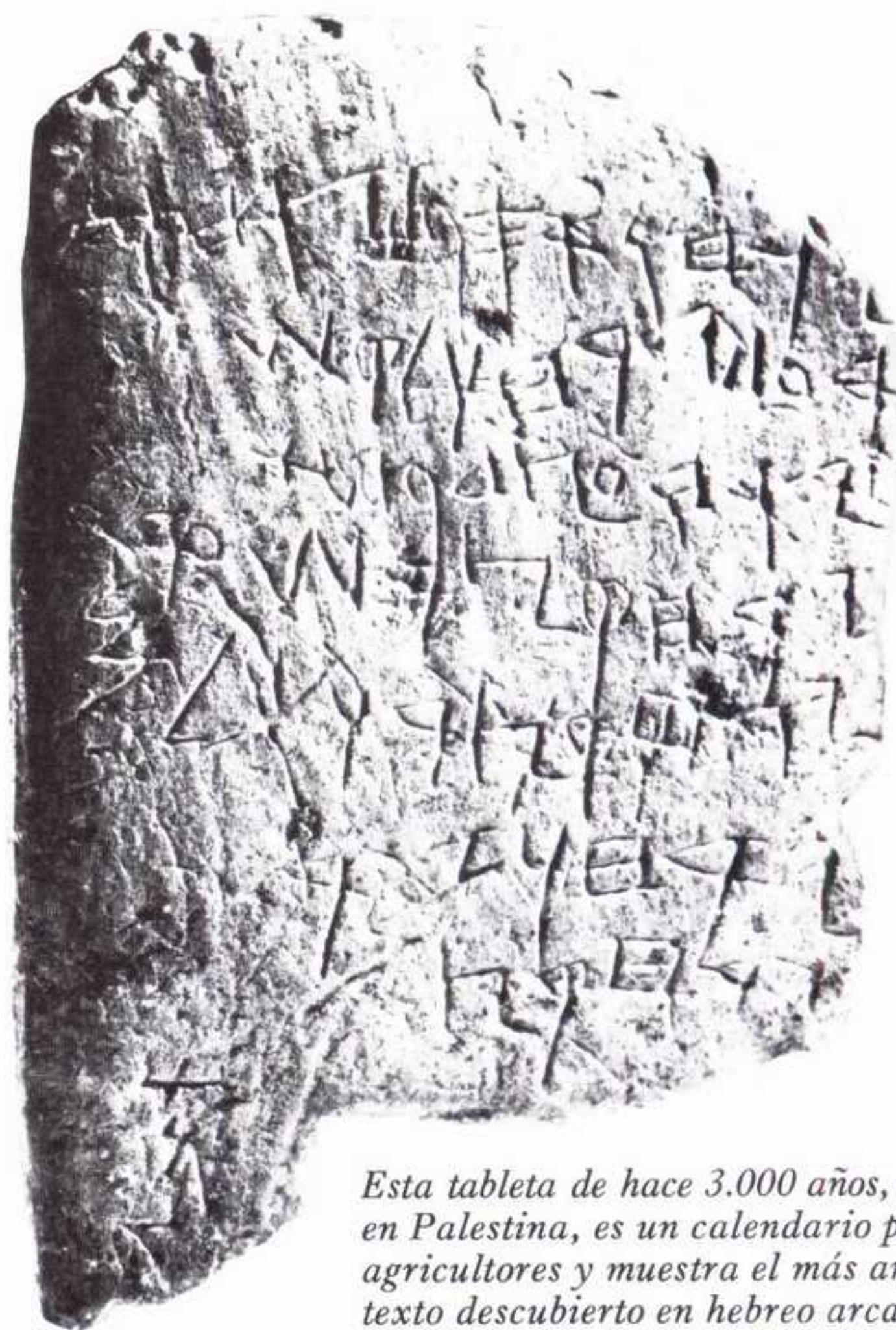
Los objetos de esta doble página —hallados en el Próximo Oriente, en Grecia y en Roma— constituyen auténticos jalones en la larga evolución de la palabra escrita. Las inscripciones de los tres objetos de esta página señalan avances en el uso del alfabeto; las de la página opuesta marcan progresos en la expresión de ideas asociadas y en el uso de la puntuación. El objeto más antiguo data del año 2500, y el más reciente, del siglo VII a. C.



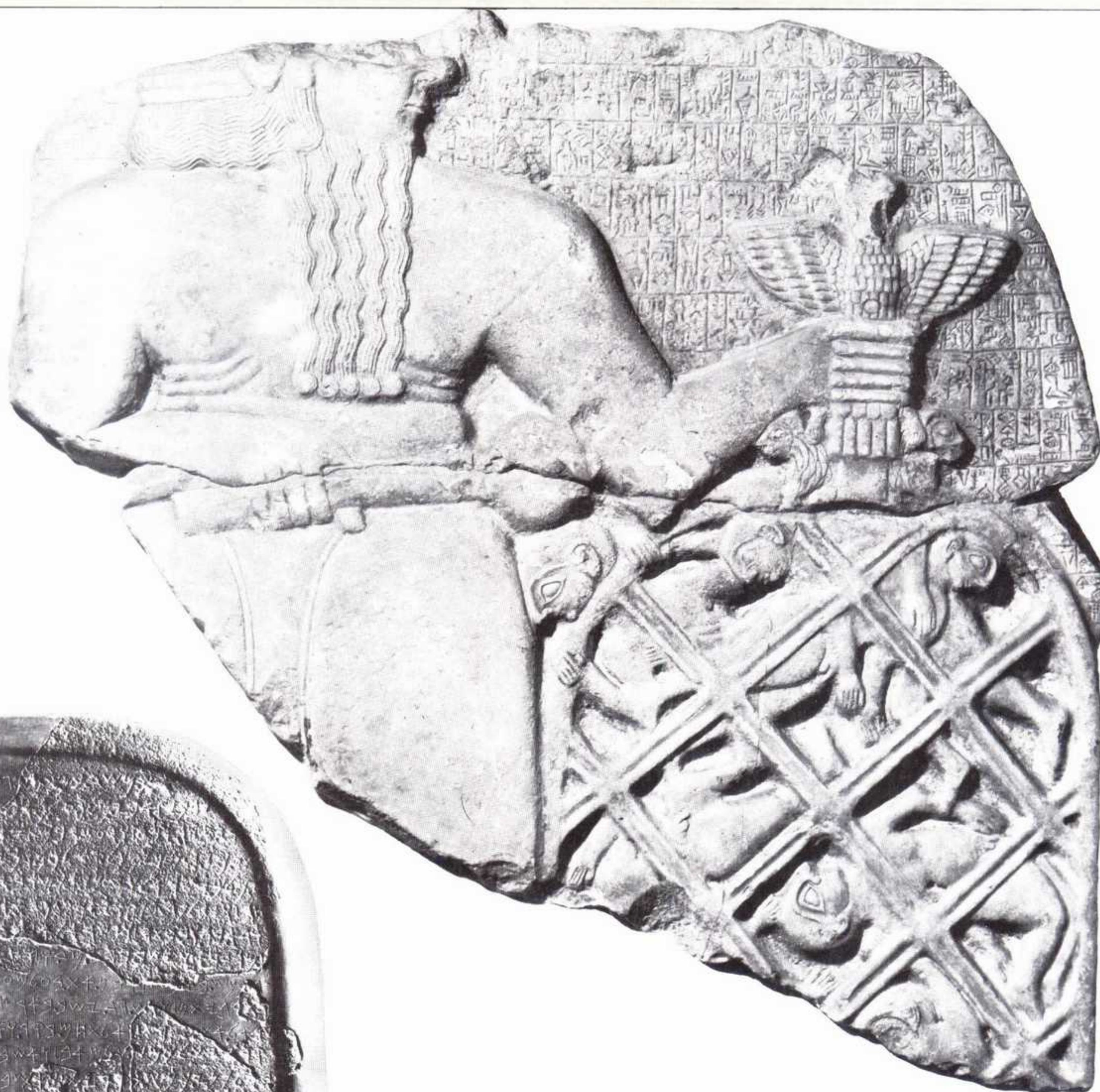
Esta fibula de oro, de 11 centímetros, data del siglo VII antes de nuestra era y constituye la más antigua muestra conocida del alfabeto latino. Fue hallada en el Lacio en 1877, y en ella se lee: "Manius me hizo para Numerius."



Este jarro ateniense, del siglo VIII antes de nuestra era, está inscrito con las más antiguas letras griegas descubiertas. Es probable que fuera un premio de un certamen, pues lo dedicaron "a aquel que danza con mayor delicadeza".



Esta tableta de hace 3.000 años, de G... en Palestina, es un calendario para agricultores y muestra el más antiguo texto descubierto en hebreo arcaico.



Esta inscripción cuneiforme del tercer milenio antes de nuestra era, grabada en la famosa "estela de los buitres", conmemora la victoria de la ciudad de Lagash sobre la de Umma. El texto (arriba, a la derecha) es el más antiguo de los que emplean una sucesión de frases.

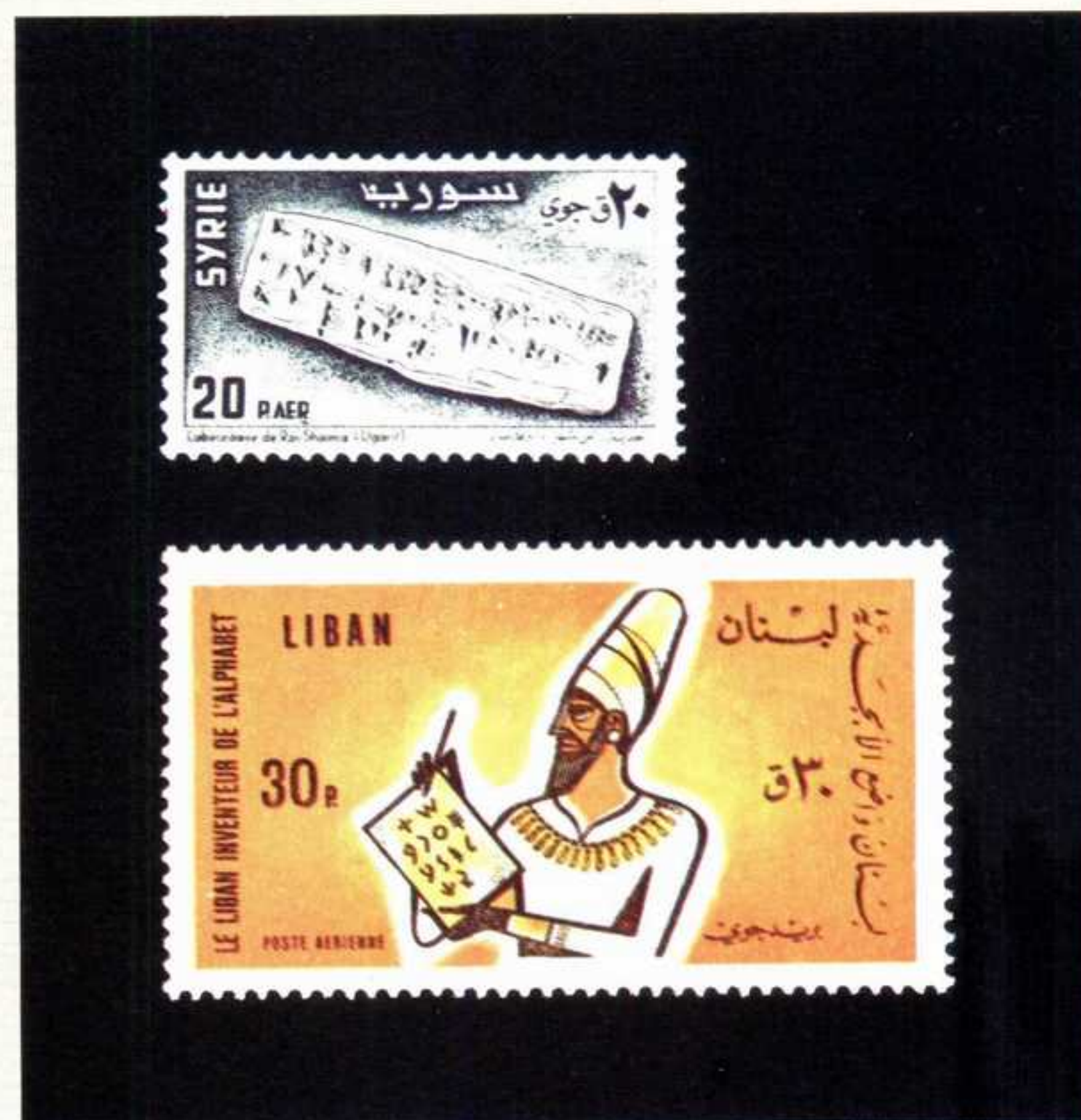
Sobre la estela moabita, que data del 850 antes de nuestra era, los especialistas han detectado los primeros indicios de puntuación: son las líneas verticales que hay entre las frases. Este texto semítico relata la guerra que sostuvo el rey de Moab contra los israelitas.



Pero, además de su rápido desciframiento, las inscripciones ugaríticas tenían reservada otra sorpresa. En efecto, junto con las cartas comerciales, los registros de impuestos y otros documentos administrativos cuya presencia cabía esperar, se encontraban numerosos textos religiosos. Y algunos de estos textos guardaban un sorprendente parecido —no sólo en el tema, sino también en la expresión— con los relatos bíblicos del Exodo, de los Jueces, del Deuteronomio, de Isaías, de los Proverbios, del Cantar de los Cantares y de Job, relatos que en el Antiguo Testamento habían sido narrados en hebreo. Los especialistas disponían así de una nueva y sorprendente prueba de que los temas bíblicos se habían recogido por escrito mucho antes de lo que se pensaba.

Pero éstas no fueron las únicas sorpresas. Posteriormente los excavadores encontraron el abecedario más antiguo que conocemos: una lista de signos escritos en un orden estándar. Ni los signos jeroglíficos ni los cuneiformes fueron organizados jamás de esta manera; los estudiantes los aprendían por familias, es decir, por grupos de animales, de plantas o de otros objetos similares. Tal abecedario constituía un hallazgo asombroso, aunque ese hallazgo se produjese cuando ya era demasiado tarde para ayudar a Hans Bauer en sus traducciones. (Cuando no se dispone de una lista alfabética ordenada de este tipo, aún cuando los especialistas recurren al arduo proceso de conteo al que recurrió Bauer, sólo se puede conocer aproximadamente el número total de signos, pues algunos —como ocurre en nuestro alfabeto con la X o la W— aparecen muy pocas veces.

El abecedario ugarítico revestía una especial importancia por cuanto evidenciaba que las letras de la escritura de Ugarit habían adoptado una determinada secuencia ya en el siglo XIV antes de nuestra era: constituía una impresionante prueba de método y sistematicidad para una fecha tan temprana. Por suerte para los descifradores, la tableta disponía las letras ugaríticas junto con signos silábicos babilonios ya conocidos, que proporciona-



Dos países del Próximo Oriente, orgullosos de sus históricas contribuciones al desarrollo del alfabeto, emitieron estos sellos conmemorativos. El de arriba es un sello sirio de 1956 que muestra el alfabeto ugarítico del segundo milenio antes de nuestra era, grabado en escritura cuneiforme sobre una tableta de arcilla. El de abajo es un sello libanés de 1966 que ilustra el antiguo alfabeto fenicio, antepasado de los alfabetos latino y griego usados hoy.

ban la equivalencia fonética de los diversos caracteres básicamente en el mismo orden y aproximadamente con los mismos sonidos con los que aparecerían 300 años después en el alfabeto fenicio.

Pero a pesar de todo el conocimiento así obtenido, la escritura ugarítica, como otras muchas del más remoto pasado, sigue siendo un enigma. Dicha escritura registraba la fonética de un dialecto cananeo muy semejante al idioma hablado por los fenicios, pero sus signos no se parecían ni a los del alfabeto fenicio ni a los de ninguna otra escritura semítica usada entonces en los países mediterráneos. Y, aunque el ugarítico se escribía en tabletas de arcilla con un estilete de caña, sus símbolos no se parecían a los signos cuneiformes más de lo que unas letras latinas pintadas con un pincel sobre una tela de seda se parecerían a los caracteres chinos. La escritura ugarítica parece ser un caso único. Constituye un sistema de escritura completamente desarrollado que no tiene ningún antecedente conocido ni está emparentado con ningún sistema contemporáneo.

La decadencia de esta escritura es tan misteriosa como sus orígenes. El enemigo cuya amenaza se cernía sobre el rey de Ugarit y sobre sus vecinos saqueó e incendió efectivamente esta ciudad, destruyéndola en un ataque súbito poco después del año 1200 antes de nuestra era. La escritura desapareció con la ciudad y no dejó descendientes conocidos.

Pero la arqueología revela que, en el año 1000 antes de nuestra era, el alfabeto fenicio había alcanzado ya su madurez; y, aunque sus orígenes siguen constituyendo un misterio, su destino nos es bien conocido. El alfabeto fenicio apareció por primera vez en Biblos, la misma ciudad en la que emergió la escritura pseudo-jeroglífica. Biblos es también la ciudad que dio a los griegos una palabra con la que decir "rollo de papiro", palabra que para ellos significaba "libro" y de la que también procede el nombre de "Biblia".

En Biblos se descubrió un sarcófago de piedra, esculpido hacia el año 1000 antes de nuestra era con personajes que participan en un cortejo funerario, sobre cuya tapa se lee esta portentosa inscripción: "Este es el sarcófago que Ittobal, hijo de Ahiram, rey de Biblos, hizo para que su padre descansase en él eternamente. Y si algún rey, algún gobernante o algún caudillo ataca Biblos y profana este sarcófago, ¡que su cetro se quiebre, que su real trono sea derrocado y que la paz desaparezca de Biblos! En cuanto a él, ¡que cualquier vagabundo borre sus propias inscripciones!" La tumba de Ahiram fue profanada por los ladrones una y otra vez a lo largo de la historia, mucho antes de que los arqueólogos la descubrieran en la década de los 20. Pero los restos reales han tenido una larga vida en otro sentido. Pues la inscripción que su hijo hizo esculpir fue escrita en el alfabeto lineal —es decir, no pictográfico— más antiguo que conocemos y que posee una línea directa de descendientes vivos.

Ahiram reinó en Biblos durante la época de mayor apogeo del comercio fenicio; los mercaderes fenicios, libres del dominio extranjero y protegidos por sus propios reyes locales y por las poderosas corporaciones mercantiles de su ciudad, viajaban por un arco de unos 4.000 kilómetros que cubría todo el Mediterráneo.

A todas partes a las que viajaban, los fenicios llevaban consigo su alfabeto. A medida que lo hacían, los nuevos escribas que lo adoptaban le añadían sus propias mejoras, unas veces embelleciendo sus símbolos, otras simplificándolo y siempre convirtiéndolo en un poderoso instrumento de comunicación que lograría sobrevivir y adaptarse a cualquier lenguaje hablado por el hombre. En Oriente dio origen al alfabeto arameo, del cual surgieron posteriormente el alfabeto indio, el persa, el árabe y el hebreo. En Occidente dio origen al alfabeto griego, el cual a su vez inspiró primero el alfabeto etrusco, luego el latino —que se usa actualmente para las lenguas de la Europa occidental— y finalmente el cirílico —utilizado para las lenguas eslavas—.

Este fecundo alfabeto fenicio, que engendró tan numerosa prole, se componía de 22 caracteres; y era un alfabeto moderno en todos los aspectos, excepto en uno: tenía consonantes, pero no vocales. Una multitud de escribas anónimos, cuyos esfuerzos combinados cubrían entonces 2.000 años, habían desarrollado la escritura hasta tal punto que podían expresar la mayoría de los sonidos que componían su propio idioma. Pero la voz humana proporciona dos diferentes tipos de sonidos: los sonidos vocálicos, emitidos simplemente por la vibración de las cuerdas vocales, y los sonidos consonánticos, formados por las cuerdas vocales en combinación con la lengua, con los labios o con otros órganos, bien al comienzo del sonido (como al pronunciar "le") o bien al final (como al pronunciar "el").

Sólo faltaba que los griegos, que hablaban una lengua de origen protoindoeuropeo, hiciesen esta distinción introduciendo en su propio alfabeto cinco vocales, paso que se dio en el siglo IX antes de nuestra era.

Sin embargo, los propios griegos atribuían a los fenicios esta invención suya: llamaban a su grafía "escritura fenicia", y los nombres que asignaron a sus letras —*alpha*, *beta*, *gamma*, *delta*, etc.— derivaban de los que los fenicios habían heredado de sus parientes semitas.

Los fenicios y sus parientes semitas se las arreglaron para escribir sin vocales (la letra *aleph* no era originalmente una verdadera vocal como la nuestra letra A, sino una breve pausa para respirar). Así, el lector de ese tipo de escritura debe encontrarse con la tarea de suministrar las vocales según el contexto, como hace hoy día el lector del hebreo y el árabe, y como el lector moderno sabe cuáles son las letras que faltan en las abreviaturas bien conocidas.

En cuanto fue puesto a punto, el alfabeto se difundió rápidamente. Hacia el siglo V antes de nuestra era, aunque muchos contratos y recibos se escribían aún en cuneiforme en el Próximo Oriente, ya dichos documentos incluían además un resumen de su contenido en el alfabeto arameo, escrito en tinta sobre la tableta mediante un pincel. Al principio de la era cristiana, la escritura aramea había desplazado prácticamente a la cuneiforme, incluso en Mesopotamia, donde la cuneiforme había nacido y se había conservado durante más tiempo. Al cabo de unos pocos siglos más, el alfabeto copto —surgido del griego— desplazaría a los jeroglíficos en Egipto.

La institución del alfabeto, con su economía de símbolos, su flexibilidad y su relación directa con los sonidos del lenguaje hablado, facilitó enormemente el aprendizaje de la escritura. En consecuencia, la instrucción se difundió extraordinariamente (*página 121*); así mismo, la gente letrada pudo ampliar los usos de la escritura mucho más allá de su función utilitaria como un medio de tramitar los negocios y de almacenar información. Toda clase de tradiciones orales —fábulas, mitos y sistemas de creencias religiosas— esperaban ser puestas por escrito; con la llegada del alfabeto, gran parte de ese legado cultural fue compendiado sistemáticamente por primera vez. Entre ese legado se hallaban los relatos de guerra y de exilio recogidos por Homero en la *Ilíada* y en la *Odisea* —fuentes indispensables para todos los humanos que deseen profundizar en su misterioso pasado— y los textos germinales del Antiguo Testamento.

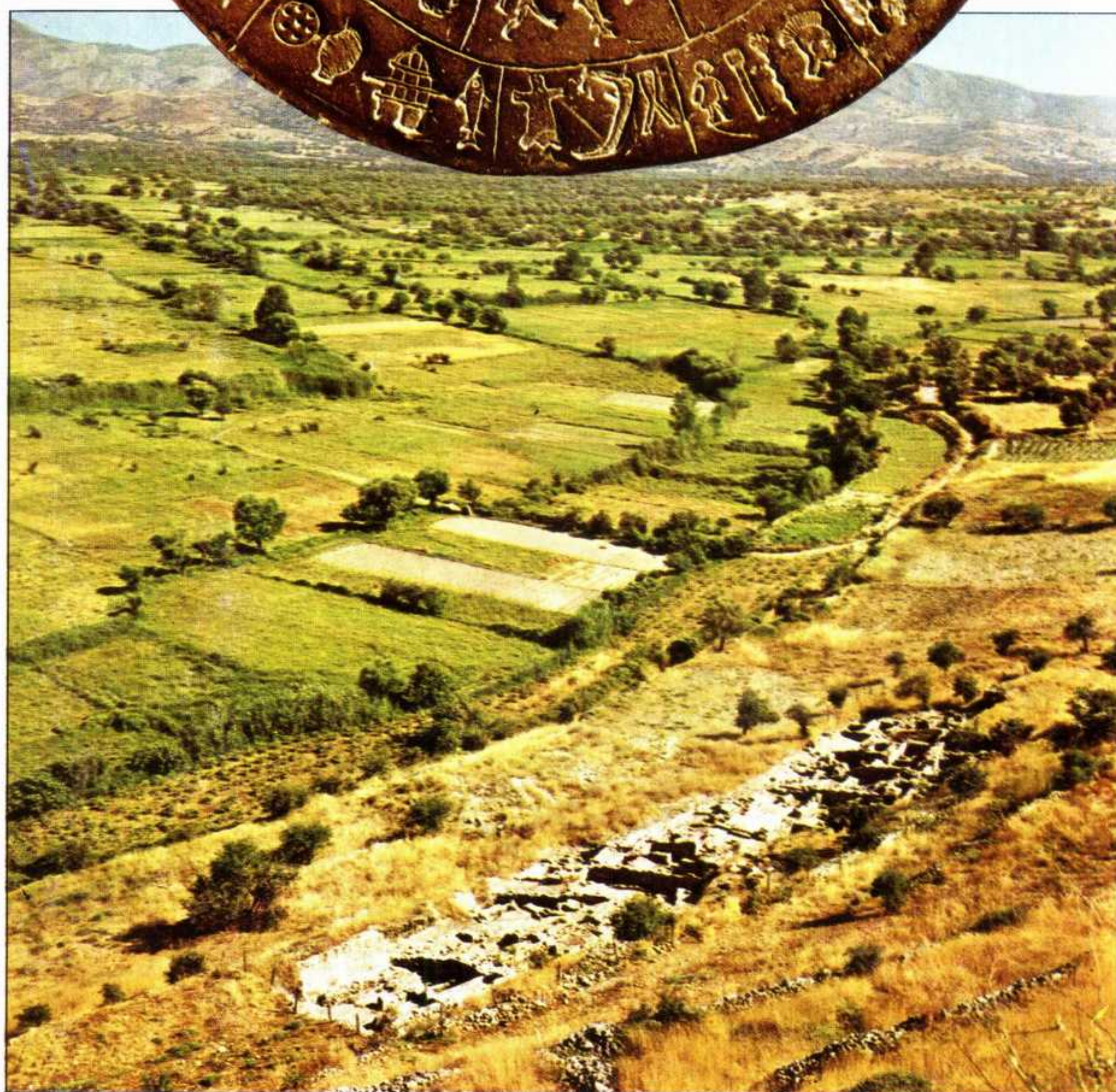
Pero la llegada del alfabeto dista mucho de haber determinado la aparición de tales obras literarias históricas. Dichos inicios se remontan a una época mucho más lejana, casi al nacimiento mismo de la escritura.

Retos a los descifradores

El criptógrafo que analiza textos cifrados y el lingüista que estudia un sistema de escritura antiguo en una tranquila biblioteca se enfrentan esencialmente a una misma tarea. Tanto para descifrar una clave como para descifrar una inscripción, se requiere un interminable recuento de las frecuencias con que aparecen los diversos caracteres. Por ello, las posibilidades de éxito aumentan en proporción directa con la extensión y el número de las inscripciones disponibles.

Ni el criptógrafo ni el lingüista necesitan dominar el lenguaje que intentan descifrar, pero entonces deben conseguir todos los detalles históricos que puedan. Por tanto, si el descifrador se enfrenta a un espécimen como el disco de Festo (*a la derecha*), que es el único ejemplo encontrado de un tipo de escritura, prácticamente está condenado al fracaso. Aún más, incluso cuando tiene a su disposición miles de especímenes de un idioma desconocido, puede que sólo consiga descifrar una parte del mismo. Con una sola pero magnífica excepción, los sistemas de escritura descritos en esta secuencia gráfica no han podido descifrarse todavía.

Esta redonda tableta de arcilla (arriba), del año 1600 antes de nuestra era, fue descubierta en el emplazamiento (abajo) del palacio minoico de Festo, en Creta, y está inscrita por ambas caras con un texto en espiral. Aunque sus 45 signos pictográficos guardan cierta semejanza con los caracteres de otras escrituras cretenses, han resistido tenazmente todos los intentos de descifrarlos.



La escritura del Indo: se recurre al computador

Al comenzar la década de los 60, dos equipos de especialistas, uno finés y otro ruso, decidieron independientemente aplicar la tecnología moderna al desciframiento de una escritura de hace 4.500 años: la del valle del Indo, en Pakistán e India, escrita en sellos como lo que aparecen en esta doble página.

Dieron equivalentes numéricos a unos 300 signos, entresacados de 2.000 inscripciones del Indo, y los programaron para

los computadores. Las máquinas calcularon entonces el número de veces que aparecía cada signo, como el peine que se ve en el sello superior de esta página.

Estas tabulaciones sugerían que algunos signos representaban dos palabras diferentes pero con sonidos similares (como, en español, "sol" y "solo"). Ambos equipos concentraron entonces su atención en las actuales lenguas dravídicas de la India. Y en ellas encontraron numero-

sas parejas de palabras con el mismo sonido, como *pentika* (peine) y *penti* (mujer), llegando a la conclusión de que la lengua perdida debía de ser una lengua protodravídica.

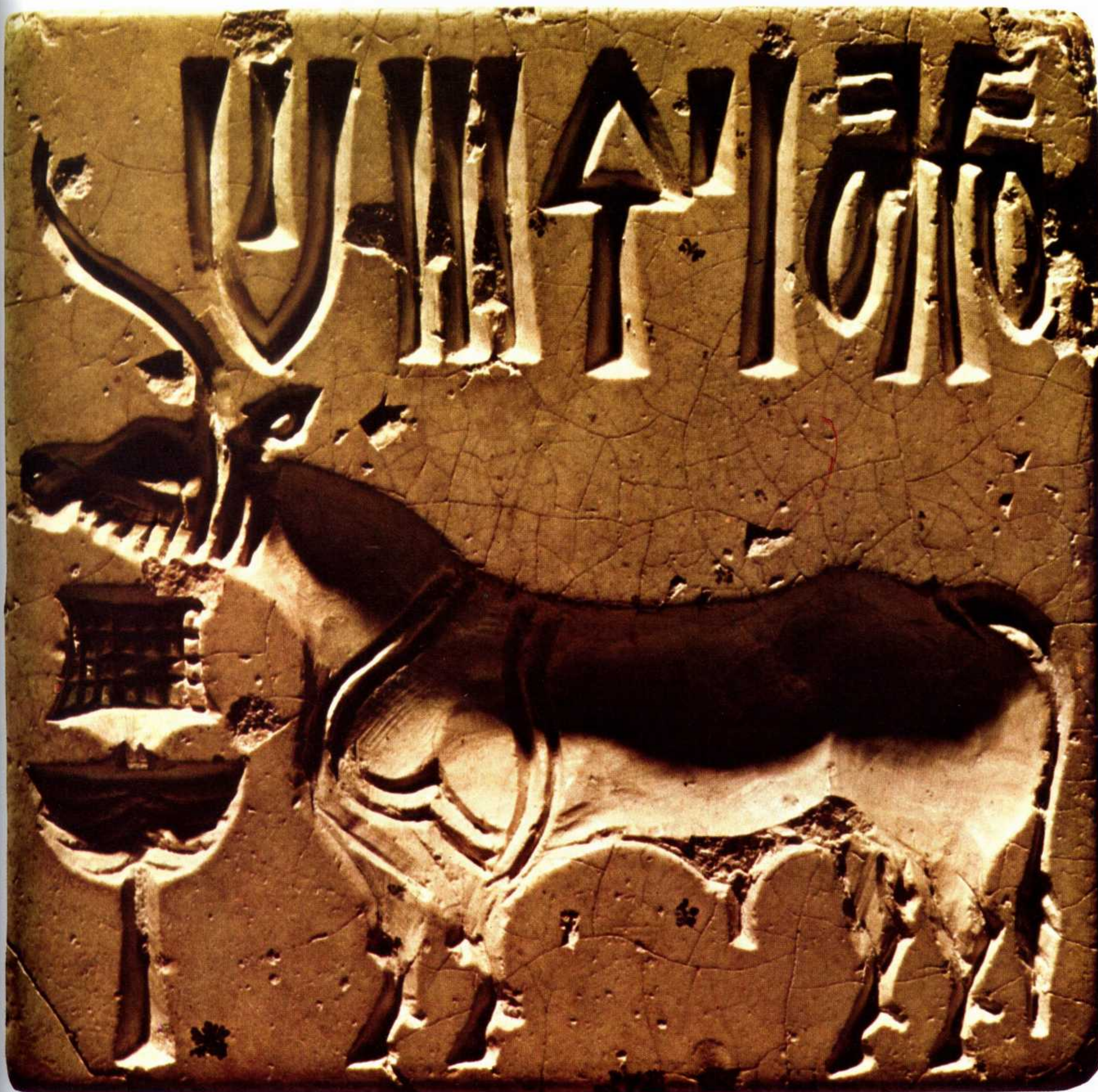
Los finlandeses prosiguen el lento trabajo de alinear parejas de palabras dravídicas con signos de las inscripciones del Indo. Sin embargo, la mayoría de los demás especialistas dudan de que así se pueda llegar a descifrar esta escritura.



Las ruinas de una de las más antiguas ciudades del mundo, Mohenjo Daro, situada a orillas del río Indo en Pakistán, ha proporcionado cientos de pequeñas piedras esculpidas que se cree eran sellos personales y que muestran breves inscripciones en su parte superior. La cultura que las esculpió floreció entre los años 2500 y 1800 antes de nuestra era.

Peine - mujer





Esculpados en esteatita, los sellos del Indo miden unos 6 cm² y suelen representar animales, como los tres de esta doble página: un unicornio (arriba), un rinoceronte (a la izquierda, arriba) y un elefante. El texto que hay sobre ellos se leía de derecha a izquierda y, por tanto, se esculpía al revés.

Jeroglíficos mayas: signos en combinaciones infinitas

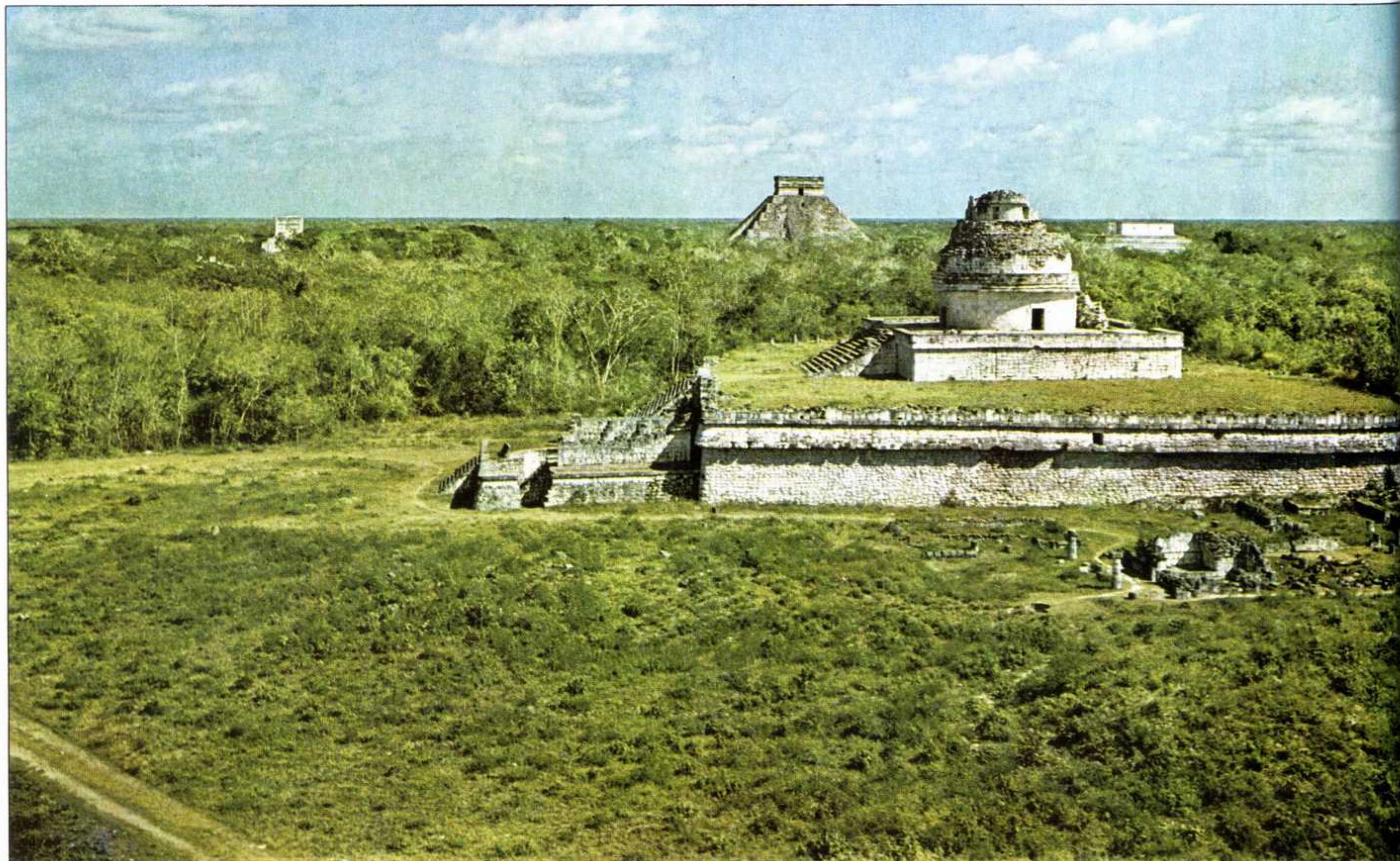
Las lenguas mayas, tras haber evolucionado durante 26 siglos, se hablan aún en el sur de México y en América Central. Sin embargo, su forma escrita ha sufrido un trágico y radical cambio: los antiguos jeroglíficos han sido totalmente abandonados y, en su lugar, se ha adoptado el alfabeto latino.

Aunque durante los cuatro últimos siglos el cada vez mayor conocimiento de las lenguas mayas ha proporcionado va-

liosas claves de los conceptos representados por los jeroglíficos, la mayoría de los signos de la escritura maya siguen aún sin traducir. La mayor dificultad es, sin duda, su elevado número. Hay aproximadamente unos 350 símbolos principales que pueden combinarse con un número igualmente elevado de signos secundarios para formar signos adicionales sumamente complejos.

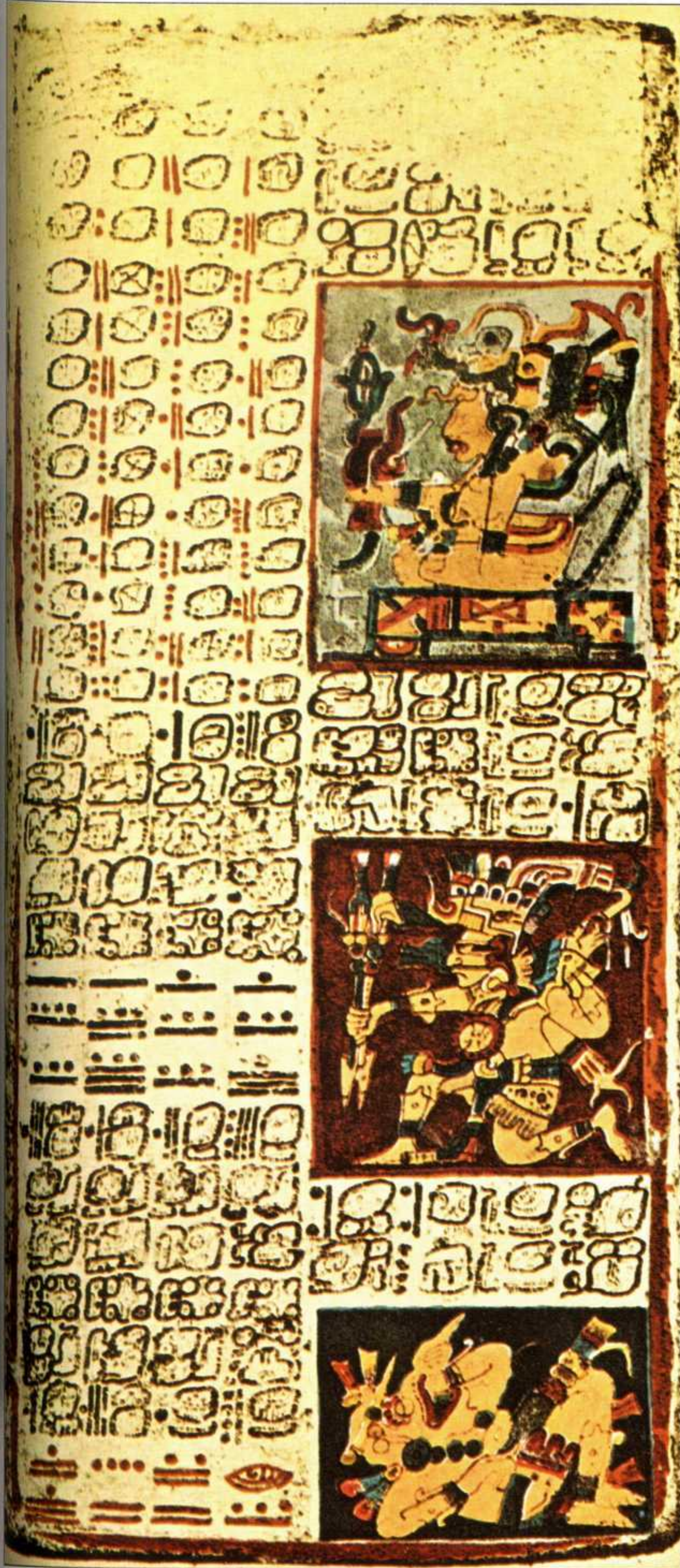
Otra importante dificultad es la escasez

de documentos escritos; los conquistadores españoles destruyeron casi todos al llegar a México en el siglo XVI. Sólo sobreviven tres almanaques que hacen presagios día a día respecto a las cosechas, la pesca o el tiempo, y que describen los movimientos realizados por el Sol, la Luna y el planeta Venus (*ejemplares de la derecha*). Las ilustraciones que mostramos en la página siguiente se basan en temas religiosos.



El observatorio de Chichén Itzá, en la península de Yucatán, fue construido en el año 900 de nuestra era; posee numerosas ventanas, cuya estudiada orientación permitía a los mayas estudiar las posiciones de los astros y elaborar un calendario muy exacto.

Uno de los escasos ejemplos conservados de documentos jeroglíficos mayas es el Códice de Dresde, un almanaque sagrado que se conserva en esta ciudad de la Alemania Oriental. Las dos páginas de la derecha predicen que se producirá un desastre después de salir Venus en dos días diferentes. Un punto representa el número uno; una barra, el número cinco; y la figura en forma de caparazón, el cero.



El etrusco: un alfabeto para una lengua desconocida

Las inscripciones de los etruscos, pueblo que antes de la época romana dominó principalmente la Italia comprendida entre los ríos Tíber y Arno, podrían parecer fáciles de descifrar, pues están escritas en caracteres griegos. Sin embargo, la lengua de estos textos constituye un auténtico enigma; aún no se ha establecido una relación clara entre el etrusco y ninguna otra lengua.

Se han encontrado más de 10.000 ins-

cripciones, pero la mayoría son epitafios fúnebres; sólo indican el nombre y el título del difunto, su edad y su parentesco. No obstante, desde finales del pasado siglo los especialistas han conseguido reconstruir un vocabulario de unas 200 palabras. Las esperanzas de ampliar esta lista y de proporcionarle una estructura gramatical y sintáctica aumentaron en 1964, año en que salió a la luz en el antiguo puerto de Pyrgi un texto de 36 pa-

labras. Dicho texto aparecía sobre una tableta de oro hallada muy cerca de otra tableta de tamaño similar escrita en fenicio, idioma que ya se conocía.

Los especialistas intuyeron la posibilidad de haber descubierto El Dorado: un texto bilingüe. Pero estaban en un error. Aunque ambas tabletas se referían a la dedicación del mismo santuario, los textos no eran idénticos. El idioma etrusco sigue siendo un enigma.



En el siglo VI a. C., Pyrgi, situada a unos 40 km al oeste de Roma, era un puerto de mar y un centro religioso etrusco importante. Cerca de su antiguo emplazamiento se halla hoy Santa Severa, cuyo castillo corona un promontorio que penetra en el mar.

Estas dos tabletas de oro, que datan del año 500 antes de nuestra era, fueron dedicadas a una diosa por un rey etrusco que celebraba el tercer año de su reinado. La de la izquierda está escrita en fenicio, y la de la derecha, en etrusco. Aunque ambas tabletas transmiten el mismo mensaje y el fenicio es un idioma conocido, el estudio de las mismas sólo ha añadido una palabra a nuestro vocabulario etrusco: el número 3.

El lineal B: un glorioso avance

El desciframiento de una escritura desconocida constituye para los lingüistas un éxito tan raro como la conquista del Everest para los escaladores. Tal fue el caso del lineal B, la escritura minoica cursiva descubierta en Creta en 1900 y descifrada finalmente en 1952 por Michael Ventris, un arquitecto británico especialmente dotado para la lingüística.

Por suerte para Ventris, centenares de tabletas de arcilla habían sido milagrosa-

mente preservadas por el fuego que destruyó el palacio cretense de Cnoso hacia el año 1400 antes de nuestra era; y dichas tabletas tenían inscripciones en lineal B, que recogían las transacciones comerciales y los inventarios del palacio.

Ventris comenzó por establecer que el lineal B incluía 88 signos. Luego trazó una cuadrícula de sílabas con las vocales a lo largo de la parte superior y las consonantes en un lado, creando así un casi-

llero de valores fonéticos conjeturales para 68 signos. Y entonces tuvo una genial intuición: se dio cuenta de que el lineal B era una forma arcaica de griego. Ciertamente, era un dialecto 1.000 años más antiguo que el usado por Platón, pero su cuadrícula funcionaba. Un año después, el arqueólogo americano Carl Blegen se puso a estudiar la tableta en lineal B mostrada en esta página y, usando el sistema de Ventris, consiguió traducirla.



Los almacenes del palacio de Cnoso (arriba parcialmente reconstruido) proporcionaron 1.800 tabletas de arcilla escritas en lineal B.



Carl Blegen usó esta tableta —un inventario de vasijas, escrito en lineal B y descubierto en Pilo— para confirmar la teoría de Ventris.



En 1953, un año después de haber presentado la prueba de que el lineal B era una forma de griego arcaico, Michael Ventris prepara los materiales —entre ellos, su cuadrícula de sílabas y numerosas inscripciones recogidas en el libro que se ve en primer plano— para una serie de conferencias sobre su descubrimiento. Moriría en un accidente automovilístico tres años después. La escritura lineal A, descubierta en otras tabletas halladas en 1900 en Creta, sigue sin descifrar.

Capítulo sexto: Los legados de la literatura



Los embarullados signos cuneiformes de una tableta de arcilla desportillada y los dibujos pintados en el muro de una tumba egipcia, o en un rollo de papiro a punto de desmenuzarse, nos proporcionan unas incomparables ventanas abiertas sobre el pasado; gracias a ellos, los hombres de nuestro siglo podemos ver las imágenes y oír las voces de individuos que vivieron hace varios milenios y que, en su época, tuvieron que hacer frente a problemas de todos los tiempos: problemas de adaptarse a la naturaleza, de ganar y gastar, de amistad y amor, de desgracia y muerte. Sus escritos —que van desde los textos funerarios hasta los mitos y las fábulas— constituyen una auténtica máquina del tiempo, ejerciendo nuevas influencias sobre el hombre contemporáneo, modelando su manera de sentir y de pensar sobre el multitudinario lugar que ocupa en la cadena de la vida.

A simple vista, los primeros hombres y mujeres que supieron leer y escribir nos parecen, en ciertos aspectos, muy extraños. Pues, evidentemente, desconocían muchas cosas que nosotros damos por supuestas; y sus vidas, profundamente entrelazadas con las más diversas supersticiones, estaban coartadas por las costumbres, los ritos y la tradición hasta un punto incomprensible para el hombre moderno.

Aún más, incluso los especialistas —con todos sus largos años de estudio— encuentran enormemente difícil la simple tarea de averiguar el sentido de los textos antiguos. A pesar de su experiencia y de sus conocimientos, los traductores tienen que habérselas con un idioma y un estilo antiguos con los que no están familiarizados, lo

cual les plantea una maraña de problemas que deben resolver tenazmente, uno a uno. E incluso cuando solucionan estas dificultades, la entrega con que los especialistas trabajan para realizar de modo preciso su tarea no lleva más que a traducciones demasiado rígidas que sólo reflejan el original aproximadamente.

Teniendo en cuenta todo esto, lo extraño es que podamos oír las primeras voces literarias. Sin embargo, las oímos; unas veces débilmente, pero otras clara y potentemente. Cuando por fin los escribas sobrepasaron el estadio de mero registro utilitario de datos y se dedicaron a la literatura, pusieron por escrito las pasiones de su tiempo —los temores y esperanzas, el júbilo y la cólera— en una asombrosa variedad de formas.

Como el rey era el jefe supremo, abundan los documentos que exaltan su persona y sus hazañas. Pero la literatura egipcia y mesopotámica más antigua incluye también numerosas plegarias y encantamientos rituales, así como crónicas, proverbios, cartas personales, canciones de amor, poemas épicos y leyendas heroicas. La gama de temas sólo puede sugerirse mediante un número de muestras necesariamente limitado. Pero el interés que sentimos por tratar con personas que vivieron hace tantos siglos, por apreciar sus actitudes y su talante, se ve inmediatamente reforzado al leer las escasas traducciones que podemos presentar en este capítulo.

He aquí, como primer ejemplo, la historia de Hammurabi, rey de Babilonia en el siglo XVIII antes de nuestra era. Celebrado por los escribas antiguos como uno de los reyes más grandes, a Hammurabi se le atribuye el mérito de haber promulgado el primer código escrito. Ya en el preámbulo mismo de este código, el lector moderno advierte no sólo la imponente majestad de la persona del monarca, sino también la asombrosa modernidad de sus ideas y su manera de exponerlas. Hammurabi se describe a sí mismo como “la antigua semilla de la realeza, el rey poderoso, el hijo de Babilonia”, estableciendo así sus cre-

Esta estatuilla de bronce, que representa a un orante, fue moldeada hacia el año 1750 antes de nuestra era y tiene una inscripción que desea larga vida a Hammurabi, rey de Babilonia que nos legó uno de los primeros códigos jurídicos escritos y numerosas cartas personales sobre religión y gobierno. La figura, hecha para un templo de Larsa, puede representar al donante de la estatuilla o al propio rey. Su rostro y sus manos están cubiertos de oro batido.

denciales como legislador. Fueron los dioses, sigue diciendo, quienes “me designaron para promover el bienestar del pueblo, para hacer que la justicia reine en la tierra, para destruir al malvado y al perverso, para que el fuerte no oprima al débil”.

Un faraón como Tuthmosis III, que se consideraba a sí mismo dios además de rey, no necesitaba acudir a seres superiores para asegurar sus méritos. Por ejemplo, acerca de la destreza del monarca como cazador, una inscripción redactada por un escriba lisonjero sostiene que Tuthmosis podía cazar más animales que todo su ejército; y en cierta ocasión “mató siete leones en un momento y causó la muerte de un hato de 12 bueyes salvajes en una sola hora después del almuerzo”.

Los documentos que pretenden propiciar la voluntad de los dioses suelen ser súplicas de clemencia y paz que trascienden el tiempo, y su cadencia resulta adecuada a cualquier persona religiosa de la actualidad:

Mi Señora misericordiosa, ¡que mi Señora esté tranquila!
Mi Señora que no se enoja, que está tranquila.
Mi Señora magnánima, mi Señora que es tan buena.

A un nivel más mundano, las voluminosas compilaciones de proverbios constituían un deleite especial para los egipcios. Atribuida a un oficial real llamado Ptah-hotep, que vivió en el tercer milenio antes de nuestra era, esta advertencia es realmente expresiva y sensata: “Si compartes la mesa de alguien más importante que tú, toma lo que te dé cuando ello sea puesto ante tu nariz. Ríe cuando él se ría, y esto agrada mucho a su corazón.” Ptah-hotep advierte también a quienes desean conservar sus amistades: “En una casa a la que tengas acceso como hijo, como hermano o como amigo, guárdate de acercarte a las mujeres.”

Por último, he aquí la confirmación final del hecho de que las cartas escritas por los niños a sus padres apenas han cambiado a lo largo de los siglos. Durante el reinado

de Hammurabi, el hijo de un alto oficial escribió a su madre: “¡Ojalá mi padre y los dioses te conserven bien de salud! La ropa de la gente de buena familia mejora de año en año. Pero tú, de año en año, me estás haciendo ropa cada vez más barata. El hijo de Adadiddinam, cuyo padre es un simple subordinado de mi padre, acaba de recibir dos nuevos vestidos, pero tú te irritas porque te pido uno. Aunque tú me diste a mí el ser, su madre le adoptó a él; sin embargo, su madre le quiere y tú no me quieres a mí.”

Las canciones de amor del mundo antiguo reflejan persistentemente un profundo aprecio de la naturaleza; con sus alusiones a los caballos, ciervos y pájaros —como metáforas para referirse a los enamorados o a sus sentimientos—, constituyen un antecedente del bíblico Cantar de los Cantares. Sin embargo, desde un punto de vista literario, parecen desvaídas si las comparamos con otras dos formas poéticas. Tales poemas son descendientes directos de las tradiciones orales de mitos y leyendas que fueron las fuentes de la religión y la filosofía antiguas y que preceden a la escritura en todas las antiguas civilizaciones. Mucho antes de que apareciese la escritura, los sacerdotes de los templos egipcios y mesopotámicos inspiraban a los creyentes con plegarias sonoras dirigidas a los dioses. En las plazas del mercado, los narradores cautivaban a los transeúntes con relatos de dioses y demonios y de cómo empezó el mundo. Estas fantásticas ideas eran expresadas con un lenguaje rítmico y lleno de colorido que enaltecía los espíritus de los oyentes y hacía que las plegarias y los relatos, a menudo muy largos, fueran más fáciles de recordar.

A finales del segundo milenio, cuando la escritura se convirtió en un medio eficaz para comunicar sentimientos e ideas, las antiguas tradiciones orales fueron puestas por escrito para la posteridad. Entre ellas se encuentran arquetipos que se convertirían en la materia prima de la literatura mundial, con temas sobre los cuales los herederos de las civilizaciones egipcia y mesopotámica iban



Fragmento de tableta a tamaño real

En 1959 se tradujeron más de 30 líneas de un ciclo poético sobre Inanna, la diosa sumeria del amor, a partir de una tableta cubierta con el más diminuto texto cuneiforme jamás hallado. El fragmento mostrado aquí forma parte de una tableta de arcilla mucho mayor, que data del 1800 antes de nuestra era aproximadamente y que se descubrió en Lagash (Irak). Este fragmento, aumentado tres veces abajo, es sólo una minúscula fracción de los varios miles de líneas que dicho poema narrativo tenía en un principio. Los símbolos, casi microscópicos, que llenan la superficie de arcilla fueron escritos probablemente por un escriba que concentraba su vista mirando a través de dos cañas agujereadas que sostenía en una mano mientras con la otra imprimía los signos cuneiformes en la tableta.



a trabajar durante milenios. Así ocurre con el poema épico, basado en una figura humana de dimensiones heroicas, y con el mito, que intenta explicar los misterios de la fertilidad y la muerte. Ambos géneros literarios resonaron con los ecos de la literatura oral de la que habían nacido, y de hecho numerosos relatos siguieron recitándose en voz alta mucho después de haber sido grabados en arcilla o pintados en papiro. Pero, a finales del primer milenio antes de nuestra era, la mayoría de ellos ya se habían recogido por escrito.

El más antiguo relato conocido que se centra en un héroe esencialmente humano —aunque, como en parte es también divino, juega con dioses y monstruos míticos— es la *Epopéya de Gilgamesh*. La versión original, escrita probablemente hacia el año 2000 antes de nuestra era, sobrevive en varias versiones antiguas. El texto más complejo y mejor conservado aparece en 12 tabletas de arcilla redactadas por escribas babilónicos; el manuscrito se encontró en la biblioteca fundada por el rey asirio Asurbanipal en Nínive en el siglo VII antes de nuestra era. Pero los elementos de la narración se remontan a la época sumeria, como puede apreciarse por los nombres de los personajes y de los lugares que frecuentan. Se cree que Gilgamesh, el héroe, surgió a partir del recuerdo popular de un rey auténtico, que reinó en la ciudad sumeria de Uruk hacia el año 2600 antes de nuestra era.

El relato narra las odiseas de Gilgamesh, que abandona su palacio de Uruk para buscar el secreto de la inmortalidad, pero que al final encuentra la serenidad resignándose a admitir la idea de que la inmortalidad está fuera del alcance del hombre. Sin embargo, antes de alcanzar la serenidad ha de pasar por numerosos episodios de amor, amistad, combates feroces y búsqueda constante del conocimiento.

Como todos los héroes de la literatura universal —desde Ulises hasta Tarzán—, Gilgamesh es físicamente poderoso y sexualmente irresistible. Es “tan poderoso como

un buey salvaje” y “le quita la doncella a su madre, la hija al guerrero, la esposa al noble”. Dado que su invencibilidad constituye una amenaza tanto para los dioses como para los hombres, la diosa-madre sumeria, Aruru, crea un rival que pueda contenerle. Para crearlo, a la diosa le basta con coger un poco de arcilla y arrojarla sobre las llanuras silvestres. Allí la arcilla se convierte en una criatura pacífica pero terrible, en un hombre salvaje que ignora todo cuanto sea civilización.

He aquí un pasaje, adaptado de la traducción del poema hecha por el especialista en temas babilónicos E. A. Speiser, que describe a esa criatura, llamada Enkidu:

Todo su cuerpo está cubierto de pelos hirsutos,
Sus cabellos son tan largos como los de una mujer.
No conoce familia ni patria.
Pace en los prados junto con las gacelas,
Frecuenta los abrevaderos de las bestias salvajes.

Aunque Enkidu rehúye a la gente, un cazador se queja ante Gilgamesh de que el monstruo protege a los animales salvajes, por lo que es imposible cazar:

Estoy tan atemorizado que no me atrevo a acercarme a él.
Terraplenó los hoyos que yo había excavado,
Hizo saltar los cepos de caza que yo había puesto,
Ha hecho que se me escapen de las manos
Las bestias y criaturas de la pradera.

Está claro que el cazador espera ver salir a Gilgamesh con la intención de matar a ese hombre salvaje; pero, en vez de esto, el rey exhorta al cazador a que participe en un astuto plan:

Vete, y trae contigo una muchacha de placer.
Cuando Enkidu aparezca con las bestias en el abrevadero,
Que la muchacha se quite sus vestidos, y
En cuanto la vea, se acercará a ella.

Como estaba previsto, el cazador contrata a una muchacha de placer (es decir, a una prostituta) y se dirige con ella al abrevadero. Allí esperan dos días hasta que Enkidu aparece. El cazador apremia a la mujer para que seduzca a Enkidu, cosa que ella consigue fácilmente. “El bárbaro procedente de las profundidades de la llanura” es hechizado por la primera mujer que jamás ha visto. Durante seis días y siete noches se hacen el amor. Finalmente, Enkidu busca a sus amigos, las bestias salvajes, y se da cuenta de que, como Gilgamesh había previsto, su semana de compañía con los hombres le ha hecho sospechoso ante los animales. Pero la mujer le asegura que no ha perdido nada:

“¡Eres sabio, Enkidu, te has hecho como un dios!
¿Por qué vagar con las criaturas salvajes?
Ven, deja que te lleve a la ciudad de Uruk,
Al templo santo, morada de los dioses,
Donde vive Gilgamesh, poderoso en extremo,
Y que, como un buey salvaje, domina a su pueblo.”
Sus palabras fueron bien acogidas por Enkidu,
cuyo corazón fue iluminado,
Pues anhelaba un amigo.

Enkidu acepta la proposición de la mujer y espera tener que combatir con Gilgamesh para ganar su aprecio, pero ella, sabiamente, le disuade de esto. Pues la noche antes de que la pareja llegue a Uruk, Gilgamesh tiene un sueño que su sabia madre interpreta como presagio de que próximamente se presentará ante él un nuevo y fiel amigo. Y así sucede; Gilgamesh acepta como amigo y consejero al recientemente humanizado Enkidu, y juntos marchan por todo Sumer en busca de la inmortalidad.

Los narradores que compusieron este antiguo relato moralizador estaban elaborando dos temas eternos de la literatura: el de la nobleza del hombre salvaje y el de que el hombre y la bestia son parientes cercanos, aunque este parentesco pueda olvidarse fácilmente.

(Sigue en página 144.)

Sellos para firmar: tesoros en miniatura

Los sellos cilíndricos —instrumentos que imprimían el signo personal de un individuo sobre sus propiedades y documentos— aparecieron en el Próximo Oriente 200 años antes de inventarse la escritura y siguieron usándose durante unos 3.000 años. Tales signos, hechos de piedra, eran esculpidos intrincadamente con escenas de bestias y héroes, reyes y dioses; y solían servir además como amuletos de sus dueños, para quienes constituían un medio de invocar la benevolencia de los dioses.

Para el historiador moderno, los sellos constituyen una rica fuente de información sobre la religión y la mitología del Próximo Oriente. Con el avance de la escritura alfabética aramea, los sellos cilíndricos —peculiarmente adaptados a la impresión sobre arcilla, en la que se inscribía la escritura cuneiforme— quedaron anticuados; y cedieron el paso al sello de tipo tampón, más adecuado a los manuscritos de cuero o de papiro.



Este sello cilíndrico (arriba, izquierda) fue desarrollado sobre una superficie de arcilla blanda. La impresión de su tema —una firma— es mostrada a la derecha a tamaño real (arriba) y abajo aumentada tres veces.



En este sello de hace 3.000 años, un fiel suplica a Ishtar, diosa del amor. El árbol y los machos cabríos simbolizan fertilidad y fuerza.

Dioses y héroes, tema de los sellos

Los sellos cilíndricos de Mesopotamia cambiaban con la moda y trataban de una gran variedad de mitos populares. Los héroes —mortales y terrestres, aunque dotados de fuerza sobrehumana— vencen a bestias feroces en las escenas de esta página. Los dioses inmortales se ocupan de sus eternos asuntos con otros dioses y con los humanos en la página opuesta. Las inscripciones identifican al dueño de los sellos y suelen unirlos con los dioses.

En un tema mítico muy difundido —el enfrentamiento de héroes y semidioses contra animales salvajes en una prueba de fuerza—, un héroe peinado con estilizados rizos lucha contra dos toros (en el centro), mientras dos personajes de largos cabellos pelean con leones rampantes. Este sello tiene unos 4.500 años de antigüedad.



Se cree que este héroe sumerio es Gilgamesh, el fabuloso rey de Uruk que se hizo célebre por sus combates con las fieras; en estas dos secuencias, separadas por un tema decorativo a base de plantas, pelea con un león. Este sello data aproximadamente del año 2260 a. C. y, en el texto de la derecha, identifica a su propietario como el hijo de Abilum.



En este sello del primer milenio a. C., el dios Sol (en el centro) sostiene un disco solar, mientras unas divinidades aladas observan cómo la lluvia cae del cielo a la tierra en un torrente simbólico. A la derecha del dios Sol, una inscripción menciona al dueño del sello, Nabunasir, hijo de Adad, que era sacerdote del dios.

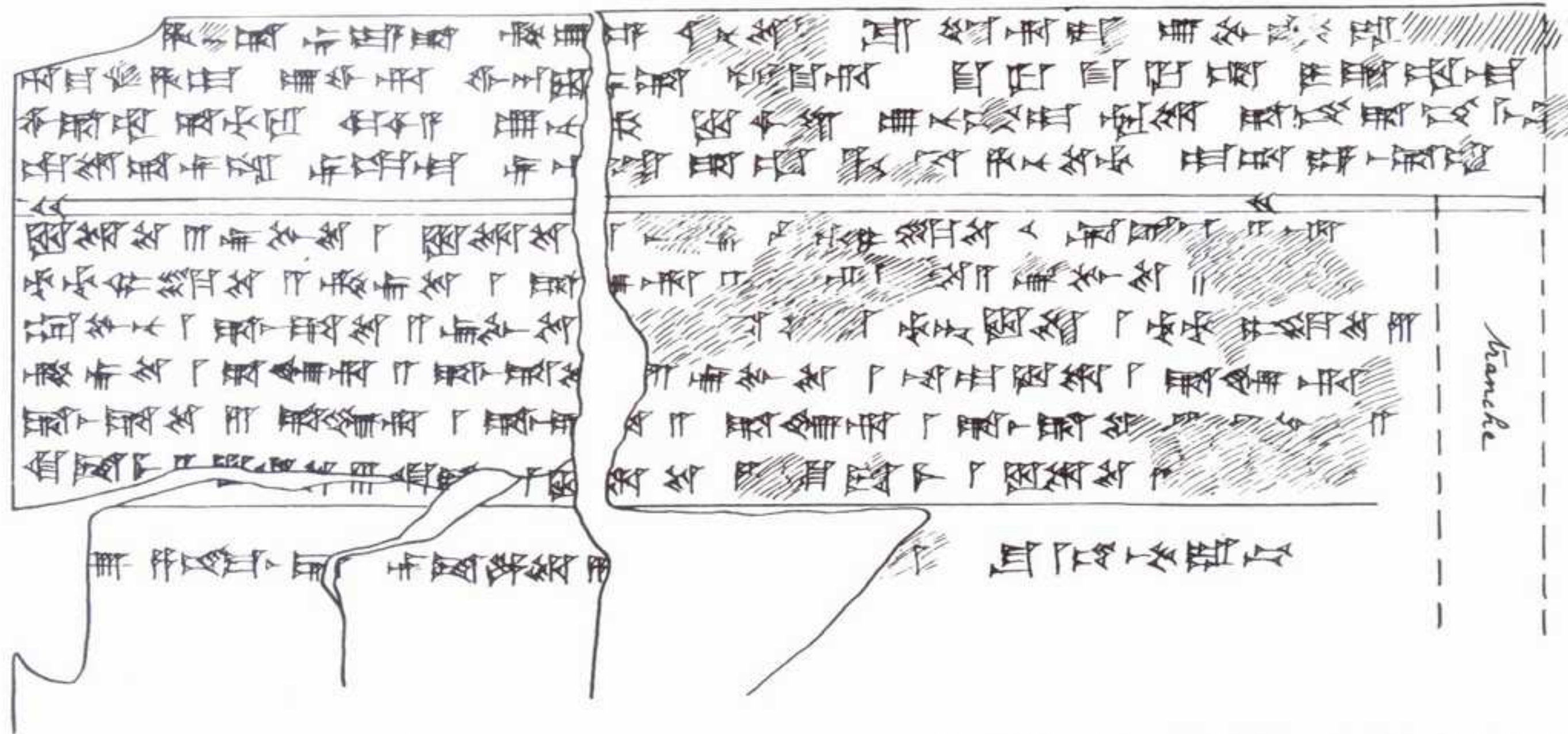
El mítico hombre-pájaro Zu (en el centro) es conducido por una diosa ante el dios del mar (a la derecha), acusado de intentar robar la tableta del destino, donde están los hados de dioses y hombres. Son testigos una deidad de las cosechas, que lleva un arado, y un dios que apunta con un dardo. El sello data del 2200 a. C.



Un hombre con la cabeza descubierta —que podría ser Hashamer, gobernador provincial en Sumer— es presentado por su diosa de la guarda al divinizado rey de Ur, sentado a la derecha, mientras otra divinidad les sigue a una distancia respetuosa. El texto de este sello de hace 4.000 años es una dedicatoria de su dueño al rey.

LA PARTITURA MAS ANTIGUA

He aquí la pieza de música escrita más antigua: un canto religioso grabado en el sistema cuneiforme hurrita. Fue descubierta en Siria a comienzos de los años 50, durante una excavación efectuada cerca de la antigua ciudad de Ugarit, y descifrada en 1972. Las cuatro primeras líneas muestran la letra de la canción, que incluye la frase "amado de mi corazón" y referencias a dioses y diosas; las seis siguientes contienen instrucciones para su ejecución, que constituyen el equivalente de la notación musical. Esta pieza, escrita hacia el 1400 a. C., hace al Próximo Oriente el lugar de nacimiento de la música occidental.



Con una réplica de una lira de hace 4.600 años, el musicólogo Richard L. Crocker, de la Universidad de California (Berkeley), se dispone a interpretar la canción hurrita. La pieza cuneiforme permitió a Crocker ejecutar las notas de la melodía, pero el ritmo y el tempo tuvo que improvisarlos él.

Por supuesto, otro tema inmortal es el de la propia inmortalidad, tema que alcanza cimas dramáticas en la epopeya de Inanna, reina sumeria de los cielos, y de su descenso a los infiernos. La más antigua versión conocida de esta leyenda fue escrita durante la primera mitad del segundo milenio antes de nuestra era, en varias tabletas cuneiformes halladas en Nippur. El poema narrativo de Inanna, de sólo unas trescientas líneas, desciende también de las antiguas tradiciones orales. Pero el texto escrito posee una gracia especial: recuerda un libretto de ópera moderna de tal manera que parece pedir a gritos una orquesta, un proscenio y unas candilejas. (De hecho, es posible que la narración haya sido concebida para ser cantada, al menos en parte; como muchas canciones populares, tiene varios estribillos y coros que se repiten. La obra puede incluso haberse representado en una gran sala, con un solista cantando los versos frente a un coro encargado de los estribillos.)

Inanna era además la diosa del amor y la fertilidad, así como patrona de la ciudad de Uruk. Posteriormente, los babilonios la veneraron bajo el nombre de Ishtar, diosa del amor; y es también un prototipo de la Afrodita

venerada por los griegos y de la Venus de los romanos. Bajo una advocación u otra, la diosa aparece en numerosos mitos. En este poema decide, por razones nunca aclaradas, visitar los infiernos, donde reina Ereshkigal, diosa de la oscuridad y la muerte, que es su hermana mayor pero también su mayor enemiga. En el poema, adaptado aquí de la traducción realizada por el conocido sumerólogo Samuel Noah Kramer, Inanna se prepara cuidadosamente para su próximo viaje, poniéndose sus más costosos y magníficos adornos y joyas:

Desde la Gran Altura deseó ardientemente el Gran Abismo.
Ciñó su cabeza con la *shugurra*, la corona de la llanura,
Llenó de esplendor su rostro,
Sujetó a su pecho piedras brillantes,
Se puso en el dedo un anillo de oro,
Colgó sobre su busto un pectoral,
Cubrió su cuerpo con todo el ropaje de la señoría.

Pero Inanna se da cuenta de que corre graves riesgos: el mundo subterráneo es el "País sin Retorno", el país de la muerte. Así, al partir advierte a su fiel mensajero

Ninshubur que, si al cabo de tres días no ha regresado, se dirija a tres dioses empleando las mismas palabras, el primero de los cuales será Enlil, el dios principal del panteón mesopotámico.

Después de tan dramáticos preparativos, Inanna despide a Ninshubur y desciende al mundo subterráneo. Cuando llega al palacio que allí hay, adornado con piedras preciosas, la diosa se presenta a Neti, el portero en jefe, y le persuade de que anuncie su llegada a su malvada hermana. La reina del mundo subterráneo permite que Inanna pase a través de sus siete puertas, pero a condición de que respete las reglas de su dominio.

Cuando Inanna llega a la primera puerta, le quitan la corona de su cabeza. Ella protesta, pero oye decir:

“Cállate, Inanna, las leyes de los infiernos son perfectas. Oh, Inanna, no te pongas a los ritos de los infiernos!”

En cada una de las siete puertas se repite este estribillo, posiblemente entonado por un coro. Una a una, le van despojando a Inanna de todas sus joyas y de sus finos ropajes, proceso que parece simbolizar la pérdida de las posesiones terrenales con la muerte. Cuando Inanna franquea la séptima puerta, se presenta desnuda ante el tribunal de Ereshkigal, que se sienta en el trono rodeada por los terribles jueces del mundo subterráneo. Todos ellos “fijan sus ojos en ella, los ojos de la muerte”. Al instante, Inanna se convierte en un cadáver, y su cuerpo es colgado de una estaca.

En este punto, la historia prosigue con el buen mensajero Ninshubur. Como le había ordenado Inanna, ha esperado durante tres días y ahora llena los cielos con sus quejas por la desaparición de su señora. Visita los templos de los tres dioses, empezando por el del dios principal, y le dirige la súplica que le enseñó Inanna:

“¡Oh, padre Enlil, no permitas que tu hija sea ajusticiada en los infiernos!”

Tres veces el fiel Ninshubur repite esta misma fórmula, palabra por palabra, y por fin sus esfuerzos se ven coronados por el éxito. El tercer dios a quien suplica es Enki, el dios de la sabiduría, quien le entrega el “agua de la vida” y el “alimento de la vida” para que rocíen 60 veces con ellos el cadáver de Inanna suspendido de la estaca. Hecho esto, la reina de los cielos resucitó. Este desenlace admite diversas interpretaciones: puede ser una alusión, muy popular entre los antiguos, al renacer de la tierra en primavera tras la muerte invernal; o puede tratarse de una simple constatación de que una diosa no está sujeta a las mismas leyes que los mortales; finalmente, puede muy bien asegurar que la inmortalidad es siempre posible de alguna manera. En cualquier caso, Inanna asciende del mundo subterráneo acompañada por un numeroso séquito de demonios, que siguen escoltándola hasta el estrepitoso final.

Realmente, *El Descenso de Inanna a los Infiernos* tiene todo lo que una ópera necesita. Su personaje principal se enfrenta al hecho más terrible de la vida —la muerte— y se acaba librando de ella; como diosa del amor, es la mujer más bella del mundo y viste suntuosamente. La línea narrativa requiere un villano siniestro, su hermana, y la acción se desarrolla a través de un viaje con frecuentes peripecias, todo lo cual es, una vez más, buen teatro. Abundan los escenarios llenos de colorido, como el palacio adornado con piedras preciosas. La puesta en escena incluye un prolongado *strip-tease*, cuando Inanna va siendo despojada de sus vestidos al franquear las siete puertas. Y, tras la confrontación final, la heroína muere, aunque revive para aparecer en muchos otros relatos en los que representa papeles que manifiestan todas las desconcertantes complejidades y contradicciones del amor, es decir: constancia y volubilidad, venganza y perdón, celos y ternura.

Estos relatos poéticos se hallaban próximos a la esencia misma de la vida para numerosos egipcios y mesopotámicos que vivieron mucho antes de la era cristiana.

Cuando leían y escuchaban estos relatos, es obvio que intentaban penetrar en los innumerables misterios del mundo natural para explicar sus propios orígenes y su pasado, para discernir lo bueno de lo malo, para habérselas con el temor a la muerte. Aunque las barreras interpuestas por el tiempo son formidables, al analizar estos primeros textos literarios, cualquier lector moderno suficientemente atento reconocerá cuán afines a nosotros eran

quienes los crearon. Y, a medida que los arqueólogos descubran y los lingüistas traduzcan nuevas muestras de los más antiguos textos escritos —limpiando poco a poco las opacidades de los cristales de esta ventana histórica y permitiendo una visión del pasado cada vez más clara y precisa—, esa conciencia de afinidad debe crecer, cumpliéndose así, en cierto modo, un perpetuo sueño del hombre: la conquista de la inmortalidad.

El expresivo arte del calígrafo

Un poema es “una pintura con voz”, según el maestro zen japonés. Esta idea puede aplicarse de modo aún más preciso al arte de la escritura tal como se consideraba antiguamente en Japón, China y el mundo islámico.

En Japón y China, la mayoría de los poetas y pintores consumados eran principalmente calígrafos; y los instrumentos de esas tres artes eran los mismos: el pincel y la tinta. Los auténticos maestros elevaron el arte de la escritura mucho más allá de su función puramente utilitaria de comunicación, haciendo de ella una com-

binación única de arte literario y visual. A menudo, el significado de un símbolo era menos importante que la maestría del artista en el estilo y la forma visual, menos importante que el ritmo de su pincel, menos importante que la delicadeza o la intrepidez de su trazo.

En el mundo islámico, la caligrafía se consideraba el arte más sublime; era una disciplina digna de ser cultivada por sí misma, un ejercicio de diseño puro. Los pintores islámicos, a quienes su religión prohibía crear imágenes de seres humanos, hicieron de la palabra escrita su me-

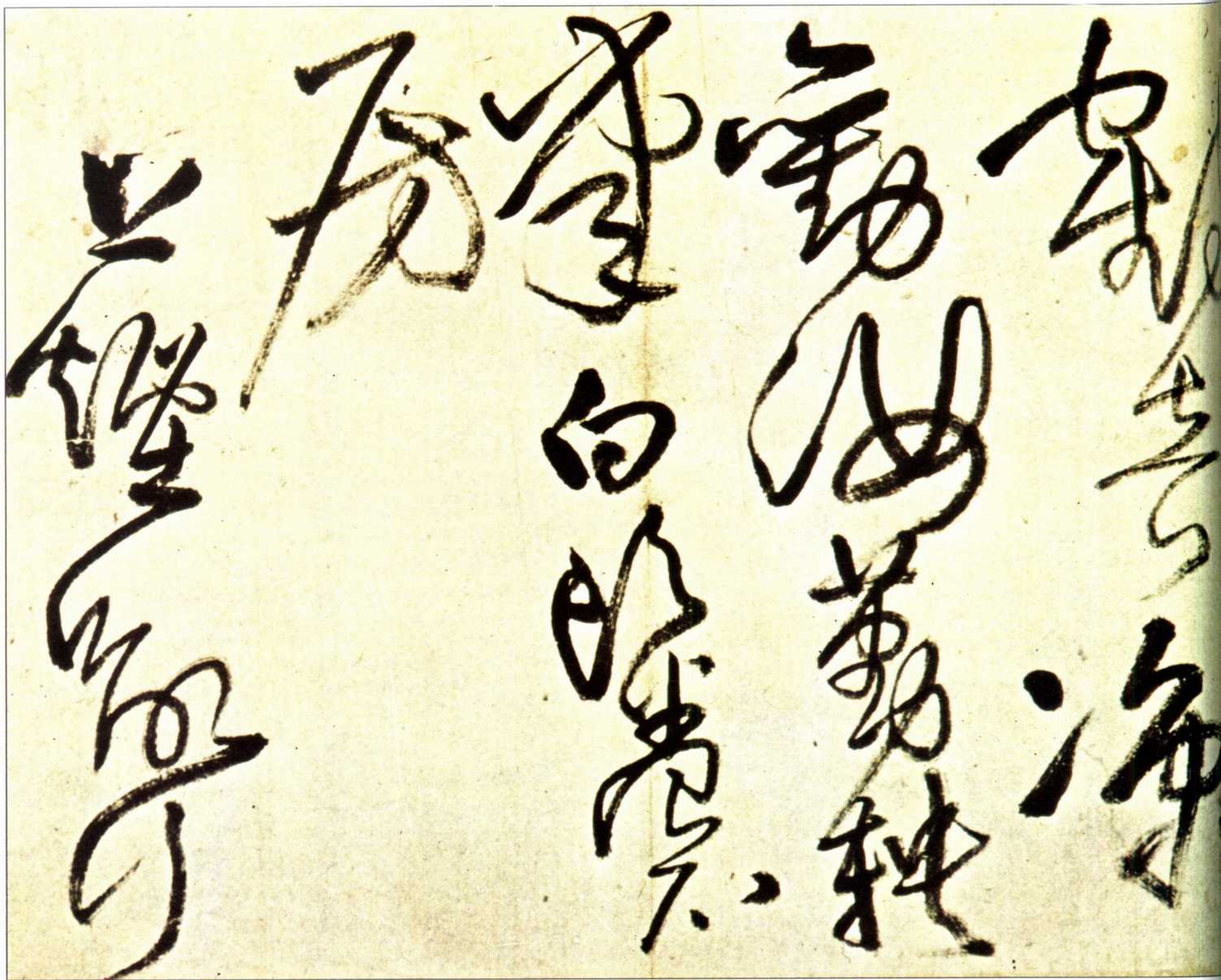
dio de plasmar la belleza y de rendir homenaje a Dios. El nombre de Mahoma o los pasajes del Corán —invertidos, al revés, desfigurados— se transformaban en primorosas espiras y arabescos. Los artesanos musulmanes adaptaron esos temas caligráficos a la decoración de alfombras, cerámica y edificios, y de ellos los copiaron los artesanos europeos, impresionados por la belleza de los diseños islámicos pero que ignoraban sus orígenes. Y, al hacerlo, crearon anomalías tales como pórticos de iglesia decorados con profesiones de fe islámica.



Esta exquisita muestra de caligrafía, en un estilo conocido como “oro fino”, fue obra de Hui-tsung, un emperador chino del siglo XII.

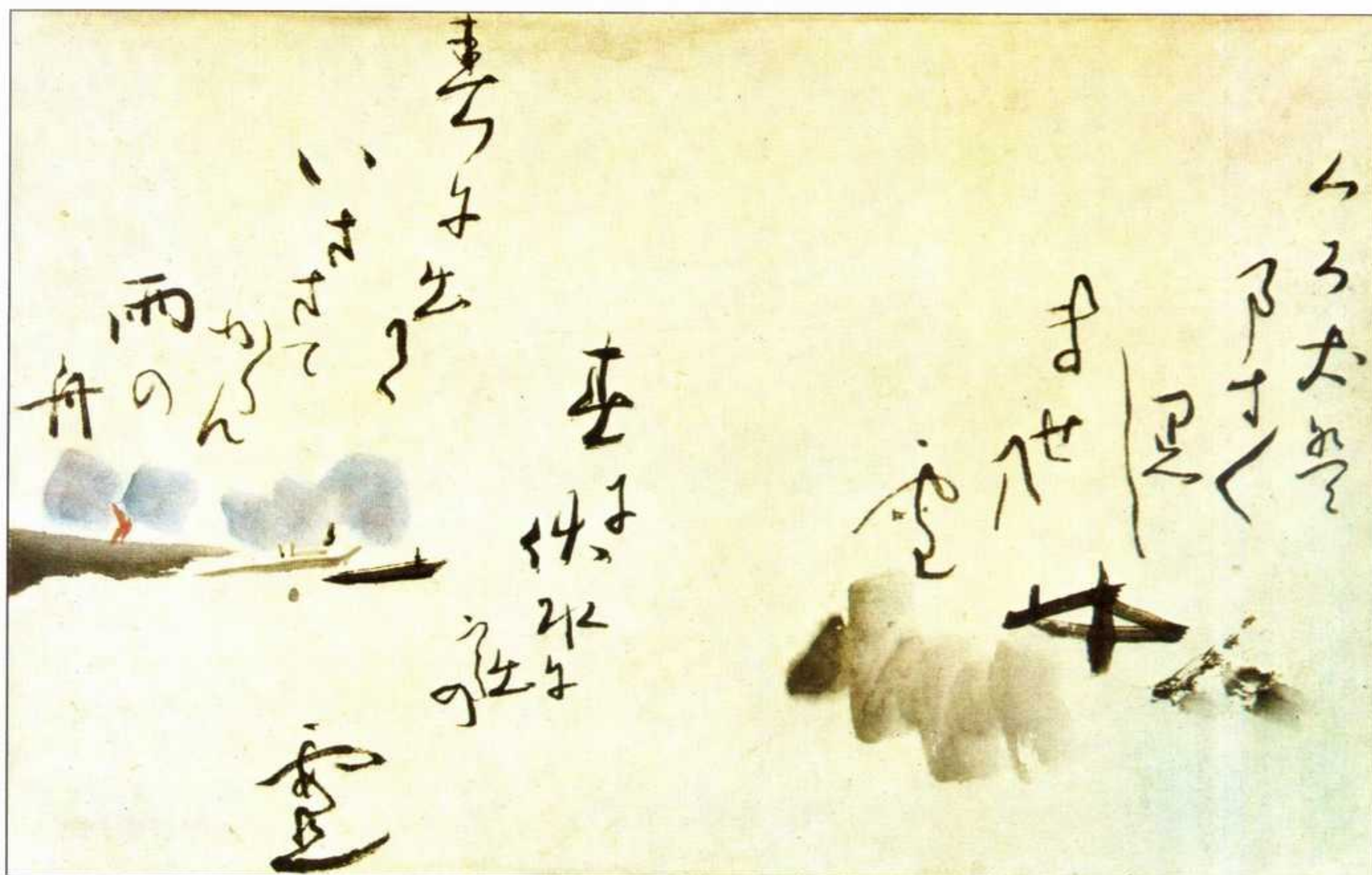
Extremo Oriente, énfasis en el estilo individual

Para los mayores calígrafos chinos y japoneses, el arte de la escritura se convirtió en un método de expresión personal que iba mucho más allá del sentido de las ideas escritas. Una obra reflejaba no sólo la perspectiva individual del artista, sino también el estado emocional en que éste había acometido su tarea. La legibilidad del texto se había transformado en algo secundario; lo que contaba era la originalidad estilística del escritor.



La caligrafía del maestro chino del siglo XVII Wang Tuo fluye en líneas continuas de caracteres más o menos abstractos.

La poesía, la pintura y una delicada caligrafía libre se combinan en estos dos poemas de Ikeno Taiga, pintor y erudito japonés del siglo XVIII. Los temas de ambos poemas son sugeridos por unas etéreas ilustraciones: un perro negro en la nieve, a la derecha, y un pequeño barco junto a la orilla de un río, a la izquierda.



Este audaz y monumental estilo de caligrafía fue creado por Hakuin Elaku, uno de los grandes maestros zen japoneses del siglo XVIII. Esas palabras significan "Señor del rayo, de rostro azul", que es el poético nombre de una divinidad budista.

雷面金剛

Una majestuosa escritura para propagar la fe

Los escribas musulmanes, que fueron el instrumento principal en la difusión de la palabra del profeta Mahoma, se complacían en adornar las sagradas palabras del Corán; y se enorgullecían especialmente de la gracia, equilibrio y ritmo de su caligrafía. La asociación íntima de la escritura con la religión islámica confirió a aquélla un elevado rango, hasta el punto de que, según una tradición, el *qalam* o cálamo fue la primera cosa creada por Dios.

بِسْمِ اللَّهِ الرَّحْمَنِ الرَّحِيمِ
الْحَمْدُ لِلَّهِ الَّذِي
خَلَقَ السَّمَوَاتِ وَالْأَرْضَ
وَالَّذِي يُضَوِّتُ النَّجْمَ
وَالَّذِي يُنَزِّلُ الْمَطَرَ
وَالَّذِي يُحْيِي الْمَوْتَى
وَالَّذِي يُخْرِجُ الْحَبَّ
وَالَّذِي يُخْرِجُ النَّارَ



Este pasaje del Corán, realizado por un calígrafo desconocido, emplea la escritura cúfica clásica, así llamada por la ciudad de Kūfa, centro intelectual del Islam en el siglo IX. Dicho estilo se usa todavía en los documentos oficiales importantes.

Engastada como una joya en una página primorosamente decorada de un Corán persa del siglo XVI, esta caligrafía se realizó en estilo Nastalík. Los estudiantes aprendían a trazar los caracteres de modo que evocasen rasgos de pájaros, como cuellos de cisnes ondulando y alas de palomas.



El Origen del Hombre

Este esquema muestra la progresión de la vida en la Tierra, desde sus primeras apariciones en las aguas del planeta recién formado, hasta la evolución del hombre; señala sus desarrollos físicos, sociales, tecnológicos e intelectuales hasta la Era Cristiana. Para ubicar estos avances en

GEOLOGÍA		DATADO EN MILES DE MILLONES DE AÑOS	GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	DATADO EN MILLONES DE AÑOS
Precámbrico era más primitiva		4,5	Pleistoceno Inferior período más antiguo de la época más reciente	Paleolítico Inferior período más antiguo de la Edad de Piedra Antigua	2
		4			1
		3			
		2			
		1			
Paleozoico vida antigua			Pleistoceno Medio período medio de la época más reciente	Paleolítico Medio período medio de la Edad de Piedra Antigua	
Mesozoico vida media			Pleistoceno Superior último período de la época más reciente	Paleolítico Superior último período de la Edad de Piedra Antigua	
Cenozoico vida reciente			Holoceno época actual	Mesolítico Edad de Piedra Media	

▼ 4.000 millones de años

▼ 3.000 millones de años

▲ Origen de la Tierra (4.500 millones)

▲ Origen de la vida (3.500 millones)

secuencias cronológicas utilizadas en forma común, la columna de la izquierda de cada una de las cuatro secciones del esquema identifica las grandes Eras geológicas en las que se divide la historia de la Tierra, mientras que la segunda columna registra las edades arqueológicas de la historia

humana. Las fechas claves de los orígenes de la vida y de los logros principales del hombre aparecen en la tercera columna. El gráfico no está a escala; la razón es clara con la franja de abajo, la cual representa en escala lineal los 4.500 millones de años comprendidos en el esquema.

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Neolítico Edad de Piedra Moderna	9000	El perro es domesticado en Norteamérica
		8000	Se funda Jericó, la primera ciudad Se domestica la cabra en Persia El hombre cultiva sus primeras mieses, trigo y cebada en el Oriente Medio El maíz es cultivado en México
		7000	Un modelo de vida de pueblo nace en el Oriente Medio Çatal Hüyük, lo que ahora es Turquía, llega a ser el primer centro comercial Se inventa el telar en el Oriente Medio
	Edad del Cobre	6000	El ganado es domesticado en el Próximo Oriente La agricultura comienza a reemplazar a la caza en Europa El cobre es usado en la industria en la región mediterránea
		4800	El monumento de piedra maciza más antiguo conocido es construido en Bretaña
		4000	Los botes de vela son usados en Egipto Las primeras ciudades surgen en los llanos de Sumer
		3500	Los sellos cilíndricos comienzan a ser usados como señas de identificación en el Oriente Medio Se inventa la rueda en Sumer El hombre comienza a cultivar el arroz en el Lejano Oriente Se domestica el caballo en Rusia del Sur Los mercaderes navegantes egipcios comienzan a recorrer el Mediterráneo El primer escrito pictográfico redactado en el Oriente Próximo El gusano de seda es domesticado en China
	Edad del Bronce	3000	El bronce es usado por primera vez para hacer herramientas en el Oriente Medio La vida ciudadana se propaga hasta el valle del Nilo El arado se desarrolla en el Oriente Medio Un calendario preciso basado en observaciones estelares se inventa en Egipto
		2800	Stonehenge, el más famoso de los monumentos megalíticos antiguos, es comenzado en Inglaterra Las pirámides son construidas en Egipto
		2600	Una variedad de dioses y héroes son glorificados en <i>Gilgamesh</i> y otras epopeyas del Oriente Medio
		2500	Surgen las ciudades en el valle del Indo

GEOLOGÍA	ARQUEOLOGÍA	AÑOS a. de C.	
Holoceno (cont.)	Edad del Bronce		Evidencia más antigua del uso de esquís en Escandinavia El código de leyes más primitivo es redactado en Sumer Las sociedades minoas de palacio comienzan en Creta
		2000	Se domestican las gallinas y los elefantes en el valle del Indo El uso del bronce se propaga a Europa Comienza la cultura esquimal en la región del estrecho de Bering
		1500	Embarcaciones que pueden navegar por el océano, le permiten al hombre llegar a las islas del Pacífico Sur Esculturas ceremoniales de bronce se funden en China Se establece el gobierno imperial, que incluye provincias distantes, por los hititas
		1400	Se usa el hierro en el Oriente Medio El primer alfabeto completo manuscrito es inventado por las gentes de Ugarit, en Siria Moisés conduce a los israelitas fuera de Egipto
	Edad del Hierro	1000	El reno es domesticado en Eurasia
		900	Los fenicios desarrollan el alfabeto moderno
		800	El uso del hierro se propaga por toda Europa Los nómadas a caballo aparecen en el Próximo Oriente como nueva fuerza poderosa El primer sistema de carreteras es construido en Asiria Homero compone <i>La Ilíada</i> y <i>La Odisea</i> Se funda Roma
		700	Comienza la civilización etrusca en Italia Ciro el Grande gobierna el imperio persa Se establece la República de Roma
		500	Se inventa la carretilla en China
		200	Son escritos los épicos <i>Mahabharata</i> y <i>Ramayana</i> acerca de los dioses y los héroes de la India Se inventa la rueda de agua en el Oriente Medio
		0	Comienza la era cristiana

▼ 2.000 millones de años

▼ 1.000 millones de años

Primeros hombres (2 millones)

Primeros animales respirando oxígeno (900 millones)

▲ Primeros animales con espina dorsal (470 millones)

Procedencia de las ilustraciones

Fuentes de las ilustraciones: de izquierda a derecha están separadas por un punto y coma; de arriba abajo por guiones.

8—British Museum, Londres. 10—Ashmolean Museum, Oxford. 12—Paulus Leeser cortesía del Economic & Public Affairs Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations—The Historical Society of Pennsylvania. 13—Paulus Leeser cortesía de la Economic & Public Affairs Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations. 14—Colección Musée de l'Homme, París. 17—Cortesía del National Museum of Victoria Council, excepto abajo derecha: Radio Times Hulton Picture Library. 18—Cortesía del The American Museum of Natural History. 23 a 31—Paulus Leeser cortesía del Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations. 32—Giraudon cortesía del Museo del Louvre, París. 35—Hirmer Fotoarchiv cortesía del Museo Egipcio, El Cairo. 36—The Bettmann Archive. 37—Eno Collection, Prints Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations—The Bettmann Archive. 40—British Museum, Londres. 41—Roger Viollet—Paulus Leeser cortesía de la Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations; Heinz Zinram cortesía del British Museum, Londres. 44, 45—Brian Brake de Rapho Guillumette. 48—Manuscrito de Ottobonian Latin Archives, Vaticano—British Museum, Londres. 51—Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín. 53—Biblioteca Real Danesa, Copenhague. 54, 55—Paulus Leeser cortesía de la Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations, excepto abajo izquierda: Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations. 56, 57—Thames & Hudson, Ltd., Londres—General Research & Humanities Division, The New York

Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations; Paulus Leeser cortesía de la Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations. 58, 59—Paulus Leeser cortesía de la Oriental Division, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations. 60—Réunion des Musées Nationaux. 64, 65—Dr. Georg Gers-ter de Rapho Guillumette. 66—Cortesía del The Oriental Institute, Universidad de Chicago. 67—(Izq.) The Walters Art Gallery, Baltimore; (Centro) University Museum, Universidad de Pennsylvania; (Derecha) British Museum, Londres. 69—Cortesía del The Oriental Institute, Universidad de Chicago. 71—Pierre Boulat cortesía del Museo del Louvre, París. 72—Al-Hiba Expedición del The Metropolitan Museum of Art y del The Institute of Fine Arts, New York; Maurice Chuzeville cortesía del Museo del Louvre, París. 73—Luc Joubert cortesía del Museo Arqueológico, Teherán. 74—University Museum, Universidad de Pennsylvania. 77—Cortesía del The Oriental Institute, Universidad de Chicago, excepto arriba izquierda: University Museum, Universidad de Pennsylvania. 79 a 85—Dibujos de Don Bolognese. 86—Brian Brake de Rapho Guillumette. 89—University Museum, Universidad de Pennsylvania—Cortesía del The Oriental Institute, Universidad de Chicago. 90—British Museum, Londres. 93—Cortesía del The Oriental Institute, Universidad de Chicago; Brian Brake de Rapho Guillumette cortesía del Museo Egipcio, El Cairo. 94—Brian Brake de Rapho Guillumette. 95—Brian Brake de Rapho Guillumette cortesía de Britttish Museum, Londres. 96—Robert Colton cortesía del The Brooklyn Museum; F. L. Kenett, foto copyright George Rainbird Ltd.; Maurice Chuzeville cortesía del Museo del Louvre, París. 98, 99—Brian Brake de Rapho Guillumette cortesía del Museo Egipcio, El Cairo. 102—Paulus Leeser cortesía del Science & Technology Research Center, The New York Public Library, Astor, Lenox and Tilden Foundations; Robert Colton cortesía del The Brooklyn Museum. 103—Robert Colton cortesía del The Brooklyn Museum. 105—Cortesía del Museo Egipcio, El Cairo. 107—F. L. Kenett, foto copyright George Rainbird Ltd. 108—The Metropolitan Museum of

Art, Rogers Fund, 1917; The Metropolitan Museum of Art. 1926. 109—The Metropolitan Museum of Art, donación de Edward S. Harkness, 1926. 110, 111—Brian Brake de Rapho Guillumette. 112, 113—Brian Brake de Rapho Guillumette. 114—Larry Burrows. TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated. 116—Lynn St. John, TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated. 119—Profesor Willard G. Oxtoby. 121—Mapa de Rafael D. Palacios. 122—Gabinetto Fotografico Nazionale cortesía del Museo Pigorini, Roma—Deutsches Archäologisches Institut, Atenas; M. A. Kislali cortesía del Museo Arqueológico de Estambul. 123—Hirmer Fotoarchiv, Munich cortesía del Museo del Louvre, París—Archives Photographiques cortesía del Museo del Louvre, París. 127—Annivas Stamatopoulos cortesía de The Heraklion Museum, Creta—Aldo Durazzi. 128—Larry Burrows, TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated; Emmett Bright cortesía del Museo Nacional de Pakistán, Karachi. 129—Emmett Bright cortesía del Museo Nacional de Pakistán, Karachi. 130—Dmitri Kessel, TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated. 131—Paulus Leeser de J. Eric S. Thompson, *A Commentary on the Dresden Codex*, MEMOIRS of the American Philosophical Society, Vol. 93 (1972). 132—Fotocielo. 133—Aldo Durazzi cortesía de Soprintendenza alle Antichità dell' Etruria Meridionale, Roma. 134—Larry Burrows, TIME-LIFE Picture Agency, © 1972 Time Incorporated—Fotografía de Alison Frantz cortesía de la Universidad de Cincinnati. 135—Tom Blau de Camera Press. 136—Réunion des Musées Nationaux. 139—Maurice Chuzeville cortesía del Museo del Louvre, París. 141, 142, 143—Werner Forman Archive. 144—Copyright profesor Claude Schaeffer, fotografía de Dennis Galloway de la Universidad de California, Berkeley. 147—National Palace Museum, Taipei. 148—National Palace Museum, Taipei. 149—Fotografía de Konishi Biendo cortesía de Kiyoo Yamamoto; Frank Lerner cortesía del Philadelphia Museum of Art. 150, 151—Continental Oil Company, 1974 Islamic Calendar cortesía del Museo Turco de Artes Islámicas, Mezquita Solimán, Estambul.

Agradecimientos

Por su colaboración en esta obra mostramos nuestro agradecimiento a las siguientes personas: Baruch Levine, Chairman, Department of Near Eastern Languages and Literature, Universidad de Nueva York, y Richard Fazzini, Assistant Curator, Department of Egyptian and Classical Art, Brooklyn Museum, Nueva York; Pentti Aalto, Profesor de Filología Comparada, Universidad de Helsinki, Finlandia; Mrs. Sule Aksoy, Jefe de Sección, Museo de Arte Turco e Islámico, Estambul, Turquía;

Pierre Amiet, Conservador Jefe, Departamento de Antigüedades Orientales, Museo del Louvre, París; Paul Barguet, Director, Instituto de Egiptología, Universidad de Lión, Francia; Catherine Bélanger, Museo del Louvre, París; Reverendo Charles Burns, Biblioteca Vaticana, Roma; Silvio Curto, Superintendente, Antigüedades Egipcias, Turín, Italia; George Dales, Profesor de Arqueología del Sur de Asia y del Próximo Oriente, Universidad de California en Berkeley; Peter T. Daniels, Oriental Institute, Universidad de Chicago;

David Diringer, Director, Museo del Alfabeto, Tel Aviv; I. Edwards, Department of Egyptian Antiquities, British Museum, Londres; Felice Fisher, Assistant Curator of Far Eastern Art, Philadelphia Museum of Art, Pennsylvania; Ali Hakemi, Profesor de Arqueología y director de un equipo de excavación en Shahdad, Irán; Diane Harlé, Departamento de Antigüedades Egipcias, Museo del Louvre, París; Max Hirmer, antiguamente Profesor en la Universidad de Munich, Alemania; Herbert Kessler, Chairman, Departamento de Arte,

Universidad de Chicago; Nikolaos Kontoleon, Inspector General de Servicios Arqueológicos de Grecia; Jean Gordon Lee, Curator of Far Eastern Art, Philadelphia Museum of Art, Pennsylvania; Guglielmo Maetzke, Superintendente, Antiquedades Etruscas, Florencia, Italia; T. Mitchell, Department of Western Asiatic Antiquities, British Museum, Londres; J. Papapostolou, Director, Crania

Museum, Creta; Asko Heikki Siegfried Parpola, Profesor Agregado de Indología, Universidad de Helsinki, Finlandia; André Parrot, Instituto Francés, París; Tatiana Proskouriakoff, Peabody Museum, Harvard University, Massachusetts; Issa Salman, Director, y Fawzi Rashid, Museo de Irak, Bagdad; C. Schaeffer, Instituto Francés, París; Abdul-Hussein Shahidzadeh, Museo Arqueológico de Irán, Tehe-

rán; A. Shore, Department of Egyptian Antiquities, British Museum, Londres; Françoise Tallon, Departamento de Antiquedades Orientales, Museo del Louvre, París; Maurizio Tosi, Instituto Italiano del Medio y Extremo Oriente, Roma; Pierre Vaillant, Conservador Jefe, Biblioteca Principal, Grenoble, Francia; A. West, Curator, Department of Anthropology, National Museum of Victoria, Australia.

Bibliografía

Arqueología

- Aldred, Cyril, *Egypt to the End of the Old Kingdom* (Library of Early Civilizations). Thames and Hudson, 1965.
- Braidwood, Robert J., y Gordon R. Willey, eds., *Courses Toward Urban Life*. Edinburgh University Press.
- Ceram, C. W., *Gods, Graves and Scholars*. Gollancz, 1971.
- Ehrich, Robert W., ed., *Chronologies in Old World Archaeology*. University of Chicago Press, 1965.
- Greener, Leslie, *The Discovery of Egypt*. The Viking Press, 1966.
- Hansen, Thorkild, *Arabia Felix*. Harper and Row, 1964.
- Jidejian, Nina, *Byblos Through the Ages*. Argonaut Inc., 1969.
- Mallowan, M. E. L., *Early Mesopotamia and Iran* (Library of Early Civilizations). Thames and Hudson, 1965.
- Marshack, Alexander, *The Roots of Civilization*. Weidenfeld and Nicolson, 1972.
- Moscatti, Sabatino, *The Face of the Ancient Orient*. Doubleday, 1962.

Desciframiento

- Chadwick, John, *The Decipherment of Linear*. Cambridge University Press, 1968.
- Cottrell, Leonard, *Reading the Past*. J. M. Dent, 1972.
- Doblhofer, Ernst, *Voices in Stone*. The Viking Press, 1961.
- Gordon, Cyrus H., *Forgotten Scripts*. Thames and Hudson, 1968; Penguin Books, 1971.
- Pope, Maurice, *The Story of Archaeological Decipherment from Egyptian Hieroglyphs to Linear B*. Scribner's, 1975.

Historia

- Beek, Martin A., *Atlas of Mesopotamia*. Thomas Nelson and Sons, 1962.
- Bottero, Jean, Elean Cassin y Jean Vercouter, eds., *The Near East: The Early Civilizations*. Weidenfeld and Nicolson, 1968.
- Drower, Margaret S., *Ugarit*. Cambridge University Press, 1968.
- Edwards, I. E. S., C. J. Chadd y N. G. L. Hammond, eds., *The Cambridge Ancient History*, 3.^a ed., Vol. 1, 2.^a Parte. Cambridge University Press, 1971.

- Frye, Richard N., *The Heritage of Persia*. Weidenfeld and Nicolson, 1963.
- Jastrow, Morris, Jr., *The Civilization of Babylonia and Assyria*. J. B. Lippincott, Co.
- Kramer, Samuel Noah, *The Sumerians*. University of Chicago Press, 1963.
- Oppenheim, A. Leo, *Ancient Mesopotamia: Portrait of a Dead Civilization*. University of Chicago Press, 1970.
- Pritchard, James B., ed., *The Ancient Near East in Pictures*. Princeton University Press, 1969.
- Roux, Georges, *Ancient Iraq*. Allen and Unwin, 1964; Penguin Books, 1969.
- Saggs, H. W. F., *The Greatness that was Babylon*. Sidgwick and Jackson, 1962.
- Vervliet, H. D. L., ed., *The Book Through 5000 Years*. Phaidon Press, 1972.
- Wilson, John A., *The Culture of Ancient Egypt*. University of Chicago Press, 1956.
- Wiseman, D. J., ed., *Peoples of Old Testament Times*. Oxford University Press, 1973.
- Woolley, Sir Leonard, and Jacquetta Hawkes, *Prehistory and the Beginnings of Civilization*. Allen and Unwin, 1963.

Traducciones

- Erman, Adolf, *The Literature of the Ancient Egyptians*. Benjamin Blom Inc., 1971.
- Fosber, John L., *Love Songs of the New Kingdom*, Scribner's, 1974.
- Faulkner, R. O., Edward F. Wente Jr., y William Kelly Simpson, traductores, *The Literature of Ancient Egypt: An Anthology of Stories, Instructions and Poetry*. Yale University Press, 1972.
- Grayson, A. K., y Donald B. Redford, eds., *Papyrus and Tablet*. Prentice-Hall, Inc., 1973.
- Kramer, Samuel Noah, *History Begins at Sumer*. Doubleday, 1959.
- Lichtheim, Miriam, *Ancient Egyptian Literature*, University of California Press, Vol. 1, 1973, Vol. 2, 1976.
- Oppenheim, A. Leo, *Letters from Mesopotamia*. University of Chicago Press, 1967.
- Pritchard, James B., ed., *Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament*. Princeton University Press, 1970.
- Wente, Edward F., *Late Ramesside Letters*. University of Chicago Press, 1967.

Escritura y caligrafía

- Anderson, Donald M., *The Art of Written*

- Forms*. Holt, Rinehart and Winston, Inc., 1969.
- Art of Writing*. United Nations Educational.
- Cahill, James, *Scholar Painters of Japan: The Nanga School*. The Asian Society Inc., 1972.
- Chiang, Yee, *Chinese Calligraphy: An Introduction to its Aesthetic and Technique*. Harvard University Press, 1973.
- Chiera, Edward, *They Wrote on Clay*. University of Chicago Press, 1966.
- Cleator, P. E., *Lost Languages*. Robert Hale and Company, 1973.
- Clodd, Edward, *The Story of the Alphabet*. (Facsimile reprint of the 1938 edition by D. Appleton Century Co. Inc.). Gale Research Co., 1970.
- Day, Cyrus Lawrence, *Quipus and Witches' Knots*. University of Kansas Press, 1967.
- Diringer, David, *The Alphabet*, 2 vols. Hutchinson, 1968. *Writing* (Ancient Peoples and Places). Thames and Hudson, 1962.
- Friedrich, Johannes, *Extinct Languages*. Peter Owen, 1962.
- Gardiner, Sir Alan, *Egyptian Grammar*. Oxford University Press, 1957.
- Gelb, I. J. A., *A Study of Writing*. University of Chicago Press, 1952.
- Hallo, William W., y W. K. Simpson, *The Ancient Near East: A History*, Harcourt Brace Jovanovich, Inc., 1971.
- Jones, Tom B., ed., *The Sumerian Problem*. John Wiley and Sons, Inc., 1969.
- Lee, James Zee-min, *Chinese Potpourri*. The Oriental Press, 1950.
- Mallery, Garrick, *Picture-writing of the American Indians*. Dover Publications, 1973.
- Pei, Mario, *The Story of Language*. Allen and Unwin, 1968.
- Rosenfeld, John M., Fumiko, E., y Edwin A. Cranston, *The Courtly Tradition in Japanese Art and Literature*. Fogg Art Museum, Harvard University, 1973.
- Scott, Joseph y Lenore, *Egyptian Hieroglyphics for Everyone*. Funk and Wagnalls, 1968.
- Tsien, Tsuen-hsuei, *Written on Bamboo and Silk*. University of Chicago Press, 1962.
- Wilson, John, *Signs and Wonders upon Pharaoh*. University of Chicago Press, 1964.
- Wiseman, D. J., ed., *Cylinder Souls of Western Asia*. Batchworth Press, sin fecha.
- Yamagiwa, Joseph K., *Introduction to Japanese Writing*. George Wahr Publishing Co., 1966.

Indice

Los números en cursiva indican una ilustración del tema mencionado.

A

- Ahiram, sarcófago de, 125
- Ahura-Mazda, dios, 57-59, 73
- Akerblad, David, 38-39, 43
- Akkadio (idioma), 47, 51, 87, 97, 100
 - Como idioma diplomático, 106
 - Diccionario akkadio-sumerio, 51, 105
 - Una lengua semítica, 50, 76
- Akkadios, 51
 - La escritura cuneiforme, 51, 76
 - Su predominio en Mesopotamia, 78, 97, 115 (*ver también* Babilonia)
- Alfabetización (tasa de), 101
 - Aumento de la, *mapa* 121
 - Y la clase social, 91, 101
- Alfabeto, 22, 115-126
 - Arabe, 119, 125, 150-151
 - Arameo, 8, 114, 125, 126, 141
 - Cirílico, 125
 - Copto, 38, 126
 - Difusión del, 20, 115, *mapa* 121, 125
 - Etrusco, 125, 132-133
 - Evolución del, 20, 118-120, 122, 124-126
 - Fenicio, 115, 119, 120, 124, 125-126, 132-133
 - Griego, 20, 34, 38-39, 120, 122, 125
 - Hebreo, 122, 125
 - Impacto cultural, *mapa* 121
 - Latino, 122, 125
 - Ugarítico, 20, 120, 124-125
 - Vocales (introducción de las), 126
- Amenofis III, faraón, 26-27
- Amerindios, protoescritura de los, 12-13, 16
- Arabe (escritura), 34, 125
 - Cúfica, 150
 - Estilo Nastalik, 151
 - Safaítico, 119
- Arabe (idioma), 33, 34, 50, 78, 120
- Aramea (escritura), 8, 114, 125, 126, 141
- Arameo (idioma), 78
- Asirios, 43, 104-105, *mapa* 121
 - Escribas, 8, 104
 - Sucesores de los babilonios, 104, 115
 - Uso de la escritura cuneiforme, 52, 66-67
 - Uso del idioma sumerio, 100
- Astronomía, 97, 104, 105, 130-131
- Asurbanipal, rey de Asiria, 104-105, 139

B

- Babilónico, idioma (akkadio):
 - Como idioma diplomático, 106
 - Diccionario bilingüe, 51, 105
 - Escrito en cuneiforme, 48-52, 56-59, 66-67, 73
 - Intercambiabilidad de los signos en el, 50
 - Símbolos silábicos en el, 49-50, 78, 124-125
 - Y el abecedario ugarítico, 124-125
- Babilonios (akkadios), 46, 51, 52, 78, 97, 105,

- 115, *mapa* 121
- Akkadio, lengua de los, 46, 50, 97
- Escribas, 79-85
- Escuelas, 80-81, 87-89, 90, 97
- Leyes de los, 82, 104, 137
- Sucedidos por los asirios, 104, 115
- Tasa de alfabetización de los, 101
- Bastones con muescas, 15, 17, 61, 63
- Bauer, Hans, 120, 124
- Behistun, 48-49, 56-59, *mapa* 121
- Biblia, 34, 46, 52, 124, 125, 126, 138
- Biblos, 106, 117, *mapa* 121
 - Alfabeto fenicio usado en, 119, 125
 - Escritura pseudojeroglífica de, 118-119
- Bilingües (textos), 33, 34, 132
 - Egipcio-griego, 38, 43
 - Sumerio-akkadio, 51, 105
 - (*Ver también* Trilingües)

C

- Caligrafía, 147-153
- Cananeos, 115-118, *mapa* 121
 - Dialecto ugarítico, 120-125
- Cartucho, 39, 43, 108
- Cirílico (alfabeto), 125
- Consonantes, 126
 - En los jeroglíficos, 43, 44
 - En los símbolos silábicos cuneiformes, 49
- Copto (alfabeto), 38, 126
- Copto (idioma), 34, 38-39, 42
 - Diccionario copto-latino de Kircher, 35
- Corán, 147, 150-151
- Correspondencias lingüísticas, 33-34, 47
- Creta, 75, 117, *mapa* 121
 - Disco de Festo, 22, 127
 - Escritura lineal A, 22, 135
 - Escritura lineal B, 22, 134-135
 - Invencción de la escritura en, 20, 21-22
 - Pictogramas, 20, 127
- Cuerdas anudadas, 15, 18-19, 61
- Cúfica (escritura), 150
- Cuneiforme (escritura), 8, 17, 92, 120
 - Adaptabilidad a diversos idiomas, 76
 - Asiria, 66-67
 - Desciframiento de la, 43-52, 53, 54, 56
 - Desplazada por el alfabeto arameo, 126
 - Determinativos en la, 50, 76, 78
 - Difusión por el Próximo Oriente, 20, 21, 22, 51, 52, 75, 76-78
 - Dirección de su lectura, 48, 66
 - Duración de su uso, 50, 66, 76
 - Evolución de la, 52, 66-67, 74-78
 - Falsificaciones de la, 77
 - Inscripciones de Behistun en, 48-49, 56-59
 - Inscripciones de Persépolis en, 46, 47-48, 53, 54-55, 73
 - Intercambiabilidad de los signos en la, 50
 - Inventada por los sumerios, 20, 52, 66, 74-76
 - Número de símbolos, 90, 118
 - Partitura musical en, 144
 - Significado de esta palabra, 9, 46
 - Símbolos fonéticos en la, 49-50, 51, 75-78
 - Símbolos-palabra en la, 49-50, 75-78

- Símbolos silábicos en la, 49-50, 78, 118, 124
- Tabletas, 52, 64-65, 67, 69
- Texto más pequeño, 139
- Texto seguido más antiguo, 123
- Variedades principales de la, 47, 51, 52 (*Ver también* Babilónico, Elamita, Persa antiguo y Sumeria)

Cursivas (escrituras):

- Demótica, 39, 40
- Hierática, 41, 42, 107
- Lineal A, 22, 135
- Lineal B, 22, 134-135

CH

- Champollion, Jean-François, 23, 38-39, 41-43
- China, 61
 - Cuerdas anudadas, 15
 - Idioma, 33, 92
- China (escritura), 10, 116
 - Caligrafía, 147-148
 - Ideográfica, 20
 - Instrumentos y soporte, 22, 116, 147
 - Invencción de la, 20, 22
 - Moderna, 22, 92, 116
 - Pictográfica, 22, 100, 116
- Chino-tibetanas (lenguas), 33

D

- Dario, 15, 46, 47, 48, 49, 55, 57-58, 73
- Demótica (escritura), 38, 39, 40, 42
- Desciframiento, 22, 33-52, 127-135
 - De la escritura cuneiforme, 46-52, 53, 54, 56
 - De la escritura elamita, 21
 - Del alfabeto ugarítico, 120
 - Del lineal B, 134-135
 - De los jeroglíficos egipcios, 34-46
 - De los jeroglíficos hititas, 22
 - Métodos, 33-34, 120, 127, 128, 134-135
- Determinativos, 43, 90
 - En la escritura china, 92
 - En la escritura cuneiforme, 50, 76, 78
 - Los jeroglíficos egipcios como, 43, 44, 50
- Diccionarios bilingües, 51, 105
- Dirección de la escritura:
 - Bustrófedon, 22
 - En la cuneiforme, 48, 66
 - Horizontalmente, de derecha a izquierda, 129
 - Horizontalmente, de izquierda a derecha, 48, 66, 68
 - Verticalmente, de derecha a izquierda, 66, 68
- Dravídicas (lenguas), 128

E

- Ebla, lenguaje semítico de, 76
- Egipcio antiguo (idioma), 34, 38-39, 42
- Egipto, 17, 106, 107, 117, *mapa* 121
 - Escribas en, 32, 90, 93, 98-99, 102, 105, 106
 - Escritura pictográfica, 21
 - Escritura, tres sistemas de, 42 (*ver también* Demótica, Hierática y Jeroglíficos)
 - Escuelas para escribas, 90, 91, 94, 106
 - Inscripciones en tumbas, 19, 103, 111

- Instrumentos de escritura en, 21, 42, 90, 93-96, 106
- Invasión de Napoleón, 23, 24, 36, 38, 41
- Invención de la escritura en, 21
- Literatura, 137, 138
- Templos y escultura, 23-31, 110, 112-113
- Elamita (escritura cuneiforme), 21, 47, 48, 49, 51, 56, 58-59, 73, 76
- Elamitas, 46, 78, *mapa* 121
- Escritura original de los, 21, 76
- Idioma de los, 21, 46, 49, 59
- Enlil, dios, 74, 75, 144, 145
- Escribas, 8, 9, 32, 89-92, 93, 98-99, 100-101, 104-106
- Aparición de esta profesión, 70, 89
- Castigo por fraude, 104
- Estadísticas sobre, 101
- Femeninos, 91, 101
- Patronos divinos de los, 86, 95, 104
- Públicos, 9, 70, 74, 79, 82, 104
- Rango social, 79, 89, 93, 104, 106
- Salidas profesionales, 79, 82-85, 104
- (*Ver también* Escuelas e Instrumentos)
- Escritura, 10
- Cronología, 20
- Evolución, 16-17, 50-51, 66-67, 74-78, 115-120, 122-123, 124-126
- Impacto de su invención, 10, 17-20
- Inversiones (independientes) de la, 20-22
- Más antigua conocida, 9, 20, 21, 52
- Raíces de la, 10-16, 20-21, 61-63, 66-69, 74
- Escuelas para escribas, 78, 87-101
- Aparición de las, 91
- Ejercicios en tabletas de arcilla, 88, 89, 90
- En Egipto, 89, 91, 94, 106
- En Mesopotamia, 80-81, 87-92, 97, 100-101
- Enseñanza de la matemática, 88, 90, 97
- Enseñanza superior, 104
- Exámenes, 100-101
- Plan de estudios, 80, 91-92
- Profesores, 80, 91, 92-97
- Etrusco (alfabeto), 125, 132-133
- Europa (alfabetos de), 125
- F**
- Fenicio (alfabeto), 115, 119, 120, 124, 125-126, 132-133
- Carencia de vocales en el, 126
- Posibles precursores del, 118-125
- Fenicios, 115-118, *mapa* 121
- Difusión del alfabeto por los, 20, 115, 125
- Festo, disco de, 22, 127
- Fonogramas, 44 (*Ver* Símbolos fonéticos)
- G**
- Gardiner, Sir Alan, 90
- Gelb, I. J., 22
- Germánicas (lenguas), 33
- Gezer, Palestina, 122
- Gilgamesh, 142
- Epopéya de Gilgamesh*, 139-140
- Griega (escritura alfabética), 27, 120, 126
- En la piedra de Rosetta, 38, 40, 41, 42, 43
- Primer testimonio de la, 122
- Usada por los coptos, 34, 38, 126
- Usada por los etruscos, 132-133
- Griego (idioma), 33, 34, 126
- Grotefend, Georg Friedrich, 46-47, 51
- Gudea, rey sumerio, 71, 72
- H**
- Hammurabi, rey de Babilonia, 104, 137-138
- Hebreo (alfabeto), 126
- Texto más antiguo, 122
- Hebreo (idioma), 33, 50, 78, 124
- Herodoto, 15, 34, 46, 47
- Hierática (escritura), 41, 42, 107
- Hincks, Edward, 49-52
- Hititas, 24, 106, 117
- Invención de la escritura por los, 20, 22
- Uso de la escritura cuneiforme, 22, 76
- (*Ver también* Jeroglíficos hititas)
- Horapolo de Nilópolis, 34-35, 42
- Huesos con muescas, 11-14, 20
- Hurritas, 76, 87, 101
- Partitura musical de los, 144
- I**
- Ideogramas y escritura ideográfica:
- En China, 90
- En Egipto, 44
- En Sumer, 75
- Inanna (diosa), 72
- El Descenso de Inanna a los Infiernos*, 139, 144-146
- Incas, 19
- Quipu, 18-19
- India:
- Alfabeto, 125
- Idiomas, 33-34, 128
- Indo (civilización del valle del), 61, *mapa* 121
- Escritura primitiva, 20, 21, 128-129
- Instrumentos y soporte de la escritura:
- Bambú, 22
- Cuero, 114, 141
- En China, 22, 116, 147
- En Egipto, 21, 42, 90, 93-96, 106
- En el Valle del Indo, 21, 128-129
- En Mesopotamia, 8, 21, 66, 79, 90
- Estilete, 9, 22, 66, 67, 70, 79, 90
- Paleta, 86, 93, 95, 96
- Papiro, 8, 21, 32, 41, 42, 90, 94-95, 98, 106
- Pincel, 8, 42, 90, 93, 95, 96, 116, 126, 147
- Seda, 22
- Tabletas de arcilla, 8, 9, 21, 22, 64-65, 66-67, 68, 69, 70, 79, 82, 87
- Tabletas de piedra, 10, 118, 122-123
- Tinta, 93, 94, 96, 147
- Invención de la escritura, 20-22, 52
- Isis (Aset), diosa, 30-31, 44-45
- Islam, 34, 147, 150-151
- J**
- Japonesa (caligrafía), 147, 148, 149
- Jerjes, 46, 47
- Jeroglíficos egipcios, 17, 20, 21, 23, 27-31, 44-45, 102-103, 106, 107-113
- Como determinativos, 43, 44, 50
- Como símbolos fonéticos (fonogramas), 35, 41, 42, 44, 50-51
- Como símbolos-palabra (ideogramas, pictogramas), 21, 44, 50-51
- Como símbolos silábicos, 43
- Desciframiento de los, 34-43
- Desplazados por el alfabeto copto, 126
- En la Piedra de Rosetta, 38-39, 40, 41-43
- Escritura demótica, derivada de los, 39
- Influjo en los alfabetos primitivos, 118-120
- Inscritos en cartuchos, 39, 43, 108
- Número de, 90, 118
- Primitivos, 35, 50-51
- Jeroglíficos hititas, 20, 22
- Jeroglíficos mayas, 130-131
- Jones, William, 33
- K**
- Kämpfer, Engelbert, 46, 48
- Kircher, Athanasius, 35-38, 42
- Kish, tableta pictográfica de, 10
- Kramer, Samuel Noah, 92, 144
- L**
- Lagash:
- Estatuillas inscritas, 72
- "Piedra de los buitres", 123
- Recipiente de, 60
- Tableta poética, 139
- Latín, 33, 34, 97, 100
- Idiomas modernos derivados del, 33
- Uso litúrgico del, 97, 152-153
- Latino (alfabeto), 125
- Testimonio más antiguo del, 122
- Lenguaje, capacidad para el, 11, 20, 61
- Leyes, 82, 104, 137
- Lineal A (escritura), 22, 135
- Lineal B (escritura), 22
- Desciframiento, 134-135
- Literatura, inicios de la, 106, 126, 137-146
- Logogramas, 78 (*Ver* Símbolos-palabra)
- M**
- Mar Muerto, manuscritos del, 114
- Mari, lenguaje semítico de, 76
- Marshack, Alexander, 11-14
- Matemática, 10, 79, 84, 105
- Enseñanza de la, 88, 90, 97
- Mayas, 130-131
- Medicina, 104, 105
- Menfis, 38, *mapa* 121
- Mesopotamia, 9, 21, 43, 46, 51, 52, 115, 117, *mapa* 121
- Escritura cuneiforme en, 9, 17, 43, 46, 52, 74-78
- Escuelas para escribas en, 80-81, 87-92, 97, 100-101
- Evolución social en, 61-63, 70, 74
- Literatura de, 137-176
- (*Ver* Akkadios, Asirios, Babilonios, Sumer)
- México, 13, 130
- Mnemotécnicos (recursos), 14-15, 17-18

Mohenjo-Daro, *mapa* 121, 128

Música, 92

Partitura más antigua, 144

N

Napoleón Bonaparte, 23, 24, 36, 38, 41

Narmer, faraón, 35

Nastalik (estilo de caligrafía musulmana), 151

Niebuhr, Carsten, 46, 53, 54, 55

Ningirsu, dios, 61, 71

Nínive, 105, 139, *mapa* 171

Nippur, 64, 74, 77, 92, *mapa* 121, 144

Escuela en, 87-89, 92, 104

Nombres propios, símbolos para los, 75

Números, 14-15, 17, 18-19, 52, 75

Sistema decimal, 18, 97

Sistema sexagesimal, 97

O

Oppenheim, A. Leo, 9

P

Pakistán:

Escritura primitiva, 20, 21, 128

Lenguas, 34

Papiro, 8, 21, 32, 41, 42, 90, 94-95, 98, 106, 141

Persa antiguo (escritura cuneiforme en), 46-49, 50, 51, 54, 56, 58-59, 73

Persa antiguo (idioma), 46, 54

Persépolis, 47, *mapa* 121

Bajorrelieves, 54-55

Inscripciones de, 46, 47-48, 53, 54-55, 73

Persia, 46, 47, *mapa* 121

Alfabeto, 125

Escritura cuneiforme en, 46, 47 (*Ver también Persa antiguo*)

Idiomas de, 34, 47

Pictogramas y escritura pictográfica, 10, 66-67, 68, 118

En China, 22, 100, 106

En Creta, 20, 127

En Egipto, 21, 51-52

En el Valle del Indo, 20

En Sumer, 9, 16, 20, 21, 52, 66-67, 75

Entre los hititas, 22

Raíces de los, 12-14, 15-16, 67

Símbolos compuestos, 16

Símbolos de verbos, 16, 75

Su transformación en escritura fonética, 16, 50-51, 75-76

Poesía, comienzos de la, 105, 137-146

Protoindoeuropeas (lenguas), 33-34, 126

Protoescritura, 11-16

Mediante imágenes, 12-14, 15-16, 61, 67

Mediante muescas, 14, 15, 17, 20, 61, 63

Mediante nudos, 15, 18-19, 61

Sellos personales, 63, 67

Puntuación, muestra más antigua de, 122, 123

Q

Quipu, 18-19

R

Ramsés III, faraón, 23, 29

Rawlinson, Henry, 47-52, 53, 56, 57, 59

Rosetta, 38, 41, *mapa* 121

Rosetta (piedra de), 23, 38-39, 40, 41-43

S

Safaítica (escritura), 119

Sánscrito, 33-34

Sellos personales, 68, 82, 141-143

En el Valle del Indo, 21, 128-129

En la China actual, 100

En Mesopotamia, 63, 68, 82, 141-143

Semitas, 115-118

Inscripción puntuada más antigua, 123

Lenguas semíticas, 33, 50, 76, 78

Sistemas de escritura, 118-120, 126

Sidón, 106, 117, *mapa*, 121

Símbolos compuestos, 16, 76, 92, 93

Símbolos fonéticos (fonogramas)

En la cuneiforme, 50, 52, 74-76, 77-78

En la escritura china, 92

Los jeroglíficos egipcios como, 35, 41, 42-43, 44, 50-51

Su evolución, 16, 50-51, 74-78

Símbolos-palabra (logogramas), 90

En la escritura china, 16, 92

En la escritura cuneiforme, 49-51, 70, 75-78

Los jeroglíficos egipcios como, 21, 44, 50, 51

Los jeroglíficos egipcios confundidos con, 35

Su transformación en símbolos fonéticos, 16, 50-51, 75-76

(*Ver también Ideogramas y Pictogramas*)

Símbolos silábicos, 90

En la cuneiforme, 49-50, 78, 118, 124

En la pseudojeroglífica de Biblos, 118

Los jeroglíficos egipcios como, 43

Sippar, 101, *mapa* 121

Sumer, 51, 74-78, 105, *mapa* 121

Aparición del gobierno en, 68-70

Caída de, 78, 97, 115

Códigos de leyes en, 104

De la escritura pictográfica a la fonética, 16, 52, 74-76, 78

Escritura ideográfica, 70, 75

Escritura más antigua conocida, 9, 20, 21, 52

Escritura pictográfica, 9, 16, 20, 21, 52, 66-67, 75

Escuelas, 78, 79

Instrumentos de escritura, 21, 66, 90

Literatura, 139-146

Topónimos de, 77-78

Sumeria (escritura cuneiforme), 9, 16, 20, 52, 66-67, 74-78

Determinativos en la, 76, 78

Evolución de la, 74-78

Principio del jeroglífico en la, 75-76

Símbolos compuestos en la, 16, 76 (*Ver también Cuneiforme*)

Sumerio (idioma), 52, 75-76, 88, 97-100

Aglutinación en el, 75-76

Diccionarios sumerio-akkadio, 51, 105

T

Tabletas de arcilla, 8, 9, 21, 22, 66-67, 68, 69, 70, 79, 87

Ejercicios en las escuelas con, 88, 89, 90

Escritura cuneiforme en, 52, 64-65, 67, 69

Métodos de conservación, 64-65

Tebas, 102, *mapa* 121

Colosos de Memnón, 26-27

Templo de Karnak, 23

Templo de Luxor, 24-25

Thot, dios patrón de los escribas, 86, 95, 107

Tiro, 117, *mapa* 121

Trilingües (textos):

En Persépolis, 46, 54, 73

Inscripción de Behistun, 48-49, 56-59

Piedra de Rosetta, 38-39, 40, 42-43

Tutankhamón, 96, 107

Tuthmosis III, faraón, 37, 108, 138

U

Ugarit, 117, 120, *mapa* 121, 124, 144

Alfabeto de, 20, 120, 124-125

Uncial (estilo), 152-153

Ur, 9, *mapa* 121

Uruk, *mapa* 121, 139-140, 144

V

Valle, Pietro della, 46, 48

Ventris, Michael, 134, 135

Verbos, pictogramas para los, 16, 75

Vocales, 126

En el alfabeto griego, 126

En los signos silábicos cuneiformes, 49

Su ausencia en el alfabeto fenicio, 126

Su ausencia en los jeroglíficos egipcios, 44

Y

Young, Thomas, 39, 43

ORIGENES DEL HOMBRE

Títulos publicados

- 1 El Eslabón Perdido (I)
- 2 El Eslabón Perdido (II)
- 3 La Vida antes del Hombre (I)
- 4 La Vida antes del Hombre (II)
- 5 El Primer Hombre (I)
- 6 El Primer Hombre (II)
- 7 El Hombre de Neanderthal (I)
- 8 El Hombre de Neanderthal (II)
- 9 El Hombre de Cro-Magnon (I)
- 10 El Hombre de Cro-Magnon (II)
- 11 Los primeros Americanos (I)
- 12 Los primeros Americanos (II)
- 13 El Neolítico (I)
- 14 El Neolítico (II)
- 15 Los Constructores de Megalitos (I)
- 16 Los Constructores de Megalitos (II)
- 17 El Descubrimiento de los Metales (I)
- 18 El Descubrimiento de los Metales (II)
- 19 Los Celtas (I)
- 20 Los Celtas (II)
- 21 El Nacimiento de la Escritura (I)
- 22 El Nacimiento de la Escritura (II)

Próximo volumen

- 23 Los Fenicios (I)
-

